



UNIVERSIDAD DE CHILE  
INSTITUTO DE LA COMUNICACIÓN E IMAGEN  
CARRERA DE PERIODISMO

ENTRE DOS MUNDOS QUE SE JUNTAN BAJO UN OLIVO:  
LA HISTORIA DE DANIEL LLORENTE GONZÁLEZ

MEMORIA ACADÉMICA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

MEMORISTA: LEE-ANNE STONE CHANG  
PROFESORA GUÍA: XIMENA PÓO FIGUEROA

DICIEMBRE 2012

*La vida es una obra de teatro  
que no permite ensayos...  
Por eso, canta, ríe, baila, llora  
y vive intensamente  
cada momento de tu vida...  
antes que el telón baje  
y la obra termine sin aplausos.*

Charles Chaplin.

## Índice

Prólogo .....	4
Iglesia Corazón de María .....	6
Hambre de niñez .....	7
Un jardín infantil en casa .....	9
En barco al fin del mundo .....	14
Madera y metal .....	17
El fin del viaje .....	19
Mi querida Sara .....	21
La boda .....	23
Manos a la gran obra .....	25
Cuando llegaron los locos bajitos .....	30
Nuestra casa .....	32
Volver a mi pueblo .....	35
Orden y patria también es mi lema .....	39
¡Tengo una idea! .....	41
Llorente Industrial .....	49
Háblame de él... ..	52
Disfrutando de la vida .....	58
¿Unos dulcecitos? ... ¡Ya quisiera! .....	63
Las palabras no se las lleva el viento .....	66
Al cuidado del Valle .....	69
No sólo un lazo laboral .....	73
La mejor barra de todas .....	76
El Abuelo .....	80
Cultura a fuego .....	83
Una temporada acá, una temporada allá .....	86
Tocando el cielo .....	88
Tiempo de <i>feedback</i> .....	93
Final .....	102

## Prólogo

Escribir sobre alguien es plasmar una vida para que el resto del mundo tenga la oportunidad de conocer, de saber, de entender. Al menos así lo siento yo.

Sentarme frente a la computadora y tomar la decisión de relatar la vida de una persona fue una experiencia muy interesante. En un comienzo, la verdad sea dicha, a pesar de sentirlo como un gran desafío en mi carrera, no fue algo que me apasionara. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, las ganas de saber más, de investigar más, de escuchar más, de escribir más comenzaron a subir de tono y este libro se convirtió en parte realmente importante de mi vida. El proceso fue más largo de lo que pensaba, pero creo que logré disfrutarlo a cada minuto. Las entrevistas, las extensas conversaciones que muchas veces fueron muy emocionantes, me llenaban el alma y me dieron la energía para sentarme a relatar, a contar. Qué ganas de ponerlo todo, de contar todas las historias, anécdotas y experiencias que cada uno de los entrevistados me confesó, pero había que hacer colador para no aburrir a nadie, eso espero.

Relatar la vida de un inmigrante fue clave para comprender y apreciar distintos valores y virtudes que podemos desarrollar todos. La valentía: avanzar prácticamente a ciegas, pero con la decisión de una locomotora, es imprescindible para lograr lo imposible, para cruzar fronteras y disfrutar cada segundo; el emprendimiento: este libro se basa en la importancia de ser un emprendedor y de lo mucho que se puede llegar a hacer desde esta virtud; y, lejos lo que más rescato, son las ganas de vivir: darme cuenta de lo importante, para uno y para el resto, que es tener ganas de estar aquí, de seguir y trascender, fue tomar conciencia de que es un valor que no todos tenemos.

Además, fue sumamente enriquecedor escribir la biografía de una persona que tuviera como base en su vida, la habilidad de convertir el sacrificio del esfuerzo en un placer. A pesar de tener una vida con guerra, post-guerra, hambre, pobreza y mucho trabajo, no hubo un solo entrevistado que hablara sobre un esfuerzo complicado, sobre una vida difícil. Aquí puede verse reflejado un largo camino para llegar a la cima, pero con la felicidad asomada desde un principio. La importancia de generar una red de apoyo también es un logro que se

resalta en las siguientes páginas, virtud que, de una u otra manera, hizo que este libro fuera posible. Por otro lado, uno de los valores más rescatables de este texto es tener la posibilidad de “leer” a alguien que, desde la nada, con herramienta en mano, fue capaz de declarar sus sueños, concretarlos, alcanzarlos y disfrutarlos al máximo. En fin, visualizar la importancia de volar tan alto como tus sueños lo permitan.

Por otro lado, cabe dar cuenta el valor de la crónica como género, la necesidad de su permanencia en el tiempo y la trascendencia que este estilo literario es capaz de lograr. Sin embargo, es importante señalar los buenos resultados que pueden generarse a partir de una hibridez de géneros, ya que este libro es un relato sobre la base de entrevistas realizadas a los cercanos del personaje protagonista. Los testimonios van entrelazándose para crear un texto rico en distintos puntos de vista y vivencias que, juntos, cuentan a modo de crónica 85 años de historia. En estos tiempos, donde a las nuevas generaciones pareciera importarles menos la lectura, la escritura entretenida y con contenido se convierte en un bien necesario. Así, el fin que tiene este texto es la realización de una biografía, que logre combinar la historia con valores de vida que son un ejemplo a seguir y relatados en un conjunto de testimonios que se alejan de la monotonía de una lectura cualquiera.

Martes 08 de junio de 2010. Iglesia Corazón de María, Vallenar, Chile.

La entrada de la iglesia no da abasto con la gente que viene a la despedida de Daniel Llorente Viñales. Los murmullos abundan en el austero galpón de techo alto y paredes blancas que sólo se adornan con pequeños cuadros de las estaciones de Cristo. El féretro se encuentra inmune a la masa, en el centro, justo debajo del altar. La madera brilla entre la enorme cantidad de coronas y arreglos florales que llegan a cada minuto. Los claveles y rosas son tantos que no hay espacio y los pasillos se hacen útiles para ubicarlos.

No cabe una sola persona más sentada, se nota el cariño de la gente. Todos quieren estar un último momento con él y contemplar la foto en un cuadro de madera que llevó su esposa y que dejó encima del cajón. La gran sonrisa del español, vestido con una chaqueta café, se roba las miradas de todos los asistentes.

En el altar hay un pequeño púlpito acompañado de una virgen, la única estatua de toda la iglesia. La pared del fondo está entera cubierta por un fresco de la última cena. Llama mucho la atención.

La música española de fondo no deja espacio al silencio sepulcral. La guitarra flamenca merodea sin descanso entre la gente. Comienza la misa y la gente guarda silencio. Se escuchan sólo un par de voces y el eco del gran galpón acoge los pasos de Daniel hijo, caminando hacia el púlpito. Se trata de acomodarse, se acerca al micrófono y comienza el discurso. Aquel discurso que haría una despedida triunfal a su padre:

*Mi padre fue un hombre completo, que construyó su vida sobre los pilares del amor, la lealtad, la honestidad, la solidaridad y el trabajo. Lo vivió todo en sus ya casi 85 años de edad: la guerra, el hambre, el desarraigo, la pena de la pérdida. Es por eso que supo disfrutar cada uno de los momentos lindos que la vida le dio. Su corazón estaba en permanente gratitud. Era un hombre feliz...*

## Hambre de niñez

1939, Sabero, España. El mismo año que terminó la Guerra Civil Española, la gente, o al menos la de los sitios más rurales, entendió que no podían luchar entre ellos para siempre, así es que, entrando a la Segunda Guerra Mundial, los españoles ya estaban más unidos para enfrentar aquel golpe. Así, España, con un gran dolor en su memoria –y que no acaba hasta este siglo XXI-, siguió avanzando y reconstruyendo el país que vemos hoy. El padre de Daniel trabajaba en la minera carbonífera Hulleras de Sabero. Esa era la entrada de dinero de la familia Llorente. Según Daniel hijo, *“durante la guerra misma, ellos no pasaron hambre ni necesidades. Había para comer. El hambre vino después”*.

La pobreza se hacía latente cada día que pasaba en el piso de los Llorente. La escasez en España afectó hasta el último rincón y la comida fue lo primero que faltó en los hogares. *“Mi abuela tenía que hacer grandes movimientos para poder darle de comer a todos, para que no se desnutrieran los niños”*, relata Daniel hijo, según lo que su padre le contaba. El racionamiento de los alimentos era una real hazaña. Si hay algo que a Daniel le dolía recordar fue el hambre. Tuvo siempre el recuerdo del hambre permanente, hasta que pisó tierras chilenas.

José Luis Fernández, vecino de los Llorente González dice recordar *“mucho la escasez de alimentos durante la post-guerra. Había un economato, donde se repartían los alimentos con una cartilla y todo lo entregaban racionado. Había que llevar la libreta para anotar lo que retirábamos y no podíamos sacar más que eso. Me acuerdo de la escasez y los alimentos que vendían ahí no eran de buena calidad. El pan negro tenía algo así como arena, yo creo que con la barredura de las bodegas hacían ese pan. Es que durante la post-guerra, España estuvo aislada y, después de tantos años de guerra, casi no había producción. Lo peor de ese tiempo fue el hambre. Nosotros nos ayudábamos un poco con una pequeña huerta que teníamos, con una vaca para la leche, una gallina para los huevos y un chanco para la matanza. Gracias a eso mi familia no pasó tanto hambre, pero era complicado”*.

Daniel acababa de cumplir los 14 años y, por las necesidades que tenían sus nueve hermanos menores, dejó de estudiar y entró el día 2 de enero de 1940 a trabajar en la minera Hulleras de Sabero. *“Empezó a trabajar a los 14 años. Cumplió los 14 el 18 de diciembre y le tuvieron que hacer pantalones largos para que empezara a trabajar el día 2 de enero. Él trabajaba en el taller de la minera. El papá lo trataba más duro que el resto, porque era un hombre muy estricto”*, relata su esposa, Sara Viñales.

*“Mi papá empezó muy niño a trabajar. Entró en la maestranza de la minera de entonces, que en ese tiempo estaba en las afueras del pueblo. Él trabajaba en los talleres, era aprendiz de mecánico, ellos creaban y reparaban piezas del tren que bajaba a las minas. Mi abuelo era capataz de la maestranza y cada vez que mi papá se quedaba dormido hacía que corriera detrás del tren. No quería que se vieran distinciones entre su hijo y el resto”*, explica Loreto Llorente, hija menor de Daniel.

*“Como mi papá era el que trabajaba junto a mi abuelo, mi abuela Adoración siempre le dejaba el mejor pedacito de pan o la nata de la leche. Los alimentó a todos y ninguno sufrió de desnutrición, pero él trabajaba y comía poco entonces, cansado en la noche, recibía una pequeña recompensa de mi abuelita”*, cuenta Daniel hijo.

En la mina donde trabajaban se usaban mulas para sacar el carbón. En algunas ocasiones los animales se lesionaban y los jefes optaban por regalarlos a la cuadrilla de trabajadores. Era la única posibilidad que tenían de comer la carne que repartían entre ellos. Sin embargo, comenzó a ocurrir que las mulas se lesionaban casi todos los días, razón por la cual los jefes suspendieron esa regalía y debían quemar las mulas.

Los cultivos en los patios de las casas eran muy comunes y el mercado negro se convirtió en la única posibilidad de obtener lo que necesitaban, con la consecuencia de conseguir todo por un precio multiplicado al real. Daniel hijo cuenta que *“él decía que el sueldo del mes te lo gastabas en un par de cajetillas de cigarros, un poco de vino y algo para comer”*. Fueron 17 años en España donde la hambruna fue la gran protagonista.

Por otra parte, el clima de la provincia era muy marcado. En el verano, Daniel y su familia



iban de paseo a un río cercano a Sabero donde solían bañarse durante todo el día; y en el invierno se transforma en una zona de bastante frío, donde las temperaturas llegan hasta 25 grados bajo cero, con mucha nieve y fuertes vientos. Daniel le contaba a su familia que para ir a trabajar había que caminar entre la nieve. Iban en grupo y los de adelante, abriendo camino, debían ir con palas, ya que muchas veces se bloqueaba hasta la puerta de entrada. Todos los días, él y su padre debían caminar a la maestranza de la mina, en Vegamediana, a 3 kilómetros de Sabero.

Pero no todo era terrible, para nada. En el pueblo siempre supieron cómo divertirse estando unidos. La esposa de Daniel, Sara, recuerda una de las tantas historias de juventud de su marido: *“Me contó que una vez se casó una pareja en el pueblo y él no tenía plata para comprarles un regalo, así es que les hizo, en la fragua, un juego de herramientas para la chimenea. Decía que le quedó tan bonito que lo exhibieron. ¡Estaba tan orgulloso de su creación!”*. Las penas y alegrías, el joven y apuesto Daniel las vivió durante 27 años en su pueblo, en Sabero, pero las ganas de más, dieron vuelta su brújula y cambiaron el rumbo. Nuevo destino: el último lugar del mundo.

## **Un jardín infantil en casa**

1925, Sabero, España. El primer integrante de los Llorente González llegó el día 18 de diciembre de 1925, en la localidad de Sabero, España. Daniel Llorente Méndez y Adoración González comenzaron una vida juntos que, con el tiempo, crecería hasta tener una decena de niños. Daniel Llorente González de Sabero, un pueblo carbonífero a 60 kilómetros de la ciudad de León, llegó a los brazos acogedores de una familia obrera. Sus padres vivían en este lugar que principalmente dependía de la compañía minera Hulleras de Sabero. Hoy, como tantos otros pueblos en España, Sabero fue reconvertido en un espacio netamente turístico, con sólo algunas casas de veraneo que usan las familias para volver a su tierra por un par de meses. Daniel, junto a sus hermanos más pequeños se acercó al acotado y escaso mundo de la educación. Estuvo sólo en la escuela básica del pueblo. Dejó de estudiar en séptimo, a los 14 años de edad.

La numerosa familia de Daniel vivía en un piso que compartía con los Fernández, vecinos del piso de arriba, quienes tenían 12 hijos y de edades muy similares a los Llorente. José Luis Fernández, un gran amigo de Daniel, sería quien, años más tarde, lo acompañaría en la aventura de sus vidas.

José Luis Francisco Fernández Fernández nació el 30 de enero de 1934, cuando Daniel tenía 9 años de edad. Actualmente vive en Villarrica y, después de 60 años desde que él y Daniel se embarcaron en el gran barco de los sueños, recuerda: *“En el primer piso vivíamos mi familia, mis padres y mis 11 hermanos y en el segundo vivía la familia de Daniel. Las casas no eran tan pequeñas, pero no recuerdo cómo lográbamos dormir todos ahí. Cada piso tenía tres habitaciones. Dormíamos en camarotes o con camas plegables. Las dos familias teníamos el patio en común entonces vivíamos prácticamente juntos”*.

Siendo 22 niños jugando como hermanos, la infancia de los Llorente y los Fernández fue muy entretenida. En los pueblos españoles era común hacer fiestas, la mayoría de ellas para celebrar a un santo católico. A pesar de ser una familia de muy escasos recursos, los recuerdos más tempranos de Daniel estuvieron siempre llenos de canto, baile y alegría. Sara Viñales, esposa de Daniel Llorente González, recuerda entre risas las historias de su marido: *“Los Fernández siempre vivieron arriba y los Llorente abajo. Eran unas casas de dos pisos. Eran tantos, además que los Fernández vivían con tres tías solteras, imagínate.”* (...) *La mamá de Daniel atendía a la mamá de los Fernández cuando iba a tener un bebé y viceversa. En esos tiempos los hijos se tenían en la casa así que se ayudaban mutuamente. Los Fernández siempre dicen: ‘éramos 12 hermanos, tres tías, los papás, los Llorente y una vaca’* (ríe). *Es que tenían una vaca en el patio. Ellos cuentan también que iban todos los días a la escuela con sus almadreñas, que es una especie de sueco de madera con unos estoperoles y que servían para la nieve. Entonces llegaban a la escuela y dejaban sus almadreñas afuera para entrar con sus zapatos y contaban que, cuando salían, al mismo tiempo, todos sabían cuál era la suya, nadie se equivocaba. ¡Y si son todas iguales!”*.

El año 1936 estalló la Guerra Civil Española, hecho histórico que marcó profundamente las

mineras carboníferas del país, debido a su utilidad estratégica y a la imperiosa necesidad de energía. Hulleras de Sabero, al igual que muchas otras cuencas de León, fue sitiada por las fuerzas nacionalistas del General español Francisco Franco. Sabero quedó bajo control militar apenas comenzada la Guerra.

Así, Daniel Llorente de 11 años de edad no tenía recuerdos de grandes enfrentamientos, si no por el contrario, un extraordinario orden que dejó a este pequeño pueblo en una burbuja dentro de los terribles sucesos que estaban ocurriendo en todo el país. Él veía a los militares en las calles.

Lo que sí recordaba siempre, fue la gran persecución contra la iglesia Católica por parte de los Bolcheviques, previo al desate de la Guerra. La purga que sufrió el sacerdocio español, Daniel la vivió en su familia. Su tío era cura y lo tuvieron que esconder en más de una ocasión mientras sus sobrinos observaban atónitos. Fue un período de gran confusión, donde además tuvieron que esconder a su padre, Daniel Llorente Méndez, debido a los rumores de que, posiblemente, podían matar a todos los capataces de las mineras. El movimiento obrero y los sindicalistas iban en alza conforme pasaban los días de guerra. Se llevaron a Daniel padre a un pueblo cercano, junto a otros trabajadores que tomaron la misma medida, y los días domingo las mujeres e hijos partían a pie a visitarlos. Loreto Llorente, hija menor de Daniel dice que su tía abuela, Chela, le contó: *“Mi tía estaba en la casa con mis abuelos y los niños cuando, una noche, llegó un grupo de soldados. Dos de ellos tocaron la puerta y abrió mi tía Chela y cuando les preguntó ‘a qué vienen’ mi abuelo se dio cuenta de que lo buscaban y reaccionó. Ella se ocupó de distraerlos el mayor tiempo posible. Les gritaba: ‘¡Cómo no les da vergüenza venir a buscar a un hombre que tiene hijos!’ y entre que los trataba de hacer reír y les coqueteaba, además de reprocharlos, le dio tiempo a mi abuelo para que se arrancara. Entonces, cuando entraron a la casa él ya no estaba, se arrancó por una ventana y se fue hacia el monte que hasta hoy es muy tupido. Ahíno lo pudieron encontrar”*

Según Sara Viñales, *“Daniel contaba cuando arrancaron. La guerra iba a llegar hasta allá y a mi suegro lo fueron a buscar una noche. Él arrancó, si no, lo mataban. Decía que fue espantoso. Tuvieron que esconder a mi suegro en un pueblo llamado Argovejo y él contaba*

*que una vez vieron una mancha en el cerro, a lo lejos, y eran las mujeres que iban con todos sus hijos a quedarse con ellos, porque la guerra estaba llegando a Sabero. Se fueron a vivir allá, toda la familia, hasta que todo se calmara un poco”.*

Daniel recordaba además que, algunas veces, los cañones de los enfrentamientos en pueblos cercanos se escuchaban hasta Sabero. En los casi tres años que duró la Guerra Civil, las grandes ciudades españolas fueron cayendo en manos de las fuerzas nacionales de la dictadura franquista. El día que cayó Madrid, el 28 de marzo de 1939, tres días antes de que Franco firmara el fin de la guerra, nació José María Llorente González, uno de sus hermanos.

A pesar de los estragos que causó la guerra, los recuerdos amargos de Daniel fueron muy escasos y vagos. Siempre dijo que durante aquel periodo los niños siguieron siendo niños y jugaban como tal. Se entretenían haciendo obras de teatro y pretendiendo ser soldados. Además, con nueve hermanos y una familia vecina de 12 hijos no había espacio para el aburrimiento. Todos los hermanos de Daniel son: María Inmaculada (Marucha), María Adoración (Chonina), Irene, Olga, Adita, Agustín, José María, León y María Jesús. Leerlos todos es como leer una lista de curso.

Loreto Llorente, hija menor de Daniel y Sara, gracias a las gratas conversaciones con su padre, nos puede contar que: *“Decía que era el guatón del grupo, el grandote, el macizo, el perno que siempre dejaban atrás o que lo hacían contar mientras los demás se escondían (ríe). La verdad es que no tuvo mucha infancia, pero el poco tiempo que tuvo para jugar lo disfrutó mucho. Se preocupaba de atender a su mamá que siempre estaba con un recién nacido o estaba embarazada, entonces, como hermano mayor, se sentía responsable de que ella estuviera bien”.*

Daniel sintió una niñez realmente buena. Dentro de la pobreza en que vivían, la familia Llorente supo unirse en busca de la felicidad. Sara también cree que *“tuvieron una muy buena niñez. Con guerra, pero bonita al fin y al cabo. Sus hermanos siempre dicen: ‘nos faltaron muchas cosas, pero nos sobraba amor’”.*

Una de las experiencias oscuras que Daniel tuvo de la guerra la vivió junto a su padre, mientras pescaban en el río Esla, caudal que desciende de la cordillera Cantábrica y pasa por Sabero. El miedo recorrió su cuerpo cuando padre e hijo tuvieron que esconderse porque llegó un automóvil del que bajaron unas personas que ellos no conocían. En el silencio de la naturaleza y de su memoria, se escuchó un disparo. Con el tiempo, llegó a la conclusión de que era uno de los tantos ajusticiamientos que había entre civiles. Pero nunca supo con certeza, ya que desde el escondite no pudieron ver nada.

Las víctimas de la Guerra Civil Española superan el millón de personas y muchas de ellas no perdieron su vida en combate sino que en ajustes de cuentas. Las revueltas sociales son un buen contexto para que algunos disparos de venganza pasen desapercibidos. Sabero no quedó fuera de eso y las distintas familias concretizaron sus peleas, deudas o desacuerdos. Daniel Llorente Viñales-quien para estos efectos será llamado ‘Daniel hijo’-, primogénito de Daniel Llorente González, relata los recuerdos de su padre sobre estos ajustes de cuentas que fueron la parte más visible de la guerra en su pueblo: *“En Sabero se dio mucho eso de que una familia le tenía mala a la otra y partían donde los militares y les decían, ‘oigan, fíjense que tenemos antecedentes de que el hijo de tal tipo es comunista y está participando en movimientos subversivos’ y bueno, lo más probable es que tomaban presa a esa persona y la fusilaban. Y lo mismo pasaba a la inversa, iban donde las fuerzas republicanas y les decían, ‘oiga sabe que, el hijo de éste es nacionalista, es franquista y sabemos que está participando en esto’. Lo pescaban y lo mataban. O simplemente se ajustaban cuentas, había sicarios, todo el mundo tenía armamentos. Era lo que es una revolución, lo terrible que es una guerra civil”*.

Un pequeño Daniel estaba entrando a la adolescencia, a un mundo donde los juguetes ya no eran los mismos y donde los pantalones ya no podían ser cortos. Las herramientas serían sus nuevos soldaditos de plomo.

## En barco al fin del mundo

*...Llegó a Chile desde España el 18 de septiembre de 1952. Venía de un viaje que comenzó en Sabero, su pueblo, hasta tomar el barco transatlántico en Vigo. Luego llegó a Buenos Aires, donde se quedó un tiempo con su tía Ángela, quien vivía en Argentina. Posteriormente tomó el ferrocarril trasandino hasta la Estación Mapocho...*

1952, Argentina-Chile. Daniel siempre estuvo lleno de historias y anécdotas. Sus fotografías son el fiel reflejo de todas y cada una de sus aventuras. “Al escucharlo, tú te dabas cuenta de que él fue como cualquier joven, con carrete, con polola, con historia. Y fue así como, dentro de estas historias y estos carretes, un día dice que quiere venirse a América” cuenta Daniel hijo.

Pero el continente americano no fue una decisión al azar, sino que la hermana de su padre, la tía Ángela, se había ido a vivir a Mar del Plata tiempo atrás. A pesar de la distancia que los separaba, Ángela y su sobrino siempre mantuvieron una comunicación continua y constante.

El año 1952, Daniel recibió una carta de su tía donde le propone viajar a Argentina. La idea no sonaba tan loca ni descabellada, ya que José Luis Fernández, su amigo vecino, tenía un tío en Chile que trabajaba en unas madereras del sur. A los 27 años de edad, Daniel abrió sus puertas a la aventura y, junto a José Luis, dijeron ‘vámonos a Chile’. “Imagínate la tragedia en la familia porque, para mi abuelita Adoración, después de todo lo que había pasado, su hijo se le iba. Venirse a Chile en el año '52 en esas condiciones, era morir un poco. Venían a la vida”, explica su primogénito.

José Luis Fernández explica cómo surgió la idea de dejar el viejo continente y zarpar hacia el nuevo mundo: “Cuando regresé de mi cuarto año de seminario, porque estaba estudiando para cura, Daniel ya estaba trabajando en la empresa minera, en los talleres de la maestranza. Dejé de estudiar y estuve trabajando un poco más de un año en las

*mismas minas, pero no había mucho más para nosotros. No había mucho horizonte, porvenir. Daniel tenía un puesto estable en la maestranza y yo también empecé con el asunto de las maderas en la misma mina, pero no habían posibilidades de encontrar algo mejor que eso. En Chile, yo tenía un tío dedicado a las maderas entonces, aprovechando que tenía familia acá, mis padres creyeron que lo mejor para mí era que viajara a probar suerte, ya que habían muchas más posibilidades de trabajo. Cuando Daniel supo de esta opción de viaje, se entusiasmó mucho y le pidió a sus padres que le permitieran venirse conmigo. Le dijeron que sí entonces él le tuvo que pedir a mi tío chileno que lo reclamara porque, para poder venir a Chile, teníamos que tener una carta de reclamación, es decir, algún pariente que reclamara a alguno de allá. Entonces mi tío, Antonio Fernández, mandó la carta de reclamo para Daniel y para mí. Yo creo que a mis padres y a los padres de él les debe haber costado mucho tomar la decisión de dejarnos venir hasta acá, pero ellos sabían que era lo mejor para nosotros. Yo creo que con bastante pena, aún así estaban conformes. No creo que hayan tenido algún tipo de oposición cuando Daniel pidió permiso”.*

Las posibilidades de trabajo en Chile eran palpables y el tío de José Luis los estaba esperando en la maderera Bosques e Industrias Madereras S.A., BIMA, ubicada en Cherquenco, al interior de Temuco. Esta empresa tenía sucursales en distintas partes del país, además de su sede administrativa en Santiago, en la primera cuadra de la calle Gálvez. BIMA fue la industria maderera más importante del Siglo XX.

Las ganas y el entusiasmo crecían cada vez más en el corazón de estos dos jóvenes. Las ilusiones de cruzar el mundo, sobre todo después de la miseria que habían vivido, se convirtió en el nuevo horizonte de Daniel.

Sus ahorros más la ayuda de su padre fue el dinero necesario para comprar el billete de barco en la agencia *Canta la Piedra*, en pleno centro de León. Preparó su escueto y precario equipaje, con lo justo, con lo que tenía. Llegó el momento de la despedida. No sabían si los volverían a ver algún día. Viajar en un transatlántico no es caminar hasta el almacén de la esquina. No se sabía qué podía pasar en una travesía tan grande. La valentía de Daniel y

José Luis es memorable. Y es que, según el escritor, Noel Clarasó: *“Basta un poco de espíritu aventurero para estar siempre satisfechos, pues en esta vida, gracias a Dios, nada sucede como deseábamos, como suponíamos, ni como teníamos previsto”*.

El padre de Daniel los fue a dejar hasta el puerto de Vigo, en Valencia, donde se embarcaron en la nave *Dodero*, de una compañía italiana que hacía viajes de Europa a Buenos Aires. *“Mi maleta sólo traía la ropa necesaria para vivir el primer tiempo, nada más”*, afirma José Luis Fernández. Además, agrega: *“Desde que salimos del puerto de Vigo hasta que llegamos a Buenos Aires fueron 24 ó 27 días. No soy muy bueno con las fechas. Era un barco argentino que se llamaba Alberto Dodero, donde viajaban emigrantes que venían a sudamérica desde Europa y algunos turistas que andaban paseando por Europa y se devolvían a sus casas. Los camarotes eran de 10 ó 12 personas con un baño común en el pasillo. Para mí, en este momento, claro que sería incómodo, pero ahí era como una novedad. Veníamos a América, veníamos contentos. No fue desagradable, para nada. El barco atracó en las Palmas de las Islas Canarias, pasó a Río de Janeiro, Montevideo y finalmente a Buenos Aires”*.

*“Mi papá decía que fue en el barco la primera vez que él vio el azúcar blanca. Él no sabía que el azúcar era blanca, pensaba que era esa cosa negra con la que ellos endulzaban, que era la que había en ese momento. Igual que el pan negro, mi papá nunca entendió que ahora nos gustara el pan integral y esas cosas. Para él era lo peor porque, en tiempos de escasez, era lo que más consumían. Decía que el pan negro que comían ellos parecía un ladrillo. Nunca le gustó el pan integral”* recuerda su hijo con una sonrisa en los labios.

Luego de más de 20 días de viaje, los españoles llegaron a Puerto Madero, en Buenos Aires, donde los estaba esperando tía Ángela. *“Nos estaba esperando una tía de Daniel y de ahí mismo, del puerto, nos fuimos a Mar del Plata. Estuvimos unos ocho días compartiendo con tía Ángela”*, recuerda José Luis.

La llegada de estos jóvenes entusiastas tuvo una muy buena recepción. Tanto así que Ángela le pidió a su sobrino que se quedara con ella en Argentina. Pero el espíritu de aventura superó todos los límites y las ganas de llegar al fin del mundo fueron



más grandes que cualquier oferta. Los amigos siguieron su recorrido y tomaron el tren trasandino en Buenos Aires. Paradero terminal: Chile. *“Tomamos un tren de Buenos Aires a Mendoza. Dormíamos en unos camarotes que tenían los vagones. Y desde Mendoza tomamos el trasandino que era de trocha angosta- de un milímetro de ancho, que permitía construir curvas más cerradas-, entonces era muy lento, de hecho, con el tren en marcha, sobretudo en las subidas uno podía bajarse y subirse al vagón de más atrás. El tren tenía que subir con unas cremalleras, no podía sólo con las ruedas y tenía que engancharse. Era bastante pintoresco”.* *“Don Daniel me conversó una vez que cuando se subió al tren, iba en un carro comedor y vio encima de la mesa un azucarero lleno. En España no había azúcar en ese tiempo, según lo que me contaba, así es que quería mucho llevarse el frasco como un trofeo porque nunca había visto tanta azúcar. Era la primera vez que veía tanta abundancia”*, cuenta Armando Olivares, trabajador de la maestranza Llorente Industrial.

Daniel y José Luis, luego de 248 kilómetros de viaje, pisaron tierra chilena el día 18 de septiembre de 1952. *“Llegamos a Los Andes, después fuimos a Llay-Llay y de ahí llegamos en el tren a la Estación Mapocho. Nos esperaba mi familia”*, cuenta José Luis. Cuando llegaron, se quedaron unos días en Santiago, *“Fuimos a la casa de mis familiares y, a los dos ó tres días, a Daniel, por su oficio, lo trasladaron a Cherquenco donde había una maestranza de la maderera. A mí me pusieron a trabajar en Lo Espejo en Santiago, en una barraca de madera. Ahí nos separamos”*, agrega José Luis. Daniel tomó un bus y se fue a Cherquenco, al interior de la ciudad de Temuco, en la Región de la Araucanía.

## **Madera y metal**

1952-1956 Cherquenco, Chile. Apenas llegó a Cherquenco comenzó el trabajo. Inmediatamente Daniel se sintió familiarizado y cómodo con las labores que le correspondían, ya que contaba con la experiencia previa de España. Trabajó cerca de cuatro años en BIMA. La vida le estaba empezando a cambiar y las oportunidades florecían a su alrededor. Conoció a mucha gente y creó lazos de amistad. Los primeros años en Chile se veían buenos, sin ningún contratiempo.

José Luis cuenta: *“Yo estuve trabajando en Santiago alrededor de un año, mientras Daniel estaba en el sur. Después, a mí me trasladaron a la barraca de madera de Cherquenco. Ahí vivimos juntos un par de años. Comíamos en la casa de la barraca, donde había una señora que preparaba las comidas y ahí mismo, vivíamos en una casa pequeña que tenía sólo dos habitaciones, una para él y una para mí”*.

En la maderera BIMAdebían viajar a caballo entre una y otra obra, así es que Daniel cabalgó por primera vez. La situación iba en notable mejoría y tenía un buen puesto de trabajo.

Dentro de sus opciones, financieras y de vida, no estaba en el abanico volver a España. Al menos no todavía. *“Él decía que cuando se vino no pensó en nada. En realidad él se tiró, sabía lo difícil que era volver, y volver significaba llegar derrotado de vuelta a una España que estaba recién empezando a salir. Además que no estaba en su espacio de posibilidades volver rendido. Eso él no lo pensó”* comenta Daniel hijo recordando las palabras de su padre. A pesar del orgullo y las ganas de surgir en este nuevo país que lo acogía y le abría las puertas, Daniel extrañaba sus raíces y la gente que dejó allá: *“Mi papá era un tipo muy simpático, un tipo muy atractivo, entonces rápidamente se hizo de muchos amigos y tenía sus novias. Pero existía la pena del desarraigo. Él sabía que su mamá se quedó allá, su papá, sus hermanos, en fin, su mundo”*, explica Daniel hijo.

Jesús Vega, chofer personal de Daniel, recuerda las gratas y largas conversaciones que tenían en medio de la carretera: *“Él me contaba mucho de su vida, de cuando llegó a Chile, por ejemplo. La primera navidad que se mandó acá fue a lomo de caballo, y él en su vida había cabalgado. Entró a trabajar a una empresa, en el sur, y le tenían mala porque era muy habiloso y le estaba yendo bien, entonces los compañeros le hicieron la chanchada de mandarle a ver algo que había pasado en una obra de la empresa, en la cordillera, a lomo de caballo, en plena fecha de navidad y lloviendo a cántaros. Ahí él me decía: ‘imagínate cómo me sentía’”*. La comunicación con su familia, por otra parte, era bastante precaria y en

esos tiempos no había otra posibilidad más que mandar cartas o, algunas veces, telegramas. Por lo tanto, el contacto con los suyos, a pesar de ser constante, era escaso.

*“Después de los dos años que trabajé ahí -explica José Luis Fernández-, el año 1955, para conocer todo el proceso de la madera me trasladaron a Villarrica. Daniel se quedó allá, en Cherquenco”*. La estadía de Daniel en Cherquenco fue muy grata, rodeada de nuevas amistades. Las redes que comenzó a formar se fueron solidificando de a poco. Cada día que pasaba, confirmaba más lo asertiva que fue su decisión de probar suerte en otras tierras y viajar a Chile. Además, Daniel no tardó en conocer a otros inmigrantes españoles, quienes lo ayudaban a sentirse más como en casa. Entre toda esa gente, se contactó con el hermano de Daniel Farkas Berger, un empresario exitoso que fue clave para lograr el desarrollo de la Tercera Región de Atacama. El año 1956, Farkas le ofreció una oportunidad que no dudó en rechazar, ya que además de trabajo significaba recorrer la parte de Chile que le faltaba por conocer: el norte, camino a uno de sus grandes sueños. Daniel tuvo la tarea de llevar un camión a un pueblo llamado Vallenar, ubicado entre Copiapó y La Serena. *“Mi papá decía que él, aventurero, dentro de sus planes, quería ir a Estados Unidos. Entonces dijo, ‘bueno, ya voy caminando para el norte’. Y partió”* recuerda Daniel hijo.

Luego de una larga trayectoria por las carreteras de Chile, llegó a Vallenar, un pueblo que le gustó mucho por su tranquilidad y acogimiento. Apenas llegó, creó una extensa red de amistades y se dedicó a arreglar autos a domicilio, una labor que sabía hacer muy bien. Las oportunidades, cual camino amarillo del Mago de Oz, se formaron delante de él para guiarlo directo al éxito absoluto.

## **El final del viaje**

*...De Santiago partió a Cherquenco, cerca de Temuco, donde trabajó en una maderera hasta que un amigo le pidió que le llevara un camión a Vallenar, momento en que llegó hasta esta cálida ciudad. Aquí conoció a mi madre...*

1956-1959, Vallenar. Al llegar a la capital de la provincia del Huasco, entregó el camión que había manejado desde Temuco y comenzó, para empezar a ganarse la vida, a arreglar automóviles a domicilio. Muy poco tiempo después, trabajó como mecánico y tornero en la sucursal de la *Ford* en Vallenar, que estaba ubicada en calle Serrano, entre las calles Brasil y Santiago.

Tiempo después, recibió una muy buena oferta de trabajo. Gracias a la nueva ventana de oportunidades que se le abría, Daniel fue contratado como tornero en la compañía minera de hierro Confar, de Conca y Farkas. Con el tiempo, el año 1958, logró independizarse, compró su primer torno y abrió un taller propio, donde comenzó a crear los cimientos de lo que hoy sería la maestranza Llorente Industrial. En esos años, el auge de las compañías mineras en la Tercera Región iba en notable ascenso, situación que le sirvió a Daniel Llorente para encontrar las oportunidades que ayudarían a levantar su empresa. Un gran avance para su negocio fue prestarle servicios a la CMP, Compañía Minera del Pacífico, que llegó a Vallenar cuando la minería del hierro empezó a consumirse a gran escala.

Daniel era un hombre que siempre supo disfrutar cada momento que vivió. Los primeros años de su estadía en Vallenar conoció a sus grandes amigos y, además de crear su empresa, lo pasó muy bien. *“En ese tiempo había una colonia libanesa muy grande que, como a mi padre, les gustaba el tema de la cacería, entonces era muy común que salieran a cazar los días domingo. Durante la semana le gustaba ir a tomar unos tragos con sus amigos. En ese tiempo en Vallenar había mucha vida social. Entonces era un hombre muy completo que, junto con trabajar mucho, porque era muy trabajador, también se divertía”*, relata Daniel hijo.

Comenzando la década de los sesenta, las familias inmigrantes en Vallenar eran, principalmente, libanesas, chinas e italianas, sin embargo, Daniel no tardó en encontrar amigos paisanos, entre ellos, a algunos sacerdotes y a Manuel García, un español dueño de un supermercado local. Una de las características destacables de Daniel era su simpatía.

Siempre fue un hombre amistoso y carismático. Además de enfocarse en su permanente lucha por seguir emprendiendo, empezó a participar activamente en la vida social vallenarina, inscribiéndose en el Club Social y en el Club los Leones. Pero no todo fue trabajo y vida social, el romance también encontró espacio. El año 1956, tan pronto llega a Vallenar, Daniel Llorente conoció a Sara Viñales, una profesora básica que trabajaba en la escuela 3 de Vallenar. Tenían 11 años de diferencia, ella era bastante más joven que él, pero el amor fue más fuerte. La relación que surgió entre ellos sería el ancla que dejó al español en tierras chilenas para siempre.

Los planes que Daniel tenía de lograr el sueño americano y llegar a Estados Unidos, pasaron a segundo plano. Su hijo afirma que *“empezó a realizarse acá, en Vallenar, y se dio cuenta de que este era el lugar que había elegido para hacer su vida”*.

## **Mi querida Sara**

1956, Vallenar. Sara Emma Viñales Valdés, hija mayor de cinco hermanos, nació en Freirina el 23 de marzo de 1936. Durante su niñez vivió en su pueblo natal y en la adolescencia estudió en el Liceo Pedro Troncoso Machuca de Vallenar. Su padre, Eduardo Viñales, le pidió, por ser la hermana mayor, que estudiara algo, que tuviera una carrera lo antes posible. A pesar de que Sara, que siempre tuvo muy buenas calificaciones en el colegio y tenía en mente la carrera de derecho o de periodismo, lo más rápido era obtener un título en la Escuela Normal Isabel Bongard en La Serena. Durante los dos años que duró su estadía en la Cuarta Región, Sara vivió en un internado de monjas: el Internado de la Providencia. *“El recuerdo más triste que tengo de mi adolescencia es que cuando estaba en La Serena en quinto año en la Escuela Normal murió mi papá. Se fue muy joven, de 42 años. Era diabético e, igual que a Daniel, le dio un infarto”*, cuenta Sara. Luego de terminar su carrera de pedagogía, se recibió como profesora básica y decidió regresar a Vallenar junto a los suyos.

*“Mi mamá tenía un negocio de abarrotes. La verdad es que mi papá fue bien habiloso antes de morir porque, como él estaba enfermo, jubiló por enfermedad. Él era empleado público, secretario de la gobernación en Freirina y además era empleado particular, porque llevaba varias contabilidades, así es que jubiló por la caja de empleados públicos y por la caja de empleados particulares. Además mi papá tenía camiones, entonces fue vendiendo los que tenía y se quedó con uno solo. Con la plata que juntó compró este local ubicado en la esquina de calle Serrano con Santiago, al lado de nuestra casa, para que atendiera mi mamá, que era algo que ella podía hacer. Como en esos años era más común que no estudiaran, ella sólo tenía preparatoria”* relata Sara.

Pero como enseñar no era su real vocación, no quiso trabajar en ninguno de los lugares donde la nombraban: *“En Vallenar hice puros reemplazos, porque cuando me nombraban en alguna parte no me gustaba. Trabajé como dos años, estuve en todas las escuelas, la 1, la 2, la 3, la 4, la 5, porque hacía puros reemplazos maternales, que en ese tiempo eran tres meses. Me movía de un reemplazo a otro. Estuve trabajando un tiempo en la Inspección Provincial también, pero nada largo”*.

Sara describe su niñez y adolescencia como una época bastante normal. Y así, como una típica joven chilena, los malones eran parte de su agenda: *“Era muy polola, la verdad sea dicha. Pero ninguno de importancia, sino que eran puros pinchoteos como se les llama ahora. Salía, iba a fiestas, bailaba, iba a malones. Salía harto la verdad”*.

Siempre tuvo una muy buena relación con toda su familia. Hoy tiene sólo un hermano que aún vive, Jaime Viñales. Su madre, Sara Valdés, falleció el año 2009.

La normalidad estaba instalada en su vida, sin embargo, tal como un cuento de hadas, llegaría un príncipe y robaría su corazón. En diciembre de 1956, Daniel Llorente González visitó por primera vez Vallenar para ver si le gustaba la ciudad. Sara recuerda muy bien el momento en que se conocieron: *“Lo conocí tan pronto llegó porque Daniel llegó a trabajar con Daniel Farkas y en ese tiempo yo andaba pinchoteando con él (ríe). Él llevó a Daniel donde mí. Él nos presentó”*.

El porte, la elegancia y el atractivo de Daniel Llorente no dejaban indiferente a nadie, así es que el romance que Sara alguna vez sostuvo con Farkas pasaría a ser cosa del pasado. *“Mi mamá no estaba de acuerdo con la relación”, cuenta Sara, “porque yo estaba pinchoteando con Farkas en ese tiempo, entonces como mamá, era mejor uno conocido, que sabía quién era, a uno que nunca había visto antes. Las aprensiones de una madre no más. Pero el tiempo pasó y la verdad es que no tuvimos ningún problema”.*

El flechazo llegó a sus vidas y, pasando por alto los 10 años y medio que tenían de diferencia, el amor se instalaría entre ellos para siempre: *“No sé si fue tanto como amor a primera vista, pero me gustó, tenía muy buena pinta. Fuimos amigos como un año y después empezamos a pololear en diciembre de 1958. Yo tenía 22 años”.* Dos años de relación fueron suficientes para que Daniel y Sara decidieran pasar el resto de su vida juntos. El futuro de la pareja estaba empezando a tomar la forma de lo que, alguna vez Daniel soñó como su felicidad.

## **La boda**

1960, Vallenar.

*“Daniel me propuso matrimonio el día 09 de mayo. Llamó a mi mamá y ella le dijo: ‘pero si esta es una floja, no sabe hacer nada, ¡cómo vas a estar con ésta niña!’. Así que él nunca pudo reclamar nada porque ya le habían advertido”, cuenta Sara riéndose de aquella anécdota.*

La boda no se hizo esperar y los preparativos comenzaron de inmediato. La ceremonia, civil y religiosa se celebró el día 16 de junio de 1960. *“Lo que pasa es que mi abuela por parte de mamá ya estaba viejita y en ese tiempo uno se podía casar en la casa. El oficial civil era mi tío, pero no nos podía casar él porque era muy cercano el parentesco, así es que nos casó, en la casa, la secretaria de él. El cura era un español que estaba trabajando en Freirina y se llamaba Vicente Escribá. El sacerdote vino hasta Vallenar y nos casó.”*

A diferencia de muchos matrimonios, Daniel y Sara se casaron por el civil y por la iglesia en una misma ceremonia: *“Nos casamos por el civil, me cambié de ropa y nos casó el cura. Yo estaba de blanco, mi vestido era bien bonito, me lo hizo la Raquel Taquini. Ese fue su regalo. Lo que pasa es que doña Raquel tenía su negocio al lado del local de mi mamá, entonces yo iba mucho donde ella y yo era amiga de sus hijas”*. *“Nos casamos cuando yo tenía 24 años. Él tenía 34”*, menciona Sara.

A la celebración asistieron alrededor de 50 personas, un número razonable para la cantidad de gente que podía atenderse en la casa. Tuvo lugar a las 12 del día. El romance perfecto de los recién casados se acababa de hacer realidad. Poco a poco, sus sueños más increíbles, comenzarían a cumplirse.

*“Un poco antes de que nos casáramos, en 1958, empezó la maestranza de Daniel. Comenzó con un tornito muy pequeño, y se compró un segundo recién cuando nació nuestro primer hijo, Daniel”* afirma Sara. Junto con el capital de la nueva empresa de Daniel, estaban los ahorros de Sara, que algo había trabajado antes de casarse. Con eso lograron reunir una pequeña suma para su luna de miel. *“Me nombraron para trabajar en mayo de 1960, en Maitencillo, y había dicho muchas veces que no, así que esa vez acepté. Me casé en junio del mismo año, quedé esperando a Daniel en septiembre y trabajé hasta octubre. De ahí no trabajé nunca más”*, recuerda Sara entre risas y agrega: *“Para nuestra luna de miel, nos fuimos de acá mismo, en avión hasta Santiago. Nos alojamos en el hotel Ritz que estaba en Estado con Agustinas. Esos días nos juntamos con José Luis Fernández, uno de sus hermanos que trabajaba en la empresa donde llegó Daniel, BIMA S.A. y con otros amigos de Santiago. Lo pasamos muy bien”*.

Este hecho fue el inicio de un romance eterno. Una unión incondicional que duraría casi 50 años y que perduraría en el recuerdo de sus seres más queridos.



## **Manos a la gran obra.**

*...Y empezó con sus propios negocios, haciendo lo que ya conocía muy bien: el trabajo de la fragua y los fierros. Nuestros colaboradores dicen que los fierros le hablaban. Con toda la tecnología que hoy tenemos en nuestra empresa, él era capaz de detectar una deformación milimétrica desde la ventana de su oficina. Y claro que le hablaban, si creció entre los fierros de la minera Hulleras de Sabero...*

1958, Vallenar. Los mejores ejemplos de gente emprendedora son quienes empiezan desde cero, desde lo más abajo. Daniel es el reflejo exacto de que el trabajo duro y constante entrega buenos frutos. “*Me interesa el futuro porque es el sitio donde voy a pasar el resto de mi vida*”, dijo alguna vez Woody Allen. Comenzó como aprendiz en los talleres de la minera Hulleras de Sabero en España. 18 años más tarde, en Vallenar, Chile, Daniel usaría esos conocimientos para ganarse la vida con sus manos y herramientas, hasta crear el imperio que vemos hoy. Daniel hijo cuenta: “*Mi papá consiguió un local donde empezó a trabajar en su maestranza. Formó un pequeño taller que, en esos años, atendía a la CAP. Esos fueron los inicios de la Maestranza Llorente Industrial. Él realmente empezó de a poco*”.

El día 15 de enero de 1958, Daniel fundó su maestranza. Independizarse fue un logro muy importante para un inmigrante que llevaba pocos años en el país.

Tan sólo cinco meses más tarde se casó con Sara Viñales, logrando así, en menos de un año, crear una empresa y formar una familia. No cualquiera tiene el privilegio y el coraje para armar unos cimientos así de firmes en tan poco tiempo y en un continente tan lejano.

“*Él empezó a trabajar con dos personas y una de ellas todavía trabaja en la maestranza. Eso fue hace 54 años atrás. Ese fue su inicio*” explica Daniel hijo. Hoy, la Maestranza Llorente Industrial S.A. tiene a casi 500 trabajadores, pero eso lo veremos más adelante, ya que, como muy bien dijo la primera dama estadounidense, Eleanor Roosevelt: “*El futuro pertenece a quienes creen en la belleza de sus sueños*”.

La primera vivienda que Daniel y Sara tuvieron en su vida de casados fue en calle Serrano en el centro de Vallenar. La morada se encontraba en el sector donde estaban las casas del Estado entregadas por la Corporación de Vivienda, CORVI. *“La casa, en ese tiempo era como la de los pitufos pero, comparada con las casas de ahora, era grande”*, explica Sara con buen humor. Además, agrega: *“Cuando mi primer hijo iba a nacer, llegó uno de los hermanos de Daniel, José María, y vivió con nosotros un tiempo. Se vino a trabajar y estuvo en la maestranza. Después, nos cambiamos a la Avenida Brasil. Le arrendamos un segundo piso a don Antonio Bou, una casa bien bonita y grande. Abajo, había una casa de repuestos y la casa tenía un pasaje largo que tenía, al fondo, un sitio enorme, así que Daniel ahí puso su maestranza”*. A estas alturas, Sara explica que *“en el tiempo en que Daniel tenía la maestranza detrás de la casa de calle Brasil, ya tenía algunas personas trabajando con él”*.

*“El lugar era un galpón que se lo arrendaba Francisco Bou y al lado de este sitio había una casa de dos pisos que él arrendó. Esa casa era de los Valle, me parece. El galpón era muy amplio, tenía la entrada por Brasil y el otro extremo daba al Estadio Municipal, entonces se usaba todo, hasta el fondo de la manzana”*, explica Arciro Gallardo, quien trabajaba con Daniel en aquel taller. Además, agrega: *“La entrada tenía dos portones grandes. Y, en un principio, usábamos una parte de la entrada no más, pero el taller fue creciendo muy rápido, entonces, en vez de siete éramos ocho, 10, 15, y a medida que fuimos creciendo, fuimos ocupando todo el lugar hasta el fondo.”*

Armando Olivares, un trabajador muy reconocido dentro de la empresa que entró en 1990, recuerda cuando iba al taller junto a su padre: *“Mi papá venía de Tal-Tal y cuando llegó a Vallenar conoció a don Daniel. Yo lo vi la primera vez cuando era un niño, tenía sólo ocho años, cuando tenía la maestranza en calle Brasil, al frente de las oficinas de CMP (Compañía Minera del Pacífico). Se juntaban más que nada por trabajo. Mi papá cortaba y vendía vidrios. Me acuerdo que yo caminaba por unos rieles de ferrocarril que había en el galpón para que entraran las llantas. Ahí jugaba yo mientras acompañaba a mi padre,*

*porque era un lugar muy grande, o se veía muy grande. Desde la entrada, había que caminar harto para adentro”.*

El primer libro de contabilidad se lo llevaba su esposa, Sara: *“yo anotaba todo en el libro y a fin de mes se lo llevaba a Pedro, el contador. Yo le hacía la declaración de impuestos y le llevaba un libro de ventas diarias. Los primeros meses las cartas las hacía yo también, cuando no tenía secretaria todavía”.*

El año 1958, cuando se independizó, Daniel se compró un torno y logró obtener otro más cuando nació su primogénito, en 1961. *“En esos tiempos arreglaban los envoltentes de los camiones. Para él era súper bueno arreglar uno porque, en ese tiempo, por rectificar un envoltente, como se le llamaba, se cobraban 80 mil pesos, que era mucho. Pero para eso Daniel trabajaba día y noche. Apenas comía”*, cuenta Sara.

Arciro Gallardo Díaz es el trabajador más antiguo que tiene la maestranza en estos días. Conoció a Daniel cuando trabajaba en un taller por calle Serrano, el año 1957, y comenzó con contrato el año 1960. El primer taller que Daniel tuvo como independiente fue en el mismo lugar donde trabajaba para la *Ford*, que estaba ubicado justo en frente de la sucursal del Banco del Estado, donde hoy hay una central de taxis colectivos. Ahí trabajaba sólo con un torno y una máquina de soldar y tenía a dos personas que lo ayudaban, un tornero y un soldador. Después, *“cuando llegué a trabajar fijo con él, tenía como a tres personas no más. El taller ya estaba en calle Brasil, pero en ese tiempo don Daniel todavía no estaba casado con la señora Sara, ellos pololeaban no más, así es que él vivía ahí mismo en el taller, tenía una pieza en el galpón”*, recuerda don Arciro, un vitalicio de la Maestranza Llorente.

*“Yo con contrato empecé a trabajar el año 1960. Antes había trabajado con él en unas peguitas temporales, en 1958, cuando vine de visita a Vallenar mientras hacía el servicio militar. Un amigo mío ya había trabajado con él antes así que me invitó y nos dio pega a los dos. Cuando ya estábamos contratados éramos como cinco personas en el taller. Un*

*hermano mío también trabajó ahí en ese tiempo. Ya había gente con él pero eran muy poquitos todavía”, agrega.*

Además de los envoltentes de los camiones, que según Sara eran un muy buen negocio, la minería en la Región de Atacama fue un elemento clave para el inicio, el crecimiento y el posterior éxito de la maestranza. Don Arciro explica: *“Todo se terció cuando empezó la minería. Abrió Guantemé, Santa Bárbara y otras minas. Como don Daniel trabajaba en mecánica, yo llegué a trabajar como ayudante de mecánico. Ahí confeccionábamos o arreglábamos repuestos para vehículos, pero después, con la minería, comenzamos a hacer estructuras metálicas. Ese fue el boom, ahí empezamos a crecer”.*

Pero sólo un torno no era suficiente para la demanda que la maestranza tenía, así es que Daniel, cada cierto tiempo, cuando lograba reunir algo de dinero, viajaba a Santiago y traía más máquinas para trabajarlas. *“Cuando se vino esta fiebre por las estructuras metálicas ya empezamos a tener muchas máquinas. Fue comprando más tornos, más cepillos. Cuando él salía a Santiago yo me quedaba a cargo. Es que él sabía cómo trabajaba yo y nunca tuvimos ningún problema, nos acoplamos muy bien”,* rememora Arciro.

En ese entonces, cuando el trabajo empezó a llegar a las puertas del gran galpón de calle Brasil, Daniel contrató a su primera gente, sin embargo, su labor física no terminó ahí, por el contrario, su esfuerzo fue al máximo en cada una de las tareas que los clientes le pedían. *“Él trabajaba manualmente. Trabajaba en los tornos, con soldadura, hacía de todo. Es más, nosotros entrábamos a las ocho de la mañana y terminábamos nuestro trabajo diario a la hora que nos correspondía, a las seis de la tarde, y él seguía porque tenía que responderle a los clientes, así es que se quedaba ahí hasta no sé que hora. Como le digo, él metía las manos todo el tiempo, trabajaba hartó”,* afirma Arciro Gallardo.

Era tanto el trabajo físico que hizo en los primeros años que una de las anécdotas más recordadas por sus familiares es cuando estuvo felizmente preso. *“Cuando Daniel tenía su taller en calle Serrano, había un juez en Vallenar que le decían el Tripas Negras y que te*

*mandaba preso por cualquier cosa. Un día, llega un niño al taller pidiéndole que le comprara un par de herramientas porque su papá estaba enfermo. Junto con Pepino, un amigo italiano, Daniel le compró un par de cosas, pero como este Tripas Negras era de temer, se asustaron y decidieron devolver las herramientas a la PDI, por cualquier cosa. Llegaron y no se dieron cuenta cuando ya estaban presos. Pepino lloraba y con mi amiga Olga Huassaf, que estaba pololeando con él, les llevábamos comida. Y el niño estaba ahí preso también, al lado de ellos, jugando a la pelota así es que le daban cosas para comer. Pero para Daniel todo esto no fue ningún problema porque durmió los dos o tres días que estuvo preso. Estaba feliz porque logró descansar, comer bien y dormir un montón”, recuerda Sara, su señora.*

A pesar de ser un equipo de trabajo muy pequeño y de ser una empresa que estaba recién comenzando, Daniel era muy estricto. Según don Arciro “*a él le gustaban las cosas bien hechas, las cosas se hacían bien o no se hacían. Él nos enseñaba todo y nos decía: ‘háganlo así, pónganlo acá’.* Todos aprendimos de él y, los que quedamos en la empresa de esa época, que somos muy pocos, tenemos la enseñanza de él, a diferencia de los más nuevos que saben las cosas por libros, por el colegio o los liceos industriales. Yo llegué hasta sexto básico y sé todo en este rubro gracias a él. Yo creo que traía enseñanzas de Europa porque tengo entendido que él trabajaba en una maestranza, entonces él sabía de allá mismo. Cuando se vino de España trajo con él todo lo que sabía de los talleres y eso nos llevó a aprender todo lo que sabemos hoy también”.

La visión de los niños a veces dista de lo que los adultos ven. Para los más pequeños, la aventura está en todas partes, incluso en un montón de viruta. “*Yo bajaba mucho al taller – cuenta Loreto- y lo pasaba chanco. La maestranza estaba al fondo del pasillo de la entrada y era un galpón chico solamente. Me acuerdo que en una esquina había una escala de metal y la oficina estaba arriba, que era una estructura montada arriba de ese galpón. Cuando entraba al taller lo primero que había era un cerrito de viruta de fierro. Para mí eso era como el Everest ¡Me encantaba jugar ahí!. Yo iba hartito a la maestranza y era muy amigo del secretario, don César, que me prestaba la bicicleta para andar en la plazoleta de en frente. Me veo pedaleando”.*

La creación material más grande de Daniel había nacido. Tres años más tarde, sin embargo, otro nacimiento sería mucho más importante que cualquier logro empresarial: su primer hijo.

### **Cuando llegaron los locos bajitos.**

1961, Vallenar. La abundancia fue una característica clave en la vida de Daniel. Su esposa Sara la vivió junto a él desde un principio. *“Cuando yo estaba embarazada de mi primer hijo, Daniel estaba recién trabajando en su maestría y me mandó a Santiago a la Clínica Central, que era lo máximo en ese tiempo, en avión y más encima con mi mamá. Él quería que naciera allá, que estuviéramos en lo mejor, a pesar de que no teníamos para lujos como esos.”* A los 35 años, el día 29 de junio de 1961, Daniel tuvo su primer hijo, quien llevaría su mismo nombre: Daniel Llorente Viñales.

*“La verdad es que el embarazo de Daniel fue complicado, yo tenía síntomas de pérdida. De hecho, esa fue una de las razones por las que me fui a una clínica en Santiago. Me descubrieron una úlcera, pero al final resultó todo bien, no fue prematuro”,* recuerda Sara.

Dos años más tarde, cuando Sara tenía 27 años, nació su segunda y última hija: Loreto Isabel Llorente Viñales. *“Con la Lola no tuve ninguna complicación, así que nació acá en Vallenar y en el hospital viejo”* cuenta Sara mientras ríe. *“Cuando yo nací, el 20 de enero de 1963, mi papá ya era un hombre adulto, tenía casi 40 años. Desde el principio fui muy apegada y regalona. Él me decía que yo había nacido con la marraqueta debajo del brazo (ríe), porque situaba mi nacimiento con la época del crecimiento de su empresa”,* relata Loreto, 49 años después de su llegada a la familia Llorente.

A esas alturas, Daniel ya estaba surgiendo como emprendedor independiente. A pesar de que la situación económica aún no se elevaba ni a la mitad de lo que lograría más adelante, la familia Llorente Viñales tenía una casa muy linda, a los hijos nunca les faltó nada y el

taller de la maestranza iba tomando forma. *“Los niños durante su niñez y adolescencia fueron súper malcriados. Nosotros con una amiga, la Dorita, fuimos a Santiago a comprar los juguetes para los regalos de navidad. Nosotras íbamos a una juguetería que estaba en el pasaje Imperio, la Juguetería Alemana, que era muy grande y bonita. Llegamos y nos paramos frente a la vitrina para ver qué íbamos a comprarle a los niños. Empecé a mirar y todo lo que estaba en exposición ya lo tenían. De verdad eran terriblemente malcriados”*, recuerda Sara.

Pero el arduo trabajo conlleva a la falta de tiempo. Cuando hay mucho que hacer, el tiempo nunca es suficiente y Daniel, como aparentemente le había dado en el clavo con su pequeña empresa, era un hombre muy ocupado. Según Sara, su rol en el hogar fue doble: *“Cuando mis hijos eran chicos, yo prácticamente era mamá y papá, porque Daniel no estaba, no tenía tiempo. Nunca supo lo que era matricular un niño, lo que era ir a una reunión de apoderados. Una vez, una amiga me contó que había visto a Daniel en la plaza con los niños, que los llevaba de la mano, y los tomaba como podía, porque no sabía llevarlos (...) Daniel tuvo poco contacto con ellos, no tuvo tiempo para sacarlos a pasear o al fútbol. La verdad es que, en ese sentido, él disfrutó mucho más a sus nietos”*.

Pero como el que quiere puede, Daniel hizo lo posible por estar ahí para ellos, y de una u otra manera, según Loreto, lo consiguió: *“Trabajó todo el tiempo, pero yo nunca lo sentí ausente (...) no me acuerdo haber sentido la necesidad de buscarlo para contarle algo. Sí pasaba mucho tiempo en el taller pero se las arreglaba para estar ahí”*. De hecho, según Daniel hijo, *“Una de las cosas que para mi papá era súper importante era que, cuando él subía a almorzar a la casa, a las 12:30, teníamos que estar todos, a él le gustaba que almorzáramos todos juntos”*.

La relación de hermanos era bastante buena, sobretodo los primeros años, ya que la diferencia de edad, en la niñez más temprana, casi no se nota. *“Con Daniel pasábamos harto tiempo juntos. Las pocas veces que yo debo haber pedido muñecas o juegos de té era para hacer la posada de los camioneros”*, cuenta Lola mientras ríe. Daniel, por su parte recuerda: *“La Lola era súper rica, teníamos una relación de cariño, muy tierna. Eso fue*

*cuando éramos chicos porque, a los 14 años me fui a la pre militar, así es que ahí dejamos de vivir juntos”.*

Los primeros años de la familia Llorente Viñales iban viento en popa, no había un sólo iceberg en el camino que hundiera el gran buque que estaban formando. Como todo buen capitán, Daniel se encargó de que sus hijos se criaran en la mejor de las cabinas, al lado del timón y en lo alto, para que las olas no fueran a dañar a los suyos. La casa de calle Brasil es su barco de los recuerdos. ¡Todos a bordo!

## **Nuestra casa**

1960, Vallenar. *“La casa de calle Brasil es la primera que yo recuerdo. Nací ahí y estuvimos en esa casa hasta el año 1973, cuando nos cambiamos a calle Ramírez”*, dice Lola. Para visitar Vallenar hay que tomar la decisión de entrar, sino simplemente pasa desapercibido en medio del camino atacameño. La entrada principal de esta ciudad está cruzando el puente Brasil, que pasa por encima del río Huasco. Inmediatamente después se puede ver un “Bienvenidos” del club rotario, que está en el principio del bandejón central de la Avenida Brasil. Esta plazoleta acoge una gran cantidad de palmeras y asientos de parque; tiene la Torre Centenario, de hierro forjado y un reloj en la cúpula superior, una construcción que trata de parecerse a la torre Eiffel y, un poco más allá, está la famosa Vendimia, estatua que representa la agricultura de la zona.

Esa es la famosa Avenida Brasil de Vallenar, majestuosa e imponente que, según el himno de la ciudad, al viajero le da la bienvenida en la luz de sus huertos y jardines. Y es aquí, en esta calle precisamente, que los Llorente se mudaron luego de la casa de la población CORVI. Arrendaron la casa que estaba justo al lado del taller de Daniel. Así, la familia podía estar, en cierto modo, más unida.

Loreto recuerda: *“Era una casa de dos pisos, muy antigua, con la entrada por una escala. En el frontis sólo se veía la puerta. La fachada estaba pintada de un color lúcumo y desde*



*la calle se veía la terraza de la pieza de mis padres. Uno subía por una escala roja de cemento pulido, grande, con muchos escalones, tenía un descanso a la mitad y al llegar arriba, a mano derecha había un pasillo. Entrando, lo primero que había a mano derecha era 'la pieza del abuelo', una habitación que tenía una ventana que daba a la escalera, por lo tanto era más fresca y más oscura que el resto de la casa. Ahí mi papá guardaba los tiros –porque practicaba el tiro al plato- entonces era como todo un misterio. Por el frente del pasillo estaba el dormitorio de mis papás, que era muy grande y con un balcón que daba a la calle. Al lado de esa pieza estaba la nuestra, donde dormíamos juntos con Daniel. Según yo ese espacio era inmenso, con nuestras camas hacia un lado y con un ropero muy grande al otro. En la puerta contigua estaba la 'pieza del cachureo', como le decíamos, donde teníamos todos nuestros juguetes. Ahí había un catre con marquesa tubular metálica y un closet muy grande y lleno de cachureos. Más allá estaba el baño, muy grande. Cuando nos bañaban, había un hoyito entre las llaves de la tina y se veía para el living comedor. Me acuerdo del juego de comedor porque era lo que veía mientras me bañaban. Era de un color oscuro y con las patas de las sillas bien exageradas. La cocina no era muy grande, pero era larga eso sí y a mí me daba la sensación de estar en el aire porque la cocina estaba encima de un pasaje de al lado, no había nada abajo. Todo eso era nuestro lugar, nuestro mundo”.*

Cada una de las partes de la casa tenía algo, una personalidad especial que las hacía distintas del resto de la casa. Daniel hijo, por su parte, agrega: *“Me acuerdo de la visita de mi abuelo, cuando vino a vernos y se quedó en la primera pieza que quedó, desde esa vez, como la 'pieza del abuelo'. Recuerdo también la pieza del cachureo, que tenía piso de tablas y, entremedio, habían una pequeñas rendijas que, si tú mirabas con atención, podías ver lo que pasaba abajo, que era una parte del taller, entonces de ahí veía la vida de abajo. No sé si fue la cera u otra cosa, pero me acuerdo de ese aroma especial cada vez que estaba mucho rato pegado al piso”.*

Las entreteniones en una casa tan grande son infinitas y los pequeños Llorente Viñales se encargaron de recorrer cada recoveco del lugar. *“Desde la ventana de la entrada del pasillo, podíamos salir al techo de las construcciones que estaban abajo y a una parte de*

*la barraca de mi papá. Eso era como patio porque podíamos caminar por ahí”, recuerda Loreto. Daniel hijo agrega: “La casa no tenía patio, entonces a mí me gustaba jugar en el techo porque podía salir por una ventana que daba al techo de la maestranza. Me llamaba tanto la atención que ahí estuviera la soga para colgar la ropa ¡en el techo!”.*

El año 1973 Daniel compró su primera propiedad que está ubicada en calle Ramírez con Atacama, en el centro de Vallenar. Allí, instalaron un nuevo taller para la Maestranza Llorente Industrial y una gran casa para satisfacer las comodidades de la familia.

La adolescencia de Daniel y Loreto fue muy buena. Con consentimientos y regalones. Lola cuenta que *“hacía muchas cosas en la casa, era la clásica casa de las juntas de curso. Yo vivía con compañeras y amigas en mi pieza”.*

Sin embargo, las aguas quietas de la normalidad se agitaron cuando Daniel hijo anunció lo que quería: ir a estudiar a la pre militar, en Talagante. *“El año 1976 me fui a un internado porque quería ser militar y además porque irse a estas escuelas estaba de moda, entonces postulé el año 1975 a un instituto pre militar en Talagante. Estudié en el Liceo de Vallenar y al año siguiente me fui. Mi papá no quería pero, fue tanta mi insistencia, que me dieron permiso sólo si no me arrepentía. Me arrepentí el primer mes, pero me quedé no más (...) Yo me fui muy niño. No sé si me arranqué o fue otra cosa. Era muy regalón, pero quería mostrarle a mi papá que yo también podía. Yo creo que tiene mucho que ver con eso, con repetir su historia para que me él me sintiera capaz”.*

Hoy, la casa de Ramírez es el Hotel Puerto de Vega, de Mai-Nié Chang, esposa de Daniel hijo. La fachada y algunas cosas en su interior, después de que los Llorente se cambiaron a su casa de la parcela, se han mantenido a lo largo de los años. *“Cuando llegamos ya había piscina, pero parece que no estaba pintada todavía. Esa casa sufrió muchos cambios porque cada vez que íbamos a Talagante a ver a Daniel con mi mamá, al volver había algún muro abajo o algo construido. Siempre estaba modificando. Pero de lo que se ve ahora, habían varias cosas”, recuerda Lola.*

La nueva casa fue construida a pulso por su mismo dueño que, junto a la ayuda de un maestro, creó las paredes del nido de calle Ramírez. Daniel hijo afirma que *“Era una casa linda. La hizo mi papá con un maestro español. Hasta ahora se nota mucho que él la construyó porque sigue siendo muy recto, tal como a él le gustaba construir. En esa época, mi papá mandó a hacer un mueble de madera a Santiago y yo lo acompañé a buscar partes porque, era tan grande, que lo tuvimos que traer por piezas a Vallenar. Era un mueble de biblioteca que es del tamaño de un muro completo y que está hasta el día de hoy en el hotel”*.

Las casas son la contención, la caja de recuerdos que anida nuestra mente. Son los aromas y las sensaciones del hogar los que se impregnan en la memoria de forma permanente y ayudan a construir una parte de nosotros, de nuestras vidas. Pero, a pesar de que las paredes del espacio propio son el mejor lugar para sentirse protegido, el espíritu de aventura, a veces supera los límites y se eleva al cielo como el humo de una chimenea. Las ganas de viajar corría por las venas de Daniel. Volver a su patria y llevar a su familia, era el pedacito de felicidad que le faltaba.

## **Volver a mi pueblo**

*...Junto con amar a Chile, país que lo acogió, se ocupó de enseñarnos el amor e interés por España. En cuanto pudo, nos envió a mi hermana y a mí. Éramos muy niños cuando tuvimos la oportunidad de conocer nuestras raíces, al igual que sus nietos. Así, logró que todos nosotros también tuviésemos historias, afectos y permanente contacto con esa tierra . Escuchar a sus nietos hablar de sus propios lugares y con ganas de volver una y otra vez, sin duda lo hacía sentir muy feliz...*

1967, Sabero, España. Ser un emigrante no es cualquier cosa. Despegarse de las raíces, de tu tierra, tu espacio, tu vida, es definitivamente un giro, donde la brújula pareciera no detenerse. A pesar de crear un nuevo mundo en otra parte del planeta, las entrañas tiran y el

pueblo natal, en algún momento, se hace oír para que tus pasos se dirijan hacia él. Aunque sea sólo de pasada.

La primera vez que Daniel pudo volver a España fue el año 1967, luego de 15 años fuera de su tierra, casado hace siete años y con dos hijos. Bastante agua debajo del puente. En 1964, sin embargo, Daniel ya había recibido la visita de su padre y de una de sus hermanas, Adita. Fueron a Vallenar a ver cómo había surgido el mayor de los hijos y se encontraron con una gran y agradable sorpresa. Si bien la comunicación era constante por cartas, ver todo en vivo y en directo no tiene comparación. Daniel hijo recuerda esos tiempos y nos cuenta: *“Mi abuelo y mi tía Adita vinieron desde España y se quedaron una temporada con nosotros. (...) El abuelo tuvo, incluso, la oportunidad de trabajar con mi papá para ayudarlo durante el tiempo que nos visitaron. En esos tiempos los viajes eran largos, así es que la gente se venía de Europa por un buen tiempo”*.

*“En esos años venir de España a América era poquito menos que Cristóbal Colón”*, explica Sara, muy risueña. Otro de los familiares que pisó tierra atacameña fue José María, uno de los hermanos de Daniel. Vivió algunos años con los Llorente Viñales y él también trabajó en la maestranza. La primera vez que Sara y sus pequeños hijos fueron a España, tuvieron de compañía a José María, quien se devolvía a su pueblo. *“Primero me fui yo con los niños y nos llevó el hermano de mi marido, porque mi suegra estaba muy enferma y Daniel quería que su mamá conociera a sus nietos antes de morir”*, cuenta Sara. El hijo primogénito de Daniel recuerda: *“Una de las grandes penas que tuvo mi papá es que su madre, Adoración, mi abuela Chón, tenía una hemiplejía y estuvo en cama casi doce años antes de que muriera. Entonces yo conocí a mi abuela en cama, con todas sus facultades mentales, pero sin poder mover su cuerpo”*.

Sara, sin problema alguno, recuerda cada uno de los detalles de su vida junto a Daniel. En este caso, el primer gran viaje en familia. *“Nosotros nos fuimos los primeros días de julio y él (Daniel) se fue después, el 20 de agosto. Llegamos a la casa de mis suegros. (...) Su mamá me contaba que, cuando Daniel se vino a Chile ella pensó que no iba a ver nunca más a su hijo. Y es que en ese tiempo era así, por ejemplo, nosotros llamábamos a España*

*para la pascua y teníamos que pedir el llamado como cinco días antes para poder hablar en navidad. Nos comunicábamos con ellos por carta el resto del año. Eso sí, yo le escribía a mi suegra bien seguido. Esa primera vez que fuimos nos quedamos cinco meses, me acuerdo”.*

Daniel también posa su memoria en esa experiencia y nos revela: *“Pasamos una temporada muy larga ahí, tiempo en que mi papá aprovechó de viajar por Europa con mi mamá y también de estar con sus hermanos y con sus padres. Era la primera vez que él volvía después de todo ese tiempo. El año '70 volvimos por la misma temporada, pero luego mi papá dejó de ir a España. Mi abuela murió el año '76 y mi abuelo el '78, así es que yo creo que perdió la ilusión de volver a su país. Pero en 1989 a mi papá le hicieron un bypass coronario, entonces lo entendió como que Dios le regaló un poco más de vida. Por esto, decidió volver a España cada invierno y, desde ese momento y hasta el final, mi papá viajó a su tierra cada mes de julio y regresaba a Chile en septiembre. Ahí volvió a darse cuenta de que sí había mucho para él allá, que había toda una historia, que estaba su vida”.*

Vivir cinco meses en otro país no es menor, sino que se convierte en una especie de intercambio, como esos de colegio donde los adolescentes van a otro lugar y se sumergen en una cultura totalmente diferente a la suya. Así llegó Sara y sus hijos, a un país que distaba de ser como Vallenar. *“Para mí fue súper difícil, porque las españolas eran súper trabajadoras, muy buenas dueñas de casa. Se cosían la ropa ellas mismas, lavaban, se hacían todo y yo nunca había hecho nada. A la Lola le mandé a hacer unos vestidos preciosos, de lino, y como es una tela dura, cuando se los tenía que lavar ¡me quedaban heridas en ambas manos! Nos quedamos viviendo con ellos. Tenían un departamento grandecito. Lo que pasa es que ellos eran del pueblo, de Sabero, y cuando la gente de ahí jubilaba, le daban la opción de tener una casa en la ciudad, en León”.*

El abuelo Daniel, luego de jubilar aceptó la propiedad que le ofrecían, así es que agarró sus maletas y junto a la abuela Chón y a María Jesús, la única hija que aún vivía con ellos, partieron a León. *“La casa era normal, tenía tres dormitorios y había uno que usaban como biblioteca, entonces, cuando llegábamos nosotros, lo convertían en otro dormitorio*

más. Tenía un living, un comedor y un baño”. Loreto agrega: “íbamos a la casa de León, a la calle Obispo Panduro, portal número 6, segundo i, para ser más exacta”. La casa del pueblo, parte de las propiedades de Hulleras de Sabero, la conserva una de las sobrinas de Daniel, Olga María, quien usa el inmueble para la temporada de verano.

Sabero, en esos años, vivía de las minas de carbón y el papá de Daniel era el jefe de la maestranza de una empresa grande del pueblo, Hulleras de Sabero. Según Sara, de las faenas se tenía un buen pasar, así es que no tenían problemas económicos: “*tampoco tenían mucha plata, pero vivían bien*”. Por otra parte, la recepción de la gente de pueblo siempre se ha caracterizado por ser grata y acogedora. Para Sara, en aquella época los leoneses no fueron la excepción: “*Nunca tuve ningún problema cuando llegué porque la gente de allá, sobretudo la gente ‘antigua’, tiene la conciencia de familia, la familia es sagrada. Además que, en esos años, los del mismo pueblo se trataban como parientes, había mucha unión. (...) Y la mamá era una mujer buenísima, de éstas que la caridad de verdad la practicaba. Si llegaba alguien a la casa, aunque hubiera poca comida, porque en ese tiempo de post guerra había racionamiento, compartía todo lo que tenía. Alojaba a gente en su casa que ni siquiera conocía, si hasta una enana tuvo. La verdad es que era una forma de ser que cuesta entender, porque los chilenos no somos así. Para mí fue una novedad, fíjate, pasé por muchas cosas que yo no había visto*”.

Loreto Llorente recuerda sus primeros pasos en el Viejo Mundo: “*La primera vez que fuimos a España fue el ‘67, cuando yo tenía como cuatro años. Como uno tiene la noción de tiempo distinta cuando se es más chico, sentí que fue tanto tiempo, como que me crié en España. Mi abuela ya estaba postrada, yo nunca la vi parada, estuvo en cama hasta que falleció 13 años más tarde, el 22 de enero de 1976. Pero hasta el final estuvo siempre lúcida, de hecho ella manejaba mucha información. Era muy habilosa, a pesar de la humildad, era respetada dentro de su círculo. Leía mucho, así es que sabía perfectamente cómo era el lugar donde estaba cada uno de sus hijos. Cuando fuimos, mis abuelos vivían con mi tía María Jesús, la menor de los hermanos que se quedó con sus padres y se dedicó a cuidarlos hasta el final. Esa primera vez que fuimos fue raro porque veía a mi papá todo el día y yo no estaba acostumbrada*”.

Daniel hijo vuelve a su primera vez en España y visualiza aquellos recuerdos de los '60: *“Me acuerdo de los edificios y casas todas rojas, de ladrillo. Fue tanto tiempo que la sentí como una vida entera que estuve allí. Lo recuerdo con tanto cariño porque, cuando he vuelto a León, caminé por la misma calle, sentí los mismos olores. Ahí me di cuenta de que mis recuerdos de los primeros viajes están llenos de cariño. Mi viaje a España fue muy entretenido. Llegamos a León pero mi abuelo nos llevaba hartos a Sabero. Además, íbamos a ver a mi tía Adita que vivía en un pueblo cercano, Mancilla de las Mulas. Era un pueblo castellano entonces, cuando me acuerdo de mi niñez allá, me acuerdo de las construcciones de ladrillo, de las estepas castellanas con poco pasto, en fin, los paisajes de España”*.

Este gran viaje significó mucho para todos en la familia. Sara, Daniel hijo y Loreto conocieron las raíces de su esposo y padre, y lograron entender el por qué de más de una interrogante. Para Daniel, volver a mirar, pisar y sentir su tierra fue, sin duda, la recarga de energía que necesitaba para seguir en la interminable búsqueda de alcanzar sus sueños y hacerlos parte de él.

## **Orden y patria también es mi lema**

*...Sus amigos, al igual que los amores, eran para siempre. Él no tenía rencor, no sabía de esa palabra. Mi papá perteneció a varias agrupaciones, pero la que llevaba en su corazón era el círculo de alguaciles de Carabineros de Chile. Era muy raro que fallara a una reunión, le encantaba conversar y, por supuesto, la cena posterior donde, nuevamente a espaldas de mi mamá y con la complicidad relativa de los amigos alguaciles, se tomaba unos vinitos junto al rico plato del rancho del cuartel...*

Ser parte de algo, esa era la gracia, una combinación perfecta entre la compañía, la conversación, el aporte a la sociedad y la tan bendita comida.

Daniel fue parte de muchas asociaciones y agrupaciones, tantas que este libro no terminaría nunca si cada una de ellas tuviera un capítulo. Es por esto que, en representación de los

clubes y gremios a los que él perteneció, hay un espacio para los Alguaciles.

Si me preguntaran por los alguaciles, lo primero que se me viene a la mente es alguna película al más puro estilo tejano. Pero los que son chilenos distan un poco de esa concepción. Los alguaciles son un grupo de personas que se unen alrededor de la policía local, porque son de la zona y porque son afines a alguna función que cumplen, en nuestro caso, los Carabineros de Chile.

Sara, la compañera de vida de Daniel, nos cuenta que *“los alguaciles los disfrutaba mucho. Eso de verdad le gustaba, porque en realidad no hacían nada (ríe). Se juntaban, comían y conversaban. Bueno y además de apoyar la labor de Carabineros, becan a dos o tres hijos de gente de la institución, que sean buenos alumnos, para que estudien tranquilos. Con Efraín Alday, se juntaban en las comidas que organizaban en el cuartel y eran muy buenos amigos. Claro, si eran los dos tan buenos para comer.*

*Los alguaciles son básicamente amigos de los Carabineros, si tienen algún problema, los ayudan como pueden”.*

Daniel Llorente fue uno de los fundadores del Círculo de Alguaciles de la 3ra Comisaría de Vallenar. Con todos sus años de lealtad hacia la institución, llegó a ser Alguacil Mayor. *“Mi papá tenía un gran cariño por Carabineros, le enternecía mucho. La labor de ellos para él era un cosa tan importante que cuando tuvo la oportunidad de crear esto en Vallenar, lo hizo”*, cuenta Daniel hijo. Y es que junto con apoyar una causa que el creía justa y valorable, Daniel disfrutó, hasta el último, juntarse a comer y conversar con su grupo del alma. *“La semana en que mi papá falleció, fue a la reunión de Alguaciles. Es que esa reunión, para él era el paseo del mes, porque lo disfrutaba plenamente”*, agrega.

La despedida que los Alguaciles le dieron a Daniel en su funeral, fue gloriosa y majestuosa, mucho más de lo que él jamás hubiese imaginado. Daniel hijo, emocionado, dice que *“todos los alguaciles le dieron una despedida maravillosa. Mi papá fue despedido como un General. Recibió todos los honores que puede recibir un carabinero”*.



## ¡Tengo una idea!

*...En los últimos años, cumplió otro gran sueño: producir aceite de oliva. Sabiendo que plantar olivos a esa edad es, en gran parte, un acto de generosidad y trascendencia, como todo en su vida, puso toda su pasión y amor. Disfrutó plenamente esta actividad...*

2000, Vallenar.

El imperio de los fierros ya estaba en la cumbre de la industria y lo más lógico era que Daniel al fin descansara, que se acostara con los pies cruzados, la cabeza apoyada sobre sus manos, con una cerveza y el control de televisión en la mesita de al lado. Pero nunca fue suficiente. Las ganas de soñar más, de crear más, de disfrutar más, se posaron en la mente de Daniel y se instalaron allí hasta el final.

Según Plutarco, un historiador, biógrafo y ensayista griego: *“El cerebro no es un vaso por llenar, sino una lámpara por encender”*. Pues bien, Daniel encontró su switch y lo dejó permanentemente en On.

El año 1981, el leonés de corazón chileno decidió comprar tierras. Esperó a que su hijo primogénito terminara sus estudios, volviera y empezara, de a poco, a tomar las riendas de la maestranza. Las parcelas eran su juguete nuevo y estaba ansioso por ir a meter las manos al barro. Daniel hijo llegó el año 1985 y, tal como su padre esperaba, entró de lleno en la empresa. *“Cuando yo llegué, él rápidamente me dio tareas en la empresa para él poder ir a trabajar al campo. Comenzó a armarlos. En un principio eran sólo unos potreros, así es que empezó a plantar trigo, fue uno de los pioneros en las cosechas automatizadas, hacía el servicio de cosecha. Todo esto en un momento en que el área agrícola había dejado de existir por mucho tiempo en el área industrial”*.

Pero la idea aún no estaba completamente armada y mucho menos consolidada. Antes de llegar a puerto, había que probar con todos los productos posibles. Qué funcionaba mejor en el Valle del Huasco. Daniel hijo comenta: *“Estuvo siempre buscando algún camino en la agricultura y como era un hombre emprendedor y tremendamente entusiasta, llevó su misma manera de trabajar al campo. Tenía una bodega grande, los corrales estaban bien*

*hechos, los cercos eran perfectos y las hectáreas estaban llenas de caminos. Todo muy ordenado*". Una de las opciones que Daniel probó en sus tierras fueron los animales. "Al principio, probó con muchas cosas, con paltos, con una engorda de vacunos, con una lechería y probó con trigo, pero de a poco iba apuntando a lo que él quería hacer", afirma Daniel hijo. Sara recuerda, entre risas, su pequeño negocio lechero: "Antes teníamos vacas y vendíamos leche. Un día cualquiera vendió las vacas, todas de una. Teníamos las vacas en la parcela y había que pagarle al que sacaba la leche y con horas extras, porque la vaca no sabe que es domingo, entonces había que sacarle todos los días; había que pagar un vehículo para que trajera la leche a Vallenar; y en la ciudad yo tenía que tener a alguien para que vendiera la leche. Nuestro trato era que él (Daniel) pagaba y yo me quedaba con la ganancia. Siempre me reclamó por eso, pero yo le insistía: '¡Pero si es un muy buen negocio!, para ti será gasto, pero para mí es negocio'. Entonces, sin decirme nada, de un día para otro las vendió, ¡Todas!. Nunca le pagaron las vacas (ríe), pero siempre me dijo que no importaba, porque aún así era mejor negocio que el que tenía con las vacas. Sin ellas, por último, no gastaba".

Luego de tratar con varias opciones, pensó en una idea que lo mantendría feliz hasta su último día. Daniel, desde un principio fue apoyado por sus cercanos, sin embargo nadie entendió realmente esta idea repentina de los olivos. Daniel, el incomprendido del momento calzaba perfecto con las palabras que alguna vez decretó el escritor estadounidense Mark Twain: "Un hombre con una nueva idea es un loco hasta que ésta triunfa".

Armando, trabajador de la maestranza, recuerda cuando acompañó a Daniel a medir los terrenos que tenía: "Él ya tenía unos terrenos, pero compró más y ahí yo lo acompañé a medirlos. Ahí le pregunté qué quería hacer con las tierras y me contestó muy seguro: 'voy a plantar olivos'".

Como buen español, la tozudez era parte importante del carácter de Daniel y, a pesar de los comentarios de sus trabajadores o de quien fuera, plantar olivos era la próxima meta. Armando agrega: "Antes de plantar, nosotros (maestranza) llevábamos estructuras para arenar, porque estábamos atochados con trabajo en el taller, entonces nos dijo que fuéramos a arenar a la orilla de la carretera. Pero los vecinos no tardaron ni un segundo en reclamar porque levantábamos mucha tierra, entonces don Daniel nos dijo que

*fuéramos a sus terrenos a hacerlo. Y ahí mismo, cuando estábamos arenando, reafirmo su decisión de plantar olivos. Todos le dijimos: 'pero cómo, si está todo lleno de arena' y él nos respondió: 'igual salen'. Yo le recalqué que la tierra estaba contaminada con la arena, pero ni se inmutó y me dijo que lo iba a hacer igual".*

La decisión estaba puesta en la meta y no había ningún obstáculo que fuera capaz de detenerlo. Luego de plantar olivos el siguiente paso era su siguiente sueño: hacer una planta de aceite de oliva. Pero ¿por qué olivos? ¿Por qué aceite? Esas son preguntas que hasta el día de hoy andan dando vueltas por ahí. Hay más de una teoría pero nadie sabe con certeza. Daniel creó todo en tan poco tiempo que sus cercanos no alcanzaron a dimensionar lo que él estaba construyendo: otro legado más para su familia y para el Valle. *“No sé de donde se le ocurrió hacer una planta de aceite -afirma Sara-, pero se le ocurrió y lo hizo. Y es que si a él se le ocurría hacer algo, lo hacía. No sé, de repente empezó con los olivos, porque aguantan mucho con poco riego y se dan muy bien en la zona. De un día para otro compró dos máquinas y realmente no me acuerdo cuándo llegó a tener todo lo que hay hoy día. De verdad no sé cómo ni cuándo salió toda la planta”. Además, agrega que “Daniel no compartía sus proyectos conmigo, porque sabía que yo le iba a decir algo, que para qué se iba a meter en otra cosa (...) por eso me contaba sus proyectos cuando ya estaban hechos, nunca supe de antes”.*

Las facilidades de crecimiento de olivos en la zona, tal como lo explica Sara, fue un elemento importante para considerar la creación de la planta. En el sitio web del aceite, [dondaniel.cl](http://dondaniel.cl), se encuentra la información de la ubicación estratégica en que Daniel plantó sus olivos: *“La Almazara Valle del Huasco y nuestros huertos de olivos, están ubicados en el propio Valle del Río Huasco, en las proximidades de la ciudad de Vallenar, aproximadamente a 50 kilómetros de las costas de la Tercera Región de Atacama y a 500 metros sobre el nivel del mar. Estos factores aportan el clima y las condiciones de suelo que son ideales para la olivicultura”*

Jesús, chofer personal de los Llorente, recuerda: *“Cuando puso la planta de aceite yo pensé que era por España, porque vivía en una zona de aceite y, luego de que falleciera, cuando conocí al primo de don Daniel, el cura Jesulín, nos pusimos a conversar y dijo: ‘no*

*sabemos cómo hizo esto’, yo le respondí al tiro: ‘pero si en España hay olivos’. Me miró y me dijo: ‘Hay, pero no de donde venía él, su zona era netamente minera, no habían ni árboles’. La señora Sara también me dijo que siempre le pareció raro que hiciera un negocio con olivos en vez de mineras”.*

Daniel hijo, por su parte, nos comparte su teoría respecto de la prioridad a los olivos por sobre la mina: *“Él compró eso porque era apasionado y era un hombre que tomaba las oportunidades. Yo creo que la minería él la tenía en su corazón, pero ese rubro significaba también, un recuerdo muy triste. Con sus conocimientos y su experiencia era lógico que su nuevo negocio fuera minero, pero dentro de todo el cariño que le tenía a esa área, yo creo que tiene que haber tenido tristeza. No hablaba de eso y, cuando yo le preguntaba, me decía: ‘dediquémonos a lo que tenemos que es el campo’”.* Además, afirma que para su padre era un tema pendiente: *“El aceite de oliva es uno de los productos típicos de España, entonces producirlo él, era como un símbolo. El hecho de llegar acá sólo con una maleta de ilusiones, porque no traía nada más, y llegar al momento de formar empresas y finalmente producir esto aquí, para él era un tema muy importante”.*

Otra de las grandes motivaciones que tuvo Daniel para empezar una nueva empresa, desde cero, sin mayores conocimientos sobre el rubro y sin estudios de mercado, fue su pasión por crear. Daniel hijo asegura: *“A mi papá le dio con el aceite porque eso lo llevaba a España y la pasión por hacer cosas, por convertir una aceituna en aceite y aprender a hacerlo. Vino no hizo porque en ese momento la legislación no lo permitía, pero el aceite lo apasionó, le dio la energía que necesitaba para seguir adelante. Los últimos años de vida mi papá los vivió bien gracias al aceite y gracias a los cuidados de mi mamá”.*

Como la gran mayoría de las situaciones que llenaron su vida, Daniel soñó, soñó con una planta de aceite y desde esa base ideó el mecanismo y la parte técnica. Su curiosidad era más grande que cualquier tema. Nada era difícil y nada era imposible de alcanzar. Según su primogénito, las ganas de concretar su deseo lo llevaron al mundo intelectual de las aceitunas: *“Estudió mucho, tú lo veías leyendo libros de olivos, de aceite, preguntando, investigando. Se fue a España, al sur, y recorrió cientos de almazaras. Él lo disfrutó todo, no disfrutaba sólo el cumplimiento del sueño, sino que el camino al sueño. ‘Voy a hacer*

*aceite', y lo disfrutó desde el día en que lo decretó, se puso a estudiar a investigar y a pensar en cómo lo iba a hacer. Una de las cosas más valorables es que, a su edad, lo hizo todo solo, era una inversión grande y desde ahí yo lo apoyaba, pero lo hizo todo él solo. Claro que cuando podía me invitaba a que lo acompañara a ver no sé qué cosa y mi mamá que tuvo que tragarse no sé cuántas horas visitando un montón de plantas de aceite en España. Pero era súper entretenido porque él participaba en todos los foros existentes; se integró en círculos de gente que producía aceite; él fue uno de los fundadores de Chile Oliva, una organización muy importante para los productores de aceite; conoció mucha gente, leía libros, investigaba y, como no tuvo educación secundaria y menos universitaria, la manera de aprender de mi papá era la práctica. Era empírico y se aseguraba de hacer las cosas él mismo, molía la aceituna, la probaba, no le gustaba y así, hasta que llegó a la 'fórmula de Coca-Cola' que es el blend Don Daniel que tenemos nosotros".*

Jesús, compañero de una infinidad de viajes que hizo Daniel dentro del país, observaba a su jefe en las nuevas andanzas oliveras: *"Viajaba mucho a ver olivos, las variedades de aceite, de aceitunas y, no sé de donde aprendió todo lo que sabía de olivos, pero sí sabía mucho. A lo mejor le gustaba el aceite y por eso lo dio con la idea, pero él tenía eso, sobretodo ahora que no está yo lo veo así, que hasta el día que se fue hizo negocios y planes. Nunca lo escuché decir estoy cansado, me voy a dedicar a viajar, porque tenía el dinero para hacerlo, pero nunca lo escuché decir algo así"*

Libros, folletos, almazaras, plantas y el hambre de aprender lo llevaron a la creación de aceite de oliva en Chile en tiempos donde el producto había pasado por una crisis importante y no estaba valorado como hoy. Daniel hijo explica: *"El aceite de oliva pasó por varias épocas, una de ellas muy oscura, cuando alguien se atrevió a decir por ahí que el aceite de oliva era malo y se detuvo prácticamente por completo la producción de aceite en Chile. Esta crisis fue a finales de los '80, donde se cerró hasta la olivarera que manejaba la CORFO. En el Valle, el aceite de oliva pasó a ser una cosa completamente artesanal. Había un par de plantas artesanales pero, de forma profesional, el verdadero impulsor industrial del aceite de oliva fue mi papá"*.

Y, si bien el estudio para conocer en profundidad la materia del aceite de oliva y de las plantas de producción fue ardua y extensa, los estudios de mercado, por el contrario, fueron

simplemente nulos. Este proyecto nunca se movió por el dinero, sino que por las ganas. Como la parte económica estaba cubierta por la maestranza, los pesos no eran una necesidad, por lo tanto fueron las ganas el inyector principal de la creación de la planta. Daniel hijo recuerda: *“Él siempre decía que sus sueños eran lo primero. Fue así como soñó también con producir aceite de oliva en un momento donde, en Chile, poco y nada se conocía. Sin mediar ningún estudio ni análisis de mercado profundo, él se metió en este tema, de lleno. Hoy, la situación de mercado es muy distinta, pero en su momento, mi papá fue uno de los pioneros en la nueva era del aceite.*

*Una de las anécdotas que recuerdo es que, cuando la fábrica estaba andando, un día nos visitaron de los bancos, entonces un señor del banco pregunta: ‘¿Y cómo se hizo el estudio de mercado para realizar esta planta de aceite?, y mi papá llega y le dice: ‘qué es estudio de mercado, no, si el único estudio de mercado aquí es que yo quería hacer aceite (ríe). A él no le importó el mercado, mi papá jamás pensó en cómo se iba a vender, en el retorno, el sólo se fijó en el aceite’.*

Es así como, con la plantación de olivos lista, el año 2000 empezó la producción de aceite de oliva y se abrieron las puertas de la fábrica más grande de la zona: Don Daniel. *“Me acuerdo de los debates previos para ponerle el nombre al aceite y, quien propuso el nombre que tenemos fue Mai-Nié, mi esposa, a ella se le ocurrió. Y fue una manera de trascender porque, estando fallecido hace un tiempo, su nombre está en los supermercados y la gente conoce su aceite. Así se las arregló igual para trascender más allá de su muerte. Hasta hoy él sigue emprendiendo”,* afirma Daniel hijo.

Lo que era de esperar era una planta de última generación, que comenzara con lo mejor para producir el mejor producto de la zona, sin embargo, sus valores lo llevaron a, una vez más, partir de forma ordenada. El hijo mayor de Daniel afirma: *“Él siempre decía que él quería partir de abajo hacia arriba. Mi papá nunca fue un hombre ostentoso, sino que, por el contrario, muy discreto. Soñando en grande y sin límites, pero partiendo siempre desde la base. En el aceite fue igual, a lo mejor no como los orígenes tan humildes que tuvo Llorente Industrial, pero no fue con mucha pompa tampoco”.*

Hoy, después de 13 años de la creación de la planta de aceite Don Daniel, la tecnología es de vanguardia y está por sobre cualquier aceite de la zona. Con la empresa más consolidada y la base firme y estructurada, ahora sí que se podía implementar la fábrica con lo mejor de lo mejor. Daniel hijo agrega: *“La primera empresa productiva de aceite de oliva en el Valle del Huasco es Don Daniel y la tecnología que tiene es la mejor porque, como mi papá era amante de los fierros y las máquinas, obviamente no tenía cualquier cosa. Se compró unas para empezar y cuando la empresa ya estaba consolidada, las fue cambiando por lo mejor del mercado. De hecho, llegamos a tener una máquina que era absolutamente de sobre tamaño para lo que podíamos producir nosotros”*.

El sitio web del aceite de oliva Don Daniel explica a los usuarios el nivel tecnológico que tiene la planta y la relación directa que tuvo su dueño con la realización del producto final. *“La Almazara Valle del Huasco, cuenta con una planta elaboradora de aceite de última generación, dirigida y supervisada en todos sus procesos por su fundador (...), que permite entregar un producto totalmente natural, de primerísima calidad y con índices de excelencia a nivel internacional”*

Así, el sueño de Daniel, además de cumplirse, ha trascendido en las generaciones siguientes que no están dispuestos a dejar de lado una de las últimas creaciones de su padre. *“Hoy día yo logré completar su sueño, que era tener sobre 100 hectáreas de olivo. Cuando él falleció tenía 70 hectáreas, hoy tenemos 105 plantadas. Lo bonito y de lo que me siento orgulloso es que su muerte no significó la muerte de su sueño, sino que seguimos adelante con todo. Queremos consolidar con lo que tenemos que ya es bastante para lo que podemos gestionar”,* afirma Daniel hijo. Además, explica que *“la fábrica tiene dos máquinas, una que es capaz de moler mil 400 kilos por hora y otra de 400 kilos por hora. Además, tenemos a 16 personas trabajando en los campos y en las labores agroindustriales que están bajo la misma razón social. Este año fue una producción relativamente baja, casi 40 mil litros, pero nuestra meta es llegar a producir 200 mil litros de aceite de oliva al año”*

Como bien informa la página web de Don Daniel, la fábrica tiene niveles de venta internacionales. Es más, en esta nueva era del aceite de oliva, la primera exportación que

registra el Banco Central fue el año 2003, exportación que concretó Daniel Llorente a Ecuador. Su primogénito explica: *“posteriormente, seguimos buscando mercado y después él decidió que la estrategia sería atender el mercado nacional, aprovechando los espacios que le dejaban las otras empresas que tenían como meta la exportación. Hoy tenemos un tema mixto con el mercado”*.

A pesar de la edad de Daniel, quien ya no estaba para largos trotes, su entusiasmo por estar ahí y hacer él las cosas lo hicieron trabajar en la planta hasta sus últimos días. Daniel hijo recuerda: *“En aceite, pocos gallos en Chile sabían lo que sabía él y era porque él experimentaba, era un hombre empírico, no era teórico, sino que era básicamente empírico y si le gustaba algo, le daba con eso (...) En la tierra trabajó hasta el último día porque andaba metido en las máquinas de aceite, armándolas y desarmándolas de nuevo. Tenían que venir los mecánicos de Mendoza a arreglarlas cuando no se la podía con algo, pero tenía una intuición mecánica increíble. Por eso siempre trabajó”*.

Hoy, gracias a la calidad de sus aceites, la fábrica ya tiene premios internacionales. El aceite extra virgen Don Daniel, variedad que él mismo elaboró, ya tiene una medalla de oro. Además, en agosto de 2011 el aceite de Oliva Don Daniel Premium, Varietal del fundador, obtuvo una medalla de oro en Olivinus 2011, el concurso mundial más importante de aceite de oliva. *“El aceite Varietal del Fundador lo hicimos en el recuerdo de mi padre. Este aceite es monovarietal, es decir, que está hecho de un solo tipo de aceituna”*, agrega Daniel hijo.

Este es simplemente un ejemplo claro de soñar sin límites. Sin conocimientos previos ni estudios de mercado, la idea de hacer aceite se convirtió en la actual gran Almazara Valle del Huasco Don Daniel. Pensar en grande lleva a la grandeza de sus resultados, porque, como bien diría Don Quijote de la Mancha: *“De altos espíritus es apreciar las cosas altas”*.



## Llorente Industrial

2012, Vallenar, Chile. La gran obra de Daniel Llorente empezó en 1958 con tan solo un torno en un pequeño taller de calle Serrano. Las primeras máquinas llegaron a calle Brasil, al taller junto a la gran casa del segundo piso. El año 1973 la microempresa creció un poco más en gente, maquinaria y producción cuando se instalaron en calle Ramírez con Atacama. El año 1990 comenzaron a instalar el taller y a construir las oficinas en El Sitio, saliendo de Vallenar hacia el barrio industrial. Todo este recorrido vivió la maestranza Llorente Industrial para poder consolidarse definitivamente.

Comenzó sólo con Daniel a cargo de su único torno, lo ayudaron unas cuantas personas y a medida que había más trabajo solicitaba la ayuda de más colaboradores, pero el proceso de concretización fue de más de 30 años.

Daniel hijo, actual gerente general de Llorente Industrial S.A., explica: *“Para el año 1990, ya era una empresa bastante consolidada y el año 1997 pasó a ser una sociedad anónima cerrada, donde él fue el presidente del directorio hasta el día de su muerte”*. El año 1995 la maestranza logró instalarse por completo en el barrio industrial. Los trabajos comenzaron antes, cuando el espacio del taller de calle Ramírez no fue suficiente para la demanda que tenían, pero el cambio definitivo tomó lugar en 1995. *“No tomé conciencia, hasta ahora, que fuimos dejando muchas máquinas, muchas cosas y que están tal cual como las dejamos en el taller de Ramírez que hoy es un estacionamiento. Lo que hicimos fue una real estampida”*, comenta Daniel hijo.

A medida que fueron pasando los años, la planta del barrio industrial comenzó a crecer, incluso en terreno. El primogénito de Daniel asegura: *“Compramos un terreno de más atrás y otro de al frente. Mi papá era un hombre muy visionario, entonces decidió comprar al frente porque el día de mañana podían haber problemas con la misma maestranza, ya que Vallenar iba a crecer hacia allá. La verdad es que yo lo encontré una locura, pero lo hicimos y fue un gran acierto, porque, tal como lo dijo él, la ciudad ha ido creciendo hacia esta zona”*.

Otro de los avances importantes de la empresa fue comprar un terreno en Antofagasta para, posteriormente, construir otra planta allá. Tiempo después, instalaron una oficina en Santiago y la empresa se hizo mucho más potente dentro de la industria. El año 1997 la maestranza Llorente Industrial se convirtió en una Sociedad Anónima. Daniel hijo cuenta que, para esas alturas, la planta era *“una estructura de empresa más grande. Nosotros trabajamos para diferentes partes de Chile, exportamos, ya no nos fijamos límites. Empezamos a comprar mejores máquinas y nos fuimos metiendo en el mundo industrial del país. Hoy día debemos estar entre las 10 primeras empresas de su tipo, y en Chile por capacidad y por prestigio, yo creo que somos reconocidos por toda la industria. Además hemos fabricado muchas cosas para México, Guatemala, Argentina, Bolivia, Perú y El Salvador”*.

Llorente Industrial S.A. ya tiene 54 años de vida, es una empresa consolidada a nivel nacional y que actualmente da trabajo a más de 500 personas. *“Ese fue su gran legado. Todo esto partió de su sueño, de su emprendimiento en el oficio que él sabía. Él era obrero de la maestranza de una mina de carbón en España y sólo con eso llegó. Eso fue todo lo que tenía para armar lo que hay ahora, para desarrollarse acá en Chile”*, cuenta Daniel hijo. Y como una vez dijo Peter Drucker, abogado y autor de múltiples textos sobre gestión organizacional, *“Donde hay una empresa de éxito, alguien alguna vez tomó una decisión valiente”*.

A pesar de la consolidación y la experiencia que tiene Llorente en el rubro, Daniel hijo afirma que es una industria compleja: *“Hoy tenemos un competidor fiero que es China, donde la economía de mercado en Chile es muy abierta, entonces no hay protección por parte del sistema, sino que todos competimos y, en muchas de sus actividades, esta empresa debe competir con China”*. Además, agrega que *“es duro a veces, porque ellos (los trabajadores) ponen toda su confianza en tí, entonces es difícil cuando sé que el riesgo de invertir en algo es enorme o cuando las condiciones no están buenas y ellos confían plenamente en nosotros”*.

Don Arciro Gallardo, el “Coca”, es el trabajador más antiguo de Llorente Industrial y con firmeza aseguró que no se imagina en otro lugar. *“Prácticamente yo me crié en esto, sé cómo funciona todo aquí. Además que siempre he sido feliz en esta empresa (...) lo que más me gusta son las estructuras metálicas, la verdad es que todo me gusta, y los trabajadores me tienen respeto, así es que no he tenido nunca ningún problema”*

Las proyecciones que tiene la empresa parten de la base de ser relevantes en el desarrollo del Valle del Huasco. Quieren seguir creciendo y trabajando con la calidad de siempre, que viene de las manos de su creador, Daniel Llorente González. En cuanto a la cantidad de empleo que generan, algo que le importaba mucho a su dueño, actualmente tienen una media de contratación anual de 500 personas y el máximo de gente colaborando en la empresa ha sido 850 trabajadores. *“Nos llena de orgullo que hemos estado aquí desde el año 1958, que no vinimos a hacer un proyecto determinado y nos vamos, no, estamos ahí. En épocas de crisis de Vallenar, junto a la Compañía de Acero del Pacífico, CAP, hemos sido la unidad productiva más importante de la zona en términos de generación de mano de obra. Esas son las cosas que a mi papá le gustaban. De hecho, siempre preguntaba cuánta gente tenemos, entonces hacía su operación numérica: ‘si tenemos 500 trabajadores y son, por lo menos cuatro en la casa, significa que de esta empresa estamos comiendo 2 mil personas’(...) Eso refleja su pensamiento, que su mente no estaba en la plata, sino que en otras cosas que a él le inflaban el pecho”,* afirma Daniel hijo.

En los 54 años que tiene la empresa, ha habido una enorme cantidad de gente que trabajó, trabaja o ha trabajado allí, sin embargo, hay sólo unos pocos que han visto cada uno de los procesos, desde pequeños pasos de bebé hasta las zancadas agigantadas que ha dado la empresa en las últimas dos décadas. Arciro Gallardo trabaja en Llorente Industrial desde hace 53 años y definitivamente se siente parte de este gran logro: *“De alguna manera yo contribuí a que esto surgiera. Muchos llegaron acá cuando esto estaba montado y, comparado con antes, es súper distinto. Nosotros tuvimos que emplear mucha fuerza física, en cambio ahora no, cualquier cosita se mueve con máquinas. Es muy diferente cómo se trabajaba 50 años atrás a cómo se trabaja ahora, hoy día es mucho más fácil”.*

La maestranza Llorente Industrial es el reflejo más fiel del trabajo constante, con pasión y entrega. Henry Bergson, filósofo francés, dijo: “*El triunfo de la vida es expresada mediante la creación*”. En un caso como éste, tiene toda la razón.

## **Háblame de él...**

Una serie de entrevistas largas, entretenidas, interesantes y muy emocionales, hicieron que la vida de Daniel Llorente quedara plasmada en este libro. Durante las largas conversaciones, mientras la grabadora captaba los sentimientos y experiencias, una de mis peticiones era simplemente: Háblame de él...

Loreto Llorente, “Lola”, 49 años. Su hija menor.

*“Era súper pícaro, ultra coqueto. Cuando algo le hacía chiste y no podía más de la risa se le achicaban los ojitos. A mí siempre me llamaron la atención sus ojos, expresivos, brillantes, como de un hombre inteligente, todo lo proyectaba en sus ojos. Sus manos, que de hecho es una de las cosas que más extraño en este minuto, esas tremendas manos, como duras. Yo anduve mucho tiempo de mi vida de la mano con él, todavía tengo esa sensación de protección cuando pienso en eso. Su pelo era muy suavcito, pero no le gustaba que se lo tocaran. Era muy regalón eso sí.*

*Echo de menos todas las conversaciones, las llamadas telefónicas; echo de menos que se hacía el súper macho y era súper rico, era un candy. Hasta hoy, no hay día que no se me llenen los ojos de lágrimas, pero cada día es más dulce el recuerdo (se emociona).*

*Había hartos defectos eso sí, como siempre tener la razón, no sorprenderse con nada, re bueno para encontrar flojo a todo el mundo porque, claro, tenía una capacidad de trabajo tan grande, que cualquiera que trabajara un poquito menos era flojo, pero no hubiera como fue si no hubiese sido cabrón (ríe). Era pillo para jugar a los naipes, jugaban con mi tío León y si iba perdiendo le tiraba el tablero encima. Era muy divertido estar con él, por eso hace tanta falta, porque llenaba mucho el espacio.*

*Mi papá vio cosas bien curas siendo bien niño, por eso le tenía miedo a distintas cosas como el comunismo, porque el que él vio sí que fue terrible. Siempre reconoció que ya no*

*era lo mismo que antes, pero en su pueblo se contaban historias de terror como que los comunistas enterraron a una persona viva, le dejaron la cabeza por encima y le pasaban los caballos por arriba; de gente que mataban porque habían pasado al otro lado de las líneas enemigas para poder ir a su casa. Mi papá tenía 10 años, a esa edad todo lo que ves o escuchas igual te trauman, pero lo que yo creo que él vivió peor fue la pobreza de la post guerra.*

*Yo creo que fue un tremendo varón, una persona súper buena, súper honesta, súper querible y súper querendón también, le costaba muy poco creer en la gente y yo creo que de verdad era una gracia. Fue muy hombre, en el sentido amplio, muy humano, muy lleno de defectos, pero también muy lleno de virtudes; un tipo que sabía pasarlo chanco, yo me acuerdo cuando éramos chicos e íbamos a Santiago, todavía no salíamos y ya se había comido el cocaví, o sea, una capacidad de goce que yo pretendo llegar a tener y que extraño en la gente que está a mi alrededor. Eso de pasarlo bien con tonterías, era súper fácil entretenerlo. Como te digo, un hombre, completo.*

*Mi papá me enseñó que la palabra se respeta, que la única manera de disfrutar las cosas era ganándoselas uno mismo, que la familia se quiere y que uno tiene que decir lo que siente”.*

Aranxazú Llorente, 20 años. Una de sus nietas.

*“Él siempre ha sido mi mayor ejemplo. Además de mis papás, es mi modelo a seguir principal. Él es la base de todo lo que hay ahora. Hasta el último día siempre estuvo pendiente de trabajar, de que todo estuviera bien y de que nosotros estuviéramos bien. Eso es lo que me motiva a seguir.*

*Lo que más me gustaba era su voz, me encantaba porque siempre habló con acento español, con modismos españoles. Siento que ahí se refleja el amor que tenía por su patria. Hay mucha gente emigrante que se olvida de donde viene y él siempre tuvo el orgullo de tener una parte chilena y otra parte española(...) Nos llevábamos bien, yo le tomaba las manos y se las miraba, porque una vez un profesor me dijo que una de las cosas más importantes que hay que verle a las personas son las manos, que demuestran el trabajo y las de mi abuelo eran grandes, grotescas, se notaba que tenía harta experiencia. Nos dejó*

*a todos tan completos. Hizo todas sus cosas, cumplió su misión y se fue. Lo veo a él como un hombre completo. Él es mi héroe (se emociona)”.*

Jesús Vega, 39 años. Chofer personal de Daniel y su familia.

*“Él llegaba de la parcela, se estacionaba acá al frente (maestranza), entraba a la oficina, se tomaba un café con leche y salía a ver todos los puestos de trabajo. Todos los días hacía lo mismo. Tenía un ojo increíble para las medidas, él miraba y decía al tiro: ‘está chueco’. Uno le discutía pero siempre terminaba teniendo la razón”.*

Arciro Gallardo, 72 años. Trabajador más antiguo de la maestranza.

*“De don Daniel tengo muchos buenos recuerdos, siempre con mucho cariño, como buena persona que fue, muy derecho en sus cosas. Cuando uno le pedía algo, lo cumplía”.*

Armando Olivares, 52 años. Jefe de abastecimiento de la maestranza.

*“Lo que más me gustaba era su sinceridad, si tenía que decirte algo, lo hacía. Era sincero, nunca se guardaba nada. Cuando andaba inquieto movía las manos, se las tomaba, las apretaba entre sí. Era muy conversador, siempre contaba algo que le había pasado en el día o me contaba cosas de antes”.*

Fernanda Badilla, 22 años. Una de sus nietas.

*“Él fue un hombre feliz que vivió a concho. Sufrió, lloró, se enojó, peleó, todo, que disfrutaba al 100 por ciento. Era un viejo precioso. Lo veía como un hombre grande, muy grande, así como un oso.*

*Me acuerdo que un día, un poco antes de que muriera, que era también unos días antes de la celebración de los 50 años de matrimonio de ellos dos, me mostró el terno, hermoso. Se lo probó, me modelaba y me decía: ‘me veo mino ¿ah?’ y yo: ‘sí abuelo, te ves muy mino’ y se arreglaba el pelo. A mí, algo que me encantaba de él era que iba manejando y tenía en el auto una peineta, de esas café antiguas, las típicas, y siempre se peinaba mirándose al espejo. Era súper pretencioso, exquisito, siempre con olorcito a perfume, fue un galán hasta el último día. De hecho lo que me decía mi abuela fue que lo último que le dijo mi abuelo fue que estaba muy linda”.*

Sara Viñales, 76 años. Su esposa.

*“Yo lo admiraba por sobre todas las cosas porque, además de quererlo como lo quise, tenía unos principios tan marcados (se emociona). Además que el tenía una seguridad en sí mismo, sin ser prepotente, súper seguro de lo que él podía. Como que nada era imposible para él.*

*En estas cuestiones de los fierros, de la ingeniería, yo me acuerdo que hubo un judío, el padre del dueño de la minera San José, y decía que no había un ingeniero que supiera tanto como Daniel, y era nada más que sentido común. Tenía un ojo impresionante para las medidas. Una vez fuimos a comprar una showerdoor y el que nos estaba vendiendo el vidrio dijo que tenía 22 milímetros, y Daniel le dijo ‘no, tiene 20’, el vendedor le porfió, pero lo midió y era de 22. Yo, en cambio nunca sabía si servía o no, él era el que decía si algo iba a quedar grande o iba a sernos útil. Tenía el metro en los ojos. Lo que más me gustaba de él era que tenía una inteligencia, un sentido común y una lógica enormes, sabía de todo, y eso que tuvo una infancia y una adolescencia en guerra y post guerra, así es que del colegio aprendió lo mínimo. Pero no lo pillabas en nada, sabía cualquier cosa. Le gustaba leer, pero no mucho, era por su curiosidad que le gustaba saber de todo”.*

Daniel Llorente Viñales, 51 años. Su hijo mayor.

*“De lo que nunca me quiero olvidar es de sus manos, las tenía grandes y muy ásperas. Me acuerdo que siempre andaba con las manos heridas y hasta la herida era bonita. Cuando ya no lo vi gigante me dio mucha pena, sus pasos eran más lentos, ya no entraba al taller, sólo a la oficina y una de las veces que entró, se cayó, entonces nuestra gente de seguridad nos dijeron que estaban preocupados por él, entonces ideamos un plan, que cuando él fuera al patio, alguien se le fuera a conversar y así lo acompañaban. Ahí empecé a darme cuenta que, cuando se iba, yo sentía que los pies los arrastraba, pero él nunca lo reconoció como algo de la vejez, sino que decía que los lentes se los dejaron mal, entonces lo operaron de la vista y decía que lo habían dejado mal operado, que no veía todo derecho. Pero era tan simple como que sus pasos eran más débiles, ya no eran los pasos de ese hombre vigoroso que era como una locomotora capaz de enfrentar al mundo y que luego,*

*en la tarde, era feliz con un café con leche y un pedazo de pan para untarlo en la taza. Eso era todo lo que él necesitaba para ir a pelear con los molinos de viento.*

*Era un hombre buen mozo, las fotos que tiene de joven son muy lindas. Tenía muy buena pinta, tenía prestancia, percha, tenía un buen andar, una buena forma de caminar, así como para adelante, abriendo el mundo, yo creo que tenía una actitud de ganador; no era muy alto pero se veía como un gigante; casi no tengo recuerdos de su cabeza sin canas; un hombre atractivo; fiel toda su vida, pero muy coqueto hasta el final, a las mujeres les gustaba mucho conversar con él porque era un hombre muy galante, un caballero, se preocupaba mucho de eso, entonces era muy atractivo para el público femenino.*

*Era un hombre tremendamente honesto, leal, práctico, tenía una visión de la vida muy práctica; era un hombre inteligente, mucho, él se forjó solo, aprendió a leer y escribir y no estudió más, entonces todo lo que sabía era porque lo había aprendido en la vida; tenía un razonamiento lógico envidiable, una lógica en su pensamiento increíble; tenía una facilidad para construir, para hacer cosas, todo lo que fuese crear, tenía una creatividad inmensa, solucionaba cosas, inventaba máquinas, herramientas, inventaba negocios; pero lo más lindo que él tenía era su optimismo, era un hombre muy optimista, podía estar pasando por el más grande de los problemas y por supuesto que se preocupaba y se entristecía, pero llegaba a su casa en la tarde, se tomaba su leche y ya era otro. Mi mamá dice que siempre fue así, tenía esa capacidad de desconectarse y vivir el presente de una manera increíble. Ese era mi papá, un hombre optimista.*

*Cualquier herramienta que tomaba era un experto, era tan habilidoso con eso; Los tiros para cazar los hacía él y se compró la máquina, porque él hacía las cosas. Para mi papá desarmar un televisor, no cachaba la electricidad, pero mecánicamente lo desarmaba completo, porque tenía eso; él rápidamente inventaba todo, como la máquina seleccionadora de aceitunas, por ejemplo. Cómo hacer una máquina que, sacando aceitunas de distinto tamaño del árbol, cayeran por su porte y por separado. En ese tiempo, cuando empezó con el aceite, ya había la tecnología pero era muy caro, entonces él inventó la máquina que, con unos rodillos, iban cayendo las de un calibre y después la de otro y otro.*

*Siempre llevaba el pandero, siempre, donde se metía mandaba, pero era un líder de esos que uno sigue, un gallo contundente, era creíble; lo ponías con el rey o con el último de la*



*maestranza y no se aburría con ninguno de los dos, no se fijaba en las clases sociales, y es que él estuvo ahí, en la pobreza, cómo iba a ser eso un problema. Era súper poderoso eso, que en tiempos difíciles no le podías decir que eras pobre, porque no le venían con cosas, en cambio él sí que fue pobre, decía: 'yo pasé hambre, yo estuve desnutrido porque no había nada para comer, yo trabajaba chico y a 30 grados bajo cero con tres metros de nieve, yo era pobre, yo me vine de pobre para acá muerto de hambre a América' entonces, con ese argumento quién le podía decir algo más.*

*Era pésimo perdedor, picado como nadie, cuando disparábamos al plato, él me enseñó y yo tiré muy bien un tiempo y cuando le ganaba, se picaba mucho. Una tía me contaba también que cuando jugaban a las damas y él perdía se paraba y tiraba el tablero entero (ríe), pésimo perdedor, a él le gustaba ganar en los juegos. La imagen paterna que yo tenía de él cuando era niño era la de un hombre muy poderoso, muy vehemente, que muchas veces hasta me asustaba. Era una imagen potente. Para mí, mi papá era un gigante y recién de adulto vi que yo hasta era un poquito más alto que él. Al final, después de varios procesos en mi vida, cuando volví a abrazarlo, sentí que ya no era gigante, lo vi por primera vez como un hombre normal”.*

Daniela, 30 años. Su nieta mayor.

*“Era un hombre grandote, alto, robusto, fuerte, sus manos grandes y marcadas por la historia, porque si tú le tocabas las manos a mi abuelo él las tenía tremendamente ásperas y siempre fue igual. Me acuerdo mucho de su cabecita blanca que la tuvo desde siempre así, con sus rulitos. Las fotos que he visto de cuando era joven era estupendo, pero más que estupendo de físico, de actitud, posaba como James Dean, era muy chistoso porque en las fotos se ven todos tan humildes, pero él se veía como un millonario con el mejor traje. Su actitud ganadora se nota mucho. Cuando lo vi en fotos así, de joven, tomé conciencia de lo valiente que fue y de esa actitud que él tenía, fue chocante ver un abuelo de cabeza blanca comparado con ese joven. Ahí recién me di cuenta de lo fuerte que debe haber sido para él agarrar un barco. Tomé conciencia aún más de su valentía”.*

Gonzalo Llorente, 27 años. Su único nieto.

*“El Abuelo fue un hombre libre, amoroso, fuerte, poderoso. Un hombre decidido, un hombre soñador. Cuando era niño lo veía gigante, con tanta fuerza, con tanta decisión. Hasta el último lo vi así, lo miraba a los ojos y medíamos casi lo mismo, pero siempre lo vi tan grande. Lo que más extraño de él es que esté, su voz fuerte, era increíble el orden que producía en la familia”.*

Carlos Nicolás, 55 años. Director de CORPROA.

*“Daniel era un emprendedor, siempre estaba buscando ser mejor. Era un hombre de esfuerzo, de trabajo y yo creo que él era un hito en Vallenar, fue una persona muy importante en la ciudad y en la región. Pero iba más allá que trascender desde su empresa. Formó una familia sólida, bien constituida, donde la trayectoria de él se ve reflejada en lo que queda de las personas. No fue estéril el paso de Daniel en esta vida, dejó huella, por su forma de ser, su forma de enfrentar las cosas, su honestidad, su transparencia. Tenía muchas cualidades humanas importantes”.*

### **Disfrutando de la vida.**

*“Advertir la vida mientras se vive, alcanzar a vislumbrar su implacable grandeza, disfrutar del tiempo y de las personas que lo habitan, celebrar la vida y el sueño de vivir, ése es arte”.* Doménico Cieri Estrada, escritor mexicano.

Hay personas que, a pesar de todo y sin importar nada, saben disfrutar de lo bueno de la vida. Esos detalles que hacen el pasar del tiempo como si se estuviera saltando en motitas de algodón. Daniel sí sabía reconocer cómo gozar y disfrutar esos momentos que lo convirtieron en un hombre tan pleno. *“Fue tremendamente feliz, eso no te lo puede negar nadie. Él fue feliz hasta en la pobreza, fue un gallo súper pleno y realizado y sus últimos años aprendió a disfrutar de sus cosas materiales”*, asegura Daniela Llorente, nieta mayor de Daniel.

*“Yo lo vi una sola vez borracho. Nos casamos en junio y mi abuelita murió en septiembre,*

*en Freirina. Daniel ya estaba trabajando mucho, día y noche y sin comer, o comiendo muy poco. Del trabajo se fue al funeral. Después de, el notario de Freirina nos invitó a su casa y nos sirvió a todos una vaina de pajarete con huevo. Y Daniel se ha pescado una cura. Pero claro, sin dormir, sin comer y con la vaina. Veníamos a Vallenar en el auto de un tío que era de Freirina y él venía atrás, tendido, diciendo: ‘¡déjenme aquí, déjenme aquí!’”, recuerda Sara con muy buen humor. Además, cuenta que “él tomaba en algunas ocasiones, pero nunca se emborrachaba porque tenía mucho aguante. Tomaba y no pasaba nada. Para él el whisky era como agua. Se tomó siempre una copa de vino en la hora de almuerzo y una en la noche, siempre. Pero en las reuniones o en eventos, cuando había que tomar él siempre tomaba y nunca le pasó nada. Fumó mucho, hasta que una vez le salió algo en la boca. Entonces fuimos a Santiago, se lo revisaron, se lo sacaron y era una displasia, que es la degeneración de la célula. Con eso no fumó nunca más. Fumaba pipa, puro, de todo. Y después le daba tanta rabia porque él fumaba pipa y le costaba tanto encontrar el tabaco, tenía que conseguirlo hasta de contrabando, y después, que dejó de fumar, empezaron a llegar todo los tabacos, ¡y tan ricos!. Él amaba mucho la vida, entonces cuando le decían que algo hacía mal, paraba de inmediato. Fue súper drástico, no fumó nunca más en la vida, cuando dicen que cuesta tanto dejarlo”.*

La compañía de Sara, su esposa, fue siempre una parte fundamental de su vida. Como buenos compañeros, disfrutaban mucho del otro y no se separaban. “*Todo lo hacíamos juntos. A los dos nos gustaba jugar póker, pero él jugaba con su grupo de hombres caro y yo jugaba con mi grupo de mujeres barato. Íbamos al casino los dos y yo me ponía en la máquina y él en las mesas. Nos gustaba mucho, mucho salir. Imagínate que durante 20 años fuimos a España todos los años y él disfrutó mucho. Hacíamos paseos, tours, viajes. Siempre actuó desde la abundancia. De hecho, siempre que íbamos a comprar terminábamos peleando porque yo buscaba lo más barato y él siempre lo más caro. Yo le decía que no por el hecho de ser caro era lo más bueno, que no se trataba de eso. ‘No, es que tú eres tan cagada’, me decía. Entonces siempre fue así, siempre le gustaba lo mejor, nunca se fijó en qué era más caro cuando regalaba ni nada de eso. Para él y para el resto siempre lo mejor”, recuerda su esposa con nostalgia.*

Según sus cercanos, Daniel siempre disfrutó estar rodeado de gente. Era una persona muy sociable y conversadora. Sara cuenta que *“le encantaba la gente. Nunca iba a comprar y compraba y se iba. No, se detenía a conversar. Les preguntaba quiénes eran, que cuándo habían empezado, él contaba que era de España. En fin, siempre fue cálido, le gustaba mucho la gente. A mí no mucho la verdad (ríe). Nunca era entrar a comprar y salir, sino que eran horas. Cuando nos veníamos de Santiago y decía ‘vamos a hacer esto, según salimos’, yo con esa frase sabía al tiro que podía pasarme la mañana completa sentada en la camioneta porque pasaba horas y horas conversando con la gente que lo atendía. Después llegaba a la camioneta y decía: ‘ay!, se me olvidó comprar una cosa’. De repente salíamos del departamento a las 10 de la mañana, eran las cuatro de la tarde y todavía no salíamos de Santiago. ¡Era terrible!”*.

Además, Daniel era un hombre muy deportista, por lo tanto, encontrar actividades que le gustaran y que implicaran sociabilizar, era de lo mejor. *“Mi papá enganchaba en todo – cuenta Daniel hijo-, le gustaba la cacería, le gustaba pescar, jugó golf, tenis, disfrutaba con el póker y con juegos de naipe español como el mus o el tute”*.

Otro gusto que, a pesar de alcanzar a tenerlo por poco tiempo, disfrutó mucho, fue un Mercedes Benz cero kilómetros que compró justo antes de partir: *“Ese auto lo quiso porque no quería el que tenía su hijo porque, según él, era muy chico. Entonces se compró éste que era hartito más grande. Lo alcanzó a tener dos semanas. Le llegó en mayo de 2010, lo manejó de La Serena hasta acá (Vallenar) y la semana siguiente que volvió a La Serena para una convención de Mercedes que había en esa ciudad. Ahí manejó ida y vuelta y nada más”*, explica Sara con nostalgia. Daniel hijo explica cómo, su experiencia con el Mercedes, fue un claro ejemplo de la manera en que su padre solía disfrutar las cosas: *“El auto que quería mi papá no estaba en La Serena, había que esperarlo como dos meses. Lo normal es ser feliz cuando te llega el auto, pero no, él fue feliz desde el mismo día que dijo que quería comprarse ese vehículo. Llamaba al vendedor tres o cuatro veces al día –le agradezco mucho a ese niño que fue muy cariñoso y paciente con él- y le preguntaba que cómo era tal parte, que como tenía tal cosa. Después, donde había una revista del auto, él*

*la leía entera y la disfrutaba hasta el último párrafo. Así, cuando le llegó el Mercedes, él ya lo había disfrutado entero. Cuando lo tuvo con él también, se leyó todos los manuales. Eso grafica todos sus sueños. Todos fueron así. Él nunca esperó a que los sueños se concretaran para entregarse a la felicidad, sino que los disfrutaba desde el momento en que los declaraba”.*

Otro de sus afanes fue la modificación. Si había algo que estuviera malo o que no le acomodara, tanto mejor para él. Los cambios eran parte de su vida cotidiana. *“Mi papá modificaba todo. Una escopeta que le hicieron a la medida; cuando jugaba tenis, la raqueta la cambió a su gusto; la caña de pescar, que tenía esto o lo otro. ¡Todo lo modificaba! Además era muy perfeccionista, entonces tenía la habilidad para hacer todo lo que se le ocurriera. Yo me acuerdo cuando tomaba las herramientas, cuando cortaba madera, incluso cuando martillaba, lo hacía ver todo tan fácil”.*

Los viajes eran otro de sus grandes placeres. El primogénito de Daniel cuenta que su papá era definitivamente un viajero del alma. *“Él creía que la mejor enseñanza era conocer otros lugares, decía que eso era la mejor escuela que podíamos tener. Eso se lo agradezco mucho porque desde muy pequeño me incentivó a ir a Brasil a visitar a mis tíos, a ir a España, me mandó a Estados Unidos, fuimos a Perú, en fin, le gustaba que yo viajara tanto como él, y eso que era en tiempos donde era muy caro salir del país. El año 1975 fue a Isla de Pascua, cuando todavía era una aldea. Conoció muchas partes del mundo. Estuvimos en Brasil, Argentina, Estados Unidos, muchas partes de Europa, en fin, fueron tantos viajes, tantos. Eso le encantaba. Sara agrega: “Nunca se hizo problema con el idioma y ni siquiera hablaba inglés. Una vez, viajamos con un amigo, Gilberto, y me decía: ‘este no habla ni hueva de francés y ¡puta que come bien!’ se comunicaba a puras señas y lo hacía perfecto. Yo ahora pienso y creo que fuimos tan patudos, si una vez viajamos con dos amigos hasta Bélgica en un Sincamil que es una cosita tan re chica. Los niños se quedaron con mi suegra. Me acuerdo que esa vez fuimos porque Daniel se compró una escopeta Browning, en Bélgica, y dijo que no se la mandaran a Chile, que él la iba a ir a buscar. Así que agarramos ese autito y partimos hasta allá. ¡Qué patudos!”. “Fueron a la fábrica nacional de armas de guerra en Bélgica y le hicieron una escopeta a su medida. La mandó a hacer y*

*la fueron a buscar con mi mamá. Esa vez le trajo una escopeta a mi tío Nano Díaz. Él fue como un hermano para mi papá, tuvieron una relación muy especial, muy cercana”, rememora Daniel hijo.*

Disfrutaba mucho de la fotografía, sobretodo cuando no había digital; era fanático del Real Madrid y arreglaba sus viajes a España para ir a ver jugar a Iván Zamorano; el cine también, lo hacía vibrar; le encantaban las colecciones y tenía de monedas, de botellas de aceite, de pines; y amaba la radioafición, que lo mantuvo ocupado, por lo menos, una hora al día, donde se comunicaba con amigos de distintas partes del mundo. Le encantaban las “cositas”, cuenta su hijo Daniel. *“Cuando llegaron las calculadoras, él tenía un montón. Le encantaban las cositas, era ‘cositero’. Ahora que hemos tenido que revisar sus pertenencias, le hemos encontrado cajones llenos de cositas, muchas, algunas que incluso no sabemos qué son. Yo creo que eso viene de su niñez, por las cosas que no tuvo, de ahí viene su afán. De hecho, tenía juguetes, le fascinaban los juguetes. La Lola, hace poco, le había regalado una máquina retroexcavadora a pilas. Era súper tierno verlo jugar”.*

Daniel disfrutaba con muchas cosas, tantas que no caben en un sólo capítulo, pero si hay que agregar unas cuantas más en estos párrafos, se destaca su gusto por cazar y por tirar al plato. *“Le gustaba cazar tórtolas, en Santa Cruz. Después se las comía, pero solito porque a mí no me gustaban. Claro que cuando nos hicimos la casa en la parcela hasta ahí no más llegó su gusto por cazar, no dejaba que nadie entrara si tenía esos fines. En nuestra parcela andan codornices, tórtolas, de todo, pero nadie puede hacerles nada”, afirma Sara. También agrega que “Daniel iba a los campeonatos de tiro al plato. La escopeta de Bélgica era precisamente para eso. Aquí en Vallenar él creó un club, donde se juntaban como cinco ó seis amigos. De hecho, yo todavía tengo la máquina de hacer los platos y la máquina para tirarlos. Yo lo acompañaba donde fueran los campeonatos, a cualquier parte. Una vez estuvimos en Polonia, en un mundial de tiro al plato, como espectadores eso sí, pero lo pasamos muy bien”.*

Y, como la belleza está en la simpleza, hubo una invención del hombre que logró

sorprender y maravillarse a Daniel hasta el último: el fax. *“Cuando llegó el fax a Chile él no lo podía creer. Lo miraba horas enteras y, cuando llegaba uno, se levantaba corriendo de su escritorio para recibirlo. Que tú hicieras un dibujo al otro lado del mundo y, al instante, apareciera acá, para él fue la maravilla más grande que pudo haber inventado el hombre. Si tú me preguntas cuál fue su máquina favorita, en su vida, fue el fax. Él amó el fax, lo amó profundamente”*, comenta Daniel hijo entre risas. Pero, tal como en el comercial de una tarjeta de crédito, hay ciertas cosas que no tienen precio. Su esposa dice que *“lo que más disfrutaba él era estar con sus dos hijos y todos sus nietos. Le gustaba tanto. El almuerzo del día sábado los disfrutaba mucho porque almorzábamos todos juntos”*.

Otro de los pequeños grandes detalles que hicieron su vida más dulce y con más aliño es la bendita comida. Pero, debido a sus problemas de colesterol y su diabetes, todo el mundo debía estar pendiente de que sus grandes manos no fueran a agarrar más de lo que tenía permitido.

### **¿Unos dulcecitos?... ¡Ya quisiera!**

Dulce o salado, lo mismo daba, lo que importaba era comer rico. Los problemas de salud no pasaron inadvertidos, ya que lo único que tuvo límites en su vida fue la comida. Muchos de sus cercanos dicen que, lo que más recordaba de la guerra, era el hambre. Solía contar a menudo lo mal que lo pasó con el hambre que sintió por años. Es por esto que comer a destajo era una muy buena opción ahora que lo tenía todo a su alcance. Pero no. No todo podía ser tan perfecto. Su esposa Sara se encargó de cuidarlo día y noche, prohibiéndole todo aquello que fuera dañino para su salud. Ella cuenta: *“Daniel me hacía rabiar tanto con la comida. La verdad es que no comía tanto, pero le gustaba comer lo que le hacía mal. No podía comer nada con grasa, por su problema en las arterias. Él generaba colesterol y tomaba remedios para eso, pero los triglicéridos siempre le salían muy altos. Entonces era: ‘Daniel, no puedes comer eso’, y el comía. No andaba a escondidas, pero si estaba en una mesa, al de al lado le decía que pidiera más y se lo dejaba para él”*. El tema de la comida provocaba más de una discusión marital.

España se caracteriza por tener una carta extensa de exquisiteces y a Daniel le encantaba saborear cada una de ellas. *“La comida era una parte importantísima en la vida de mi papá y en la de cualquier español que se precie de tal, yo creo. Y más encima el era un español que pasó hambre por eso, esto fue un tema fundamental en su cotidianeidad. Le gustaba todo lo que estuviera relacionado con la comida, el buen vino, yo creo que no había algo que no le gustara”*, recuerda Daniel hijo.

Pero, a pesar de disfrutar la comida española, los dulcecitos, la comida chilena y hasta algunos inventos medios raros eran su talón de Aquiles: *“Siempre tomaba café con leche y le gustaba untar todo en él. Una vez metió un completo al café y se lo comió. Además, esperaba ansioso los domingos, donde la comida era más abundante. Una de las cosas que le gustaba mucho era comer el pan tumaca, pan con tomate bien molido, como pebre. Y comía huevos también, porque podía comer huevos sólo una vez a la semana”*, recuerda su nieta Aranzazú. *“En los almuerzos de los sábados yo me sentaba al lado de él y, para el postre, cuando mi abuela sacaba el turrón, yo sabía que tenía que sacarle un pedazo y pasárselo por debajo de la mesa cuando mi abuela no miraba. Eso era sagrado”*, cuenta Daniela, su nieta mayor.

*“Cuando yo llevaba a La Serena a don Daniel y a la señora Sara, a él le gustaba pasar a una posada que se llama Entre Rocas, en Caleta de Hornos. Ahí me decía que fuera a pedir unas empanaditas y yo le decía: ‘no se preocupe don Daniel, si no quiero’, y me respondía en un susurro: ‘no huevón, tienes que pedir, ¡Así yo puedo acompañarte con una!’”*, recuerda entre risas, Jesús Vega, chofer personal de la familia.

Las tentaciones, sin embargo, estaban a la orden del día y el niño interior salía a flote con todas sus fuerzas. Las reuniones eran la ocasión perfecta para llevarse un dulcecito a la boca: *“En las reuniones nosotros siempre ponemos cosas para comer, como galletas y otras cosas. Él llegaba, se sentaba en el último asiento de la larga mesa y yo le tenía preparado su plato especial para cuando llegara. Porque el plato que yo ponía delante de él tenía sólo galletas integrales o cosas sin azúcar. Pero había cosas en la mesa, más allá,*



*que sí tenían azúcar, entonces él esperaba que su hijo Daniel se descuidara un momento y hacía al tiro una seña para que le acercaran los otros platos (ríe). Era un niño chico. Él se daba el gusto no más con la comida, hacía como que nadie lo veía y uno se hacía parte del show también, salvo que fuera algo demasiado grosero, ahí había que pararlo, porque o si no, se lo comía igual no más”, recuerda con una sonrisa Armando Olivares, trabajador de la maestranza.*

*“Una vez me tocó ir a una celebración de Emelat, porque siempre iba don Daniel, entonces, después de que falleció, Daniel hijo me pidió que fuera yo. En esa ocasión le hicieron un homenaje y, dentro de las cosas que hablaron de él, se acordaban de que eso mismo de las señas para que le pasaran las galletas, ¡Lo hacía ahí también!. Yo creo que ahí tenía chipe libre porque nadie le decía nada (ríe). Esas eran sus chiquilladas que nos mantenían contentos mientras trabajábamos, claro que aparecía la señora Sara y, uuuuy, le tenía harto respeto. Se notaba que ella lo cuidaba mucho”, agrega. “Mi abuela siempre lo andaba retando por la comida, porque le gustaba comer mucho y tenía diabetes. La frase típica en la hora de almuerzo era: ‘no puedes comer eso por la diabetes’”, recuerda Aranzazú, nieta de Daniel. Pero más que los retos, era el cuidado el que primaba. Sara dedicó parte importante de su vida al orden alimenticio de su marido. “Mi abuela, en ese sentido, fue un siete. Siempre se preocupó por que él estuviera bien, por que estuviera contento, por que todas sus necesidades estuvieran cubiertas, todas, hasta las culinarias”, asegura Daniela, hermana mayor de Aranzazú.*

*Además, agrega que “si bien el abuelo comía puras cosas de dieta, eran puras cosas de dieta ricas, porque mi abuela se encargó de hacerle un menú muy variado y súper rico. A él le encantaba la comida de cuchara, los porotos, la carbonada y, por supuesto, siempre acompañado de pan. Le encantaba remojar el pan en todo, en aceite, en legumbres y a todas las comidas trataba de meterles el pan también. En las mañanas, lo máximo era remojar el pan en la leche (ríe). Le encantaban los dulces y esa era la parte más complicada, pero mi abuela siempre se las arregló para salir con bavaoís, con pasteles, de todo. De hecho ¡Ella le inventó una crema! Descubrió que la leche descremada con agua, a cierta temperatura y con ciertas revoluciones de la batidora, cambia de densidad y*

*se convierte en crema dietética. Mi abuela, de verdad se pasó en ese sentido. Lo regaloneó siempre con la comida, ¡si hasta le inventó una mayonesa sin huevo!”.*

Y si lo que entraba por su boca era la comida, un goce, casi aún mayor, era lo que salía de ella: ¡Las palabras!

## **Las palabras no se las lleva el viento**

*...En la vida fue haciendo grandes amigos. Él siempre encontraba con quién hablar, no importaba quién ni dónde fuese, pero nunca se quedaba sin dirigir la palabra, jamás sin dar un saludo...*

Hay quienes a los que les gusta tanto comunicarse, que podrían tener un título profesional “batiendo la lengua”. Pues bien, Daniel era una de esas personas. Le encantaba escuchar las historias del resto y disfrutaba aún más hablando lo que pasara por su mente en ese momento. La compañía, la gente, eso le gustaba a él. Ser y tener los mejores amigos del mundo fue siempre una real vocación.

*“Le gustaba mucho conversar, ¡Le encantaba la gente!. Él podía estar conversando un día entero, entonces, si además de sociabilizar podía ayudar, mucho mejor. Se metió en todas las cosas sociales que pudo, porque ahora de mayor que tenía más tiempo, hizo lo que antes nunca había podido. Es que Daniel era esencialmente sociable, de verdad disfrutaba con la gente. Pero donde se metía mandaba eso sí (ríe). Una de las instituciones que ayudó mucho fue a Mi Pequeño Hermano, incluso hace poco tiempo me contaron las cosas que había hecho en el comedor que tienen en Vallenar”, cuenta Sara. Su hijo Daniel agrega: “Le encantaba sociabilizar. Era gregario absolutamente, para nada un hombre solitario. Tú lo dejabas un rato solo y a los dos minutos ya estaba conversando. No podía quedarse en un solo lugar, donde fuera, estaba siempre conversando (...) El último tiempo, bajábamos a Vallenar y era increíble la cantidad de gente que se le acercaba a conversar. Cada vez que íbamos a algún evento él era el centro de atención. Nunca fue transparente*

*su presencia, siempre tuvo mucha aceptación en la gente. Mi papá iba al banco a las 10 de la mañana y no llegaba hasta las 2 de la tarde, porque se quedaba conversando con medio mundo”.*

Pero de esos amigos que son de verdad amigos, por lo general son contados con los dedos de una mano. Según Sara, Daniel tenía grandes y verdaderas amistades, de esas que surgen de repente y te llenan de alegrías y de esas que estuvieron con él toda su vida. *“José Luis Fernández era como su hermano. Ellos fueron amigos hasta el último momento, de hecho, cuando le llegó la tarjeta de invitación de nuestra fiesta de aniversario, me dijo: ‘por lo único que yo no iría es que se corte el camino’, y mira lo que pasó. Él vive en Molco, entre Villarrica y Pucón. Siempre me está llamando para saber cómo estoy”.*

*“Con Daniel y Sari seguimos teniendo una muy buena relación. Él me iba a ver a Santiago cuando yo vivía allá y fueron a Villarrica cuando mi esposa y yo cumplimos 50 años de matrimonio. Yo también fui a ver a Daniel cuando trabajaba en la maestría y, para la celebración de las bodas de oro de Daniel y Sari yo tenía el viaje listo para irme a celebrar a Vallenar, hasta que recibí la lamentable noticia de que falleció. Daniel fue como un hermano. Yo tengo muy buenos recuerdos con él. Lo estimaba mucho y lamenté mucho su partida. Nuestro viaje desde España y la llegada a Chile nos mantuvo siempre muy conectados. Estuvimos siempre muy preocupados el uno del otro. Salvador es otro de sus grandes amigos –agrega Sara-, muy bueno, de Murcia, España. Cuando nosotros íbamos nos iba a ver a León y desde donde él vive eso es atravesar España. Ahora, cuando fui con Loreto (2012), nos fue a ver también y llevó a la Lola al aeropuerto, hasta Madrid. Un amigo incondicional.*

*El padre Juan era español, llegó a Vallenar en 1995 y, como era paisano, fue a la casa a saludarnos. Él se enfermó, así es que lo tuvimos en la casa un tiempo y después, hace como 10 años, lo llevamos de vuelta a Valencia, España. Íbamos todos los años a verlo. El problema es que viven tan re lejos los amigos”,* afirma la esposa de Daniel con una amplia sonrisa. Y como el tiempo no pasa en vano hay unos cuantos, muy buenos amigos de Daniel, que partieron, incluso antes que él. Sara explica: *“Muchos de sus amigos murieron,*

*bueno, es lógico por la edad. A Pablo Lonza y al Pancho Bou los quería mucho. Daniel conversaba con medio mundo, pero sólo algunos eran sus amigos del alma”.*

Daniel hijo asegura que las grandes amistades de su padre fueron los sacerdotes. *“Siempre tuvo amigos curas notables quienes, durante años, nos acompañaron en los almuerzos de los días sábados. Juan Sanchis, el padre Manolo, el padre Vicente, en fin, tantos curitas paisanos que pasaron por Vallenar. Cada vez que se podían juntar estaba España presente. Honraban su patria. Ellos lo pasaban muy bien, se reían, comentaban de todo y se tomaban sus tragos”.*

Quienes tienen un muy buen recuerdo de las largas y entretenidas conversaciones con Daniel son sus trabajadores. Cada uno con una relación distinta y cada uno con una historia diferente para contar. Jesús Vega, su chofer personal, recuerda las largas conversaciones que tenían durante los interminables viajes por carretera: *“Él hablaba mucho de acá, de su tierra, de su parcela. Me contaba que él tuvo la oportunidad de irse a Argentina el año ’73 y alguien de Vallenar le dijo: ‘no se vaya don Daniel, usted va a ser un hombre muy importante acá, va a dar mucho trabajo. Usted es muy habiloso y este país lo necesita’. Él, en esa época, me contaba que lo pasó mal porque había gente que le quería hacer daño. Me contaba que cuando se compró su primer Mercedes Benz no lo podía usar por ninguna parte porque se lo querían quemar, entonces se tuvo que comprar una camioneta bien fea. Ahí no lo molestaron más (...) Él conversaba todas las cosas. De hecho, a mí me contó cuando se le ocurrió lo del aceite de oliva. Siempre me contaba lo que quería hacer, que quería ir al banco a pedir un crédito para tal cosa y estaba pensando en hacer otra más”.*

Armando Olivares, por su parte, era con quien Daniel se desahogaba. Cuando iba a sentarse a su oficina *“por lo general reclamaba por los trabajadores (ríe). Que no sé quién había echado a perder tal cosa, que no funcionaba una herramienta. Cuando salía al patio y tenía alguna queja iba a contármelas a mí”.*

Las excusas para estar rodeado de gente no faltaron nunca y su familia se encargó de seguirle sus caprichos de sociabilidad. Los almuerzos de los días sábados se convirtieron en

una tradición familiar. Daniel hijo recuerda con nostalgia: *“Siempre había un almuerzo para quien llegara y era un evento súper lindo porque, además de que se comía muy rico, te encontrabas con familia, amigos. Era muy bonito. La verdad es que eso se ha ido perdiendo ahora que no está mi papá, porque él era el centro, llenaba todo el espacio de esos almuerzos. Extraño mucho esas reuniones porque, como todas las cosas, cuando se pierden las valoras más. Mucha gente cercana a nosotros conoció el almuerzo de los sábados. Lo pasábamos muy bien”*.

Daniela recuerda una de las tantas anécdotas de la tradición de los Llorente: *“Él se mandó a hacer una mesa redonda con un plato que gira al medio porque le gustaba tener toda la comida al alcance. Y todo lo diseñaba él, pero esta cuestión quedó muy rara porque el plato del centro era muy alto y grande, entonces no había suficiente espacio para dejar bien los platos. Entonces, una de las primeras veces que usamos esa mesa, en los almuerzos del día sábado, con invitados y todo él, por hacer una gracia, le dio vueltas al plato del medio, pero con fuerza ¡Y quedó la cagada!, se dieron vuelta las botellas de vino, el aceite, las copas se cayeron. Él era un cabro chico para esas cosas”*.

Las palabras eran sagradas. Muchos de quienes aportaron a este libro destacaron la sinceridad y la honestidad con que Daniel siempre actuó. No tenía pelos en la lengua, sin importar si era en una situación diplomática a más no poder o con un empleado de la maestranza. Si había que decir algo, simplemente se decía. Es así como llegó a liderar la gran mayoría de las actividades e instituciones en las que participó. Su habilidad comunicacional y su entusiasmo fueron la combinación perfecta para ser un real aporte en el Valle del Huasco.

## **Al cuidado del Valle**

Cuidar nuestro entorno debería estar integrado en cada uno de nosotros. Así, este planeta no estaría sufriendo con la contaminación y la inconsciencia social y medioambiental en la que

vivimos hoy. Pero no. Aún son pocos los que invierten tiempo y dinero en entidades que aportan al desarrollo y cuidado de su región.

Daniel Llorente, agradecido de la tierra que lo acogió por más de 50 años, formó parte de dos entidades que tratan de apoyar a la economía y agricultura de la Región de Atacama. Loreto asegura que a su papá le preocupaba mucho el Valle, *“le tenía mucho cariño. A él le preocupaba mucho el tema del desempleo y sentía que había bastante que hacer, que había que tomar una participación concreta en este lugar que era tan importante para él”*.

Las ganas de ser útil en el desarrollo del Valle se hicieron palpables con la participación activa de Daniel en la Corporación por el Desarrollo de la Región de Atacama, CORPROA. Esta corporación, de carácter privado y sin fines de lucro, nació el 31 de mayo de 1990 por iniciativa de empresarios regionales y autoridades de la Universidad de Atacama. La misión de CORPROA, según el sitio oficial en internet, [corproa.cl](http://corproa.cl), es desarrollar, promover, potenciar y difundir estrategias de desarrollo en la Región de Atacama, orientadas a su crecimiento económico y sustentable. El liderazgo de la corporación se basa en el prestigio y participación de empresarios y ejecutivos de sus empresas socias y la calidad de sus profesionales.

*“Cuando se fundó -explica Daniel hijo- se invitó a empresarios importantes de la Región para que la integraran. Uno de ellos fue mi papá. Obviamente que, como empresa, teníamos que estar presentes ahí, ya que hoy es una de las organizaciones empresariales más respetadas en Chile y es un líder de opinión en la Región de Atacama y en el país. Mi papá fue presidente de la corporación por hartoo tiempo. CORPROA quiere mucho a sus hombres más antiguos. Es recordado con mucho cariño ahí”*. Y las palabras de Daniel hijo sí que son ciertas porque el día 03 de agosto de 2012, el diario *Chañarcillo* on-line bajo el título de: *“CORPROA inauguró nueva sede en Vallenar”* señaló: *“Durante la ceremonia, se bendijo las instalaciones de la nueva sede y se realizó un homenaje al ex director de CORPROA y empresario huasquino, Daniel Llorente González, tras inaugurar con su nombre el salón principal del recinto”*.

Carlos Nicolás, actual presidente de la corporación, relata la llegada de Daniel Llorente al directorio: *“Daniel llegó a CORPROA, a formar parte del directorio, a principios de los ’90, cuando le dimos un nuevo impulso a esta institución. Antes, era una organización muy pequeña, a punto de desaparecer, pero logramos salir a flote. Desde que se unió a nosotros, con Daniel empezamos a establecer un vínculo personal bastante más fuerte que antes. Él siempre me llamó mucho la atención, porque era uno de los miembros más entusiastas. Su asistencia era constante y permanente, no aparecía eventualmente. Además, siempre estaba muy interesado en los temas de la Región. Era un hombre de gran experiencia y, a pesar de que era hartó mayor que yo y me costó tutearlo, llegamos a tener, desde el principio, una muy buena relación”*.

Dentro del directorio Daniel era muy querido y respetado por su gran experiencia en el área empresarial. Carlos Nicolás agrega su contribución a la corporación: *“Su aporte personal tuvo que ver con la visión que él tenía, la proyección que le dio a esta institución. Las decisiones importantes que tomamos en un principio, en las que Daniel participó activamente, fueron claves para sostener lo que somos hoy. Siempre nos animó a trabajar en pos de la región, a pesar de su edad él siempre nos empujaba para adelante. Eso me llamaba mucho la atención. De hecho, una semana antes de su muerte, él vino a Copiapó y participó activamente en la elección del directorio. En esa reunión, además, decidimos abrir una sede en Vallenar.*

*Las personas como Daniel son quienes permiten que estas instituciones vivan. Si no existieran, sería imposible que surgieran. Porque para ser socio hay que pagar una cuota y hay que dedicar parte de la vida privada de uno para dedicárselo a esto. Son bastantes horas al mes que, al final, tú le dedicas a una actividad que no tiene un beneficio personal, sino que es en búsqueda de un bienestar común. Entonces, hay que tener un sentido de solidaridad y de responsabilidad social muy importante. Características de Daniel que dejaron huella en CORPROA”*.

Además del desarrollo económico de la Región, Daniel se preocupó por el elemento máspreciado en el desierto más árido del mundo: el agua. La Junta de Vigilancia de la cuenca

del río Huasco es la organización de los regantes del Valle del Huasco y sus valles afluentes. La Junta de Vigilancia es la sucesora legal de la Asociación de Canalistas del Río Huasco y sus Afluentes. Según el sitio web riohuasco.cl, ésta cumple el rol de administrar y distribuir las aguas, superficiales y subterráneas, corrientes y detenidas, correspondientes entre quienes sean miembros y/o accionistas en el Río Huasco y sus Afluentes. Además, podrá construir nuevas obras relacionadas con su objeto o mejorar las existentes.

*“Mi papá entró porque, primero empezó a trabajar en la Asociación de agricultores del Valle del Huasco cuando se estaba negociando la construcción del embalse Santa Juana-embalse ubicado en el Valle del Huasco que contribuye a la seguridad de riego para toda la cuenca- y mi papá participó activamente en la comisión de negociación a finales de los ochenta. Él, junto a otros agricultores como Juan Bruzzone, son quienes gestionaron que ahora tengamos ese embalse. La negociación fue muy dura porque éste no se justificaba económicamente y no habían mayores recursos y ellos fueron capaces de enrolar al gobierno de la época y el que siguió para que se construyera el embalse. Años después, mi papá pasó a integrar la Junta de Vigilancia del Río Huasco. Fue director por muchos años, desde 1990, donde se preocupaban de la administración de las aguas. Además, fue un hombre muy importante cuando se negoció con Barrick el Fondo de Compensación Ambiental, que significó un aporte actual de 60 millones de dólares para obras de regadío en el Valle, lo que ha permitido pavimentar canales y mejorar sistemas de riego. Para mi papá esa época fue muy dura porque fue un proyecto polémico, donde él salió desprestigiado por participar en la Junta, pero él fue visionario, vio más allá y él estaba convencido de que eso era lo mejor para el Valle del Huasco. Lo hizo por convicción, por amor”, afirma Daniel hijo. Loreto agrega: “Siempre estuvo muy metido con el tema del agua, porque le importaba el Valle y por su parcela y sus olivos. Bueno, y además porque donde se metía opinaba, entonces era como el presidente de todo (río). La verdad es que le interesaba mucho el progreso del Valle”.*



## No sólo un lazo laboral

*... Su tema en la empresa, más que los números que a veces ni se interesaba en conocerlos, era la permanente pregunta: ¿Cuánta gente tenemos? Su mayor ocupación era su gente, generar trabajo fue su vocación. Le gustaba pasearse por nuestra planta haciendo bromas con quien se le pasaba por delante. Esperábamos su visita de cada viernes, en la reunión semanal donde, no necesariamente iba para participar en los temas de trabajo, sino que para comer galletas, que en la casa le estaban prohibidas y, por qué no, para hablar de los temas que a él le interesaban. No respetaba las tablas ni las minutas, le daba igual, total, el tiempo para sus años tenía un valor distinto...*

Su gente aún tiene latente la imagen de aquel jefe de pelo blanco que caminaba cansino por el patio de su creación. Daniel, según sus cercanos, iba casi todos los días a la maestranza y, luego de su café con leche, partía a mirar qué se estaba haciendo y, lo más importante de todo, cómo se estaba realizando.

Como un buen conversador y amistoso, Daniel se caracterizaba por compartir con el mundo, con quien fuera. “Algo que me gustaba era que él los veía a todos por igual. No veía distinciones, ni clases sociales, ni sueldo, ni color, nada. Siempre estuvo muy pendiente de la gente que trabajaba con él, los cuidó mucho”, afirma Daniela, primogénita de Daniel hijo.

Es por esto que, a pesar de que era muy estricto al momento de ver la perfección de los trabajos que se hacían en su empresa, le encantaba compartir con sus trabajadores, con sus compañeros leales que, de una u otra forma, lo ayudaron en sus grandes creaciones. Cuando la maestranza estaba aún en pañales y el equipo de trabajo era muy reducido, la relación era aún más cercana. Trabajaban codo a codo, todos remando hacia el éxito. Don Arciro Gallardo nos cuenta: “Siempre tuvimos conexión. La primera vez que trabajé con él, cuando todavía no tenía algo propio, me vio que yo trabajaba bien, entonces me tomó como su ayudante y, felizmente, nos encontramos de nuevo cuando él ya tenía su taller. De ahí en adelante siempre congeniamos muy bien, era un muy buen jefe (...) Teníamos una

*relación muy cercana de patrón a empleado. En ese tiempo, cuando empezamos con la maestranza, como éramos pocos la relación era mucho más personalizada (...) Los recuerdos que siempre tengo son los asados que hacemos todos los años con los trabajadores. Ahora los hacemos acá (taller), pero antes los hacíamos en el campo. Éramos poquitos, pero compartíamos hartito con él, jugábamos al fútbol todos juntos. Era muy entretenido”.*

Armando Olivares es otro trabajador de la maestranza muy querido y cercano de don Daniel. Llegó el año 1990 a la empresa y desde un comienzo la conexión fue buena. El padre de Armando-quien falleció cuando su hijo aún era un adolescente- era amigo de Daniel. *“Mi papá se llamaba igual que yo, entonces me acuerdo que cuando me presenté ante él para pedirle trabajo, se emocionó porque se acordó de su amigo. Aceptó mi petición y empecé en Los Colorados como capataz y después nos fuimos a armar una planta con unas estructuras que se fabricaban acá. He pasado por varios cargos, pero actualmente soy jefe de abastecimiento (...) Siempre fuimos muy cercanos, conversábamos hartito. En terreno me preguntaba cómo me había ido, qué novedades había y después cuando me quedé trabajando en las oficinas, a él le encantaba pasar todas las tardes a mi escritorio y conversábamos un rato o simplemente se sentaba en silencio y descansaba”.*

Además, estos dos trabajadores concuerdan en una parte muy importante del tipo de relación que tenían con Daniel: ambos lo sintieron como un padre. *“Siempre lo vi como un papá –cuenta Armando muy emocionado-, como una persona que sabía. Se notaba mucho que sabía y se encargaba de enseñarnos bien (...) Yo creo que para mí fue una pérdida muy grande porque no lo miraba como jefe, sino que lo miraba de otra forma”.* Don Arciro, por su parte, dice que *“Como yo trabajé tantos años con él, además de patrón, era como un padre para mí. Yo entré a trabajar con él a los 20 años y yo perdí a mi padre a los 18 entonces, la enseñanza que me dio, yo la sentí así, como de padre a hijo. Eso se lo agradezco hasta el día de hoy”.*

Jesús, por su parte, sintió la misma sensación de protección y de acogimiento. Daniel se entusiasmó con la idea de que Jesús se fuera a vivir a la parcela, junto a su casa: *“Don Daniel me arregló la casa, me la dejó súper cómoda, me la pintó, la amplió, bien bonito. Y*

*lo mejor de todo, que se lo agradezco mucho, es que él dio la orden de que no se me molestara como trabajador, sino que yo era un vecino más”. Sin embargo, lo que más siente Jesús es traer a la memoria todas las veces que Daniel fue a visitar a su familia a la casa pre fabricada que le había arreglado: “Los domingos él se iba a hablar con mis niños, se reía mucho y le gustaba harto conversar con ellos. Iba todos los domingos”.*

Iris Rojas, actual contadora general de Llorente Industrial, quien llegó a la maestranza el año 1986, afirma: *“Yo he escuchado varios comentarios de los trabajadores que dicen: ‘si don Daniel hubiese estado no le hubiese pasado esto a la estructura’. Se nota mucho su ausencia. Hasta hoy, lo extraño mucho, lo saludo cada vez que paso por la fotografía que hay en la entrada. Me acuerdo de que cada vez que hacíamos celebraciones o algo así, él andaba pendiente de comer cositas ricas que en su casa no podía comer. Todos lo molestábamos y le decíamos que lo íbamos a acusar a la señora Sara. Era un niño chico”.*

La ausencia del gran jefe de manos firmes y pies cansados aún se respira por los pasillos de las oficinas de la Maestranza Llorente y de la planta de aceite Don Daniel. Armando afirma que extraña mucho su presencia, ya que siempre andaba por ahí. *“Era muy habitual su llegada que era como a las 4 ó 5 de la tarde. Los últimos años se notaba que llegaba cansado, pero igual iba. Se sentaba en mi oficina y si no conversábamos, trataba de aprender cosas nuevas de su celular. Siempre estaba tratando de hacerse amigo de la tecnología y yo creo que lo logró bastante bien”.* Además agrega *“Él era un pilar, un pie irremplazable. De verdad se siente que no está acá”.*

*“Él ponía su música española de su pueblo, en el auto, cuando viajábamos. Los CDs todavía están ahí, junto con su bandera de la Unión Española y sus lentes. A mí me pidieron que sacara todo eso del auto, pero son sus cosas, que siempre estuvieron ahí, así que las dejé no más. Es mi manera de recordarlo”,* revela Jesús Vega.

*“Hay una foto de él en la pared, al final del pasillo de las oficinas, en la sala de reuniones. Siempre que está cerrada esa puerta yo se la abro para que pueda mirar hacia fuera, que vea lo que hacemos, que no esté encerrado. Esa es mi manera de sentirlo con nosotros. Todavía me cuesta asumir que ya no está, es como que ya va a llegar. Hay otra foto de él*

*que me recuerda mucho a cómo era, está sentado mirando hacia abajo con los lentes a medio subir. Esa foto me da la sensación de que ya va a levantar la cabeza”,* cuenta un triste Armando.

Hasta el día de hoy, Daniel es recordado con gran cariño y nostalgia. El vacío que dejó en la maestranza aún se puede sentir. La relación que logró con cada uno de sus trabajadores fue muy estrecha. Su gente lo describe, principalmente, como un “muy buen jefe”. Para darse cuenta de la diferencia entre un guía de excelencia y un líder que no tiene relación con su pueblo, les dejo las palabras de Plutarco, un historiador que se refería al político romano Cayo Mario: *“No hay cosa que más disfrute el soldado romano que ver a su oficial de mando comer abiertamente el mismo pan que él, o tenderse sobre un sencillo lecho de paja, o erigir una empalizada. Lo que admiran de un jefe es su disposición para compartir el peligro y las dificultades, más que su habilidad para conseguir honor y riqueza, y sienten aprecio por los oficiales que son capaces de hacer esfuerzos junto a ellos que los que les permiten pasarlo bien”*.

## **La mejor barra de todas**

Tener una buena barra en casa, de esas que siguen a todos lados, fue parte importante de los logros y la felicidad de Daniel. El apoyo permanente y constante de toda su familia estuvo siempre presente y supo aprovechar a cada una de su gente de la mejor manera que pudo. Su esposa Sara, con quien estuvo por más de 50 años y sus hijos, Daniel y Loreto, se encargaron de llenar todos los espacios que necesitaba para ser aún más completo y feliz.

*“Él siempre decía que sin su Sara no hubiese sido nada. Es una mujer tan buena y tan dedicada, es una cuestión increíble, toda su vida, ella dejó de trabajar, se dedicó cien por ciento a su marido y a sus hijos, cuidó a mi abuelo hasta con lo que comía. Se adaptó completamente a él. De hecho le cocinaba como él tenía que comer y como a él le gustaba porque le hacía dulces, postres, de todo. Se encargó de los remedios, que todo fuera regulado, o sea, todo”,* afirma Fernanda Badilla, hija mayor de Loreto.

Los cuidados de Sara, según muchos de sus cercanos, fueron la clave para que Daniel siguiera tan bien hasta el último día. Ella siempre se preocupó de cubrir todas sus necesidades, gustos y antojos.

*“Yo creo que el apoyo que podía darle era tenerle la casa como a él le gustaba, darle tranquilidad y no pelear por cualquier tontera. Cuando él llegaba tenía descanso, podía disfrutar de su casa. Muy pocas veces teníamos discusiones que generalmente eran porque se metía en más cosas de las que podía cubrir, pero casi nada”, dice Sara. Además, agrega: “Si él quería llevar visitas a deshoras, yo se las atendía, de repente ni siquiera me avisaba y llegaba con dos o tres personas más a almorzar. Es por eso que yo tengo la costumbre de tener freezer, porque tengo todo congelado para estar preparada en todo momento”.*

Dentro de la empresa, sus cercanos sabían del fuerte apoyo que tenía Daniel por parte de su esposa. *“Él no tenía idea qué remedios tomaba ni nada. Nunca fue solo al doctor. Yo creo que él duro mucho porque la señora Sara fue quien lo mantuvo con sus dietas, sus medicamentos a la hora, en fin, preocupada cien por ciento de él”, comenta Jesús Vega.*

La compañía es algo muy importante en la vida de las personas y Sara, como buena esposa, no dudó en hacerse cargo de esa área también. *“Si él quería ir a alguna parte, él sabía que yo lo acompañaba, claro que lueguito yo estaba: ‘vámonos’. ‘vámonos’, pero ¡Siempre era el último en irse! Y yo le preguntaba: ‘¿Tienes que ser el que apaga la luz, verdad?’ (ríe). Yo creo que esa era mi cooperación y fue efectiva a final de cuentas, porque yo no me iba a acercar al negocio, si no sabía nada de eso y creo que uno tiene que saber sus limitaciones. Imagínate que después de trabajar llegara a la casa y no tuviera nada hecho, ni comida, ni nada. Por eso decidí hacerme cargo de esa parte”.* Y es que, según Gottfried Wilhelm Leibniz, un filósofo alemán, *“Amar es encontrar en la felicidad de otro tu propia felicidad”.*

*“Él decía que era muy afortunado por haber tenido a mi abuela. Estaba muy enamorado. Hay gente que dice que después el matrimonio se convierte en costumbre, pero yo creo que*

*los dos estaban súper enamorados, hasta el último día”, afirma Fernanda, una de sus nietas.*

Sus hijos, en cambio, se encargaron de llenarlo de orgullo y de completar distintas facetas de su vida. Loreto, por un lado, se ocupó de consentirlo, de escucharlo y acompañarlo, sobretodo durante los últimos años. *“Fuimos súper amigos. Yo me dediqué el último tiempo sólo a regalnearlo. Hace varios años que asumí, racionalmente, su vejez y me dediqué a gozarlo. Él llegaba a esta casa y todos corríamos para darle en el gusto. Yo ya ni siquiera lo limitaba con la comida, si quería whisky y pedía dos dedos, pero parados, yo se los servía. Me dediqué, en mi edad adulta a gozarlo, a protegerlo del paso de los años, de la vejez. Él le tenía terror a ser viejo así es que yo me preocupaba de bajarle el perfil a todo, de entretenerlo. Por eso creo que fue súper justo para él irse cuando se fue, porque no alcanzó a no tener control sobre su vida”.*

Daniel hijo, por otro lado, se encargó de hacerse cargo de su más grande creación: La Maestranza Llorente. Durante los últimos veinte años Daniel pudo respirar, después de toda una vida de permanente trabajo. *“Mi papá fue un hombre muy generoso, muy visionario. En ese sentido fue muy habiloso en delegar, ya que entendió que la empresa, de la única forma que podía trascender y fuese superior a él en la vida, era que tuviese vida propia. Fue un hombre inteligente en saber cuándo hacerse a un lado y darle paso a los que venían, en este caso a mí, y a las nuevas generaciones de profesionales y técnicos que permitieron desarrollar y seguir sacando adelante la empresa. Actualmente la maestranza está totalmente consolidada donde tengo un equipo de profesionales y donde trabajan casi 500 personas, pero eso partió del esfuerzo de un sólo hombre: mi padre”.*

Además agrega: *“Yo empecé a trabajar con él y lo ayudaba en el sentido de que le daba la tranquilidad de hacerme cargo de la maestranza para que él se dedicara al campo y estando con él codo a codo en todo lo que hizo, desde donde yo podía ayudarlo (...) Mi apoyo hacia él fue trabajar con él, mostrarle que podía confiar en mí, que yo estaba ahí”.*

Daniel, además de tener el apoyo incondicional de su familia directa, tuvo siempre mucha comunicación con su familia española. Él se encargó de que así fuera. Loreto cuenta: *“Mi*

*papá tenía una relación súper cercana con sus hermanos. Durante su juventud con Adita, Marucha e Irene; León siempre nos vino a visitar a Chile; a María Jesús siempre la miró con ternura, como era la menor, siempre quiso protegerla; y ya de viejo, con mi tía Olga se llevaba muy bien, salían juntos cuando él visitaba el pueblo. Como él era un hombre muy patriarca, se tomaba su tiempo para mantenerse cerca de sus hermanos, para mantenerse junto a su familia. Debe haber sido caro viajar a España tan seguido cuando éramos chicos, pero yo creo que lo hacía por eso, para que tuviéramos familia por su lado. En fin, siempre hizo cosas importantes para mantenerse él en la vida de sus hermanos y sus hermanos en la vida de él”.*

Según sus trabajadores, don Daniel siempre estuvo muy involucrado en el trabajo de la empresa. Buscando la funcionalidad de las cosas, creando y buscando la perfección en sus ideas. Gracias a su hijo mayor, quien tomó las riendas de la empresa, Daniel pudo tomar, por primera vez, un respiro. Sin embargo, teniendo la posibilidad de alejarse del trabajo, nunca dejó de lado su gran pasión por los fierros, por sus máquinas y por toda su gente.

Don Arciro cuenta: *“Venía todos los días a la maestranza. Llegaba, entraba a la oficina y salía a recorrer. Llegaba al patio, miraba y preguntaba. Por lo general me buscaba a mí, como yo era el que más conocía, y me preguntaba qué estábamos haciendo, para quién era el trabajo, esas cosas. Bueno y siempre nos daba ideas de cómo hacer las cosas y nos decía cómo hacerlas si no sabíamos”.* Armando, por su parte, comenta: *“Cuando él veía a alguien que no sabía cómo hacer algo, él le mostraba. Yo me acuerdo que una vez, hace tiempo, los viejos (trabajadores) estaban golpeando con un macho, que es un martillo grande y a todos les costaba mucho lograr apuntar al objetivo, entonces él pescó el macho y dijo: ‘esto se hace así’, y paaaaa, de un solo golpe lo hizo. Todos trataban de imitarlo pero no podían. ¡Tenía tanta experiencia!”.*

Jesús también coincide con su participación en la empresa: *“Él vino para acá (maestranza) hasta el último momento. De hecho el día jueves antes de partir, don Armando me preguntó: ‘¿te has fijado cómo entra don Daniel?’. Entraba afirmándose en la muralla, así como cansado, pero a él no le importaba, iba igual no más todos los días. Llegaba*

*pidiendo su café con leche y luego salía al patio, pero caminando bien despacito. Siempre nos estaba dando indicaciones, hasta el último.*

*Don Daniel me comentaba que le encantaba participar en las reuniones de la gerencia porque venía un peruano de Huasco y le encantaba su acento, le fascinaba cómo hablaba. Me decía que lo disfrutaba mucho porque era como hablar con Cantinflas”, recuerda Jesús con una gran sonrisa.*

Siguiendo las palabras de Warren Buffett, un inversionista y empresario estadounidense, sin esta espectacular barra justo detrás de él, llegar a la cumbre no se hubiese sentido de la misma manera: *“Si la gente llega a mi edad y tienen a la gente que aman con ellos y estos se sienten amados por ellos, entonces tienen éxito. No importa si tienen mil dólares en el banco o mil millones. El éxito significa lo que realmente le gusta y hacerlo bien. Es tan simple como eso. Nunca he conocido a nadie que haga eso y que no se sienta exitoso”*

Por primera vez Daniel, gracias al permanente apoyo de toda su familia, tuvo la opción de degustar de sus logros, de viajar, de gozar a sus nietos, en fin, de soltar las herramientas y disfrutar la vida.

## **El Abuelo**

*... En la familia, gran abuelo. Gozaba con sus nietas, era admirador fanático de cada una de ellas y se reía con las historias de su querido nieto Gonzalo. Padre amoroso, pero de gran carácter. Era difícil que diera su brazo a torcer, ya que usaba todas las técnicas para salirse con la suya. Esposo obediente –a veces-, cariñoso, simpático, toscamente romántico, muy entretenido y lleno de panoramas...*

Dicen que ser abuelo es una de las situaciones más gratificantes en la vida y que los nietos sólo se malcrian y se regalanean. Pues bien, Daniel, “El Abuelo”, como solían llamarlo sus seis nietos, se encargó de aprovechar a cada uno de ellos y de sentirse orgulloso de sus



logros. Fernanda Badilla, la hija mayor de Loreto, asegura que *“él siempre decía: ‘Los abuelos están para malcriar y los padres para criar’. Yo creo que los seis le sacamos el jugo. Claro que cada uno a su forma y a su tiempo”*.

Las experiencias son distintas y los recuerdos también. Sus nietos lo siguen extrañando como el primer día y atesoran cada anécdota y conversación en lo más profundo de sus corazones. *“Cuando él llegaba siempre hacía un silbido y dos aplausos. Esa era su manera de avisar que ya había llegado. Todos corríamos a saludarlo”*, recuerda Aranzazú Llorente, hija menor de Daniel.

Fernanda, por su parte, no para de reírse cuando trae a su memoria las bromas que se hacían mutuamente. *“Una vez dejó una leche, por mucho tiempo, en su refrigerador. Yo entré a la cocina, la agarré y comencé a tomar. Él me miraba de lejos no más y de la caja no salía nada, entonces empecé a batir la caja, la empiné ¡Y me cayó un queso en la cara! Estaba cortada la leche, asquerosa. Mientras yo escupía en el lavaplatos, él se mataba de la risa de mí. Siempre me hacía ese tipo de cosas. Una vez me pasó eso pero con la placa, imagínate qué asqueroso. Yo estaba durmiendo un día con ellos, me levanté al baño y había un vaso con agua –que era la solución de placa con los dientes adentro- y yo me levanté medio dormida, me eché el vaso hacia atrás y la placa chocó con mis dientes. Él, desde la cama, se reía a más no poder y me gritaba: ‘¡huevona, por intrusa te pasó!’”*.

Daniela Llorente, la nieta mayor, recuerda la primera vez que viajó a España. La llevaron sus abuelos. *“Tenía 10 años. Yo fui la que más tuvo la oportunidad de viajar y eso se lo agradezco eternamente a mi abuelo, porque yo sé lo mucho que él insistía para llevarme. Los recuerdos más lindos que tengo son cuando fuimos a España y yo era chica todavía, porque compartía un montón conmigo. Ahí me abrazaba, me conversaba, me llevaba a la Fuente de la Muela –una fuente de agua entre las montañas- donde pasábamos un montón de tiempo solos mientras caminábamos un par de kilómetros para llegar. Acabo de acordarme lo mucho que disfruté con él. Lo había borrado de mi mente hasta ahora (...) El último año que yo estuve en Chile, antes de irme a vivir a Barcelona por tres años, estuve*

*mucho con él. Lo acompañaba a almorzar todos los días a las 12 y media en su comedor de diario”.*

Gonzalo Llorente Chang, único nieto hombre de la familia, asegura: *“Aproveché mucho el tiempo con él. Cada vez que tenía una historia que sabía lo iba a hacer reír, fui a contársela. Fui a verlo muchas veces a su oficina y a su casa. Me encantaba estar con él, aunque fuera para compartir el silencio”.*

El abuelo dejó huella en la familia e hizo que todos lo recordaran con emoción y nostalgia. *“Creo que fue completamente entregado y siempre súper jugado con nosotros, con su familia entera”*, asegura Fernanda. Daniel hijo agrega: *“Mi papá fue un gran abuelo, un abuelo espectacular. El fue un fan de todos sus nietos. De todos. Gonzalo lo hacía reír mucho. Mi papá disfrutó a Gonzalo cuando era chiquitito y también más grande, con las historias que le contaba y que le causaban gracia a él.*

*Una vez salimos los tres a andar en bicicleta, cuando mi hijo era pequeño y nos encontramos con una pendiente. Yo subí sin problema, pero a Gonzalo y a mi papá se le hizo casi imposible, entonces miró a su nieto y le dijo: ‘hijo, no subes tú por niño y yo por viejo’”.*

Gonzalo cuenta: *“Mi relación con mi abuelo era muy especial. Yo era su único nieto hombre y teníamos un lenguaje entre nosotros, un humor especial. Él sabía cómo hacerme reír a mí y yo sabía como sacarle carcajadas a él. Era muy irreverente, divertido. Le gustaba molestarme a mí para hacer reír al resto, pero lo hacía siempre con cariño”.*

Fernanda Badilla lo fotografía en su mente como *“un hombre grande, como un osito. Era súper tierno con nosotros. Muy dulce y cariñoso”.* Aranzazú Llorente, por otra parte, lo recuerda como su alentador de sueños: *“Como abuelo siempre fue un buen ejemplo. Nos enseñó a seguir adelante con lo que queremos. Nunca nos obligó a nada, ni nos presionó para seguir las carreras que a él le interesaran. Siempre nos alentó a hacer lo que quisiéramos, lo que soñáramos. En mi caso, por lo menos, estaba pendiente de lo que yo quería hacer y, desde ahí, me apoyaba y me entregaba el coraje que necesitaba”.* Para

Gonzalo Llorente, hermano de Aranzazú, dice que *“fue muy inspirador verlo a él, llegando sin nada, solamente con sus sueños, con las ganas, con la intención de viajar a buscar trabajo. Me lo imagino viajando semanas en un barco, para llegar a un país nuevo con las ganas de vivir. Llegar a hacer todo lo que hizo es algo de verdad increíble”*.

La familia Llorente se caracterizó por ser patriarcal. Daniel fue, hasta su último día, el pilar y el punto de fusión. *“Cambiaron muchas cosas desde que él ya no está. Ya no almorzamos todos los sábados en su casa y esta fue la primera navidad que no estuvo toda la familia reunida. Él era la base que nos mantenía a todos juntos”*, dice Aranzazú.

La presencia de Daniel en cada uno de los integrantes de su familia no deja de ser. Son pocos los abuelos que marcan tanto la vida de un joven y El Abuelo llenó todos los espacios, cubrió todas las necesidades y acogió, con sus grandes manos y su cuerpo de osito cariñoso, a cada uno de los suyos.

## **Cultura a fuego**

Los emigrantes, además de sus recuerdos, llevan consigo algo que no tiene fronteras y que llega donde sea: La cultura. La combinación de tradiciones, la mezcla de costumbres, la fusión culinaria, en fin, la interculturalidad se está viviendo cada vez con más fuerza y las raíces ancestrales están recibiendo la importancia que les corresponde.

El día que Daniel armó su precario equipaje para viajar por primera vez a Chile, dobló su cultura, la guardó en su maletín y la atesoró durante 56 años, hasta su último día, para que su señora, hijos y nietos supieran involucrarse con ella.

Comer paellas y ver sólo televisión española no es de cualquier chileno. Sin embargo, todos y cada uno de los integrantes de la familia Llorente, dicen llevar la cultura española en la sangre. *“Yo creo que tener la cultura de Daniel tan arraigada es una gracia porque,*

*generalmente, el que se va del país se desliga totalmente de sus costumbres, pero él siempre se preocupó mucho de su familia española”, dice Sara Viñales.*

*Sobre sus raíces y costumbres, Daniel hijo asegura que “España, para nosotros, es algo muy fuerte y eso se lo agradecemos a él. Mi hermana, yo y nuestros hijos, somos todos españoles, porque él se preocupó, desde el día en que nacimos, de inscribirnos en el consulado y de meternos el tema español por todas partes. España es nuestra casa y eso es gracias a él”.*

*“Yo creo que mi papá hizo un muy buen trabajo con Daniel y conmigo -cuenta Lola-. Además, mi mamá fue también muy incondicional, porque siempre estuvo dispuesta a estar el tiempo que fuera necesario en España. El afán de mi papá de mantenernos cerca de su familia, nos mantuvo también muy cerca de su país”.*

La presencia española, es parte indiscutible en el día a día de los Llorente. Cada uno de ellos lo vive a su manera, encargándose de disfrutar las cosas que más les gustan. Daniel hijo recalca: *“Mi papá, a todos nos hizo ver que esa era la tierra de sus ancestros, y nosotros, incluimos la cultura española y está presente cada día, incluso en los negocios. Tenemos relaciones y sociedades con empresas españolas; en nuestra empresa, muchas palabras que usan nuestros trabajadores son palabras tremendamente castizas, muy españolas, ya que esa es la cultura de nuestra empresa también; dentro de nuestras instalaciones está la bandera de España; en nuestra casa se come como en España; hoy, porque la tecnología lo permite, en la casa de mis padres siempre ha estado sintonizada la televisión española. Es decir, lo tenemos muy internalizado. En la familia, todos conocemos su tierra y eso fue obra de él, porque mi papá, perfectamente, pudo haber omitido esa parte de su vida y nosotros tendríamos sólo su apellido, pero no, se encargó de empaparnos de su cultura”.*

Loreto Llorente, hija menor de Daniel, cuenta: *“Mi papá hacía esfuerzos por llevarnos a todos; mantenía siempre contacto con los españoles que pasaban por Vallenar; comíamos como ellos; hasta su forma de hablar la teníamos incorporada. Con el paso del tiempo*

*hemos ido perdiendo las palabras pero el tendadero, para nosotros sigue siendo el tendal y cuando éramos más chicos, con Daniel no decíamos cáscara, decíamos monda. Yo creo que él nos entregó su cultura a costa de mantenernos cerca de la familia”.*

Y en cuanto a la comida, agrega que *“nosotros comemos marmitaco; bacalao con salsa de tomates y papas; el arroz caldoso (y el arroz en todas sus dimensiones); las veneras; y pasteles secos de almendras. Comemos mucha papa también. Es muy rica la comida española. Acá en la casa la comemos harto”.* Gonzalo Llorente también siente España como parte importante de su vida: *“Me llevó dos veces a España cuando yo era chico y fue algo increíble. Siempre se preocupó de que yo estuviera conectado con sus orígenes, con su familia, su pueblo. Lo sentí muy presente (...) El legado que dejó tiene que ver con la manera en que él nos inculcó a todos a saber de nuestra procedencia. Eso lo encuentro muy valioso, nunca olvidarme de dónde vengo, de la importancia de la familia. Además eso de continuar todos los proyectos. En ese sentido siento que su legado fue la inspiración. El amor por España es gracias a él. Cuando voy a ese país y estoy con su comida, con su gente, estoy tan conectado con él que me siento muy cómodo. El año pasado fui a ver a mis tías, la familia de José María, uno de sus hermanos. Fue muy grato poder conectarme con mi abuelo, desde distintos lugares, con distintos sentimientos hacia su familia y hacia él mismo”.*

Sara Viñales, desde un comienzo, se encargó de deleitar a su marido con los platos españoles. *“Hasta ahora, yo sigo haciendo las paellas, las tortillas. Siempre hemos comido mucha comida española”.*

Pero, además de disfrutar de la comida y usar palabras que no son del vocablo chileno, los Llorente son oficialmente españoles. *“Todos tienen pasaporte europeo y las hijas de la Lola tienen hasta DNI”,* afirma Sara. *“Yo tuve Rol Único Fiscal antes de tener R.U.T. y también voté para elegir presidente, por primera vez, en España”,* cuenta Loreto.

Hasta las noticias del otro continente son parte de la vida cotidiana de Sara: *“Yo no veo televisión de aquí, sólo la española y, cuando llego a la oficina, por lo general leo el ABC. Me gusta estar informada de lo que está ocurriendo allá”.* *“Hoy tenemos, todos, una*

*relación fuertísima con la madre patria, con su país. Ese fue uno de los regalos que nos dejó”, afirma Daniel.*

## **Una temporada acá, una temporada allá**

Una de las cosas que más se disfrutaban en la vida es viajar. Y qué mejor lugar para visitar que la tierra natal. Daniel, como ya se habrán dado cuenta, amaba sus raíces y cumplió el sueño de que, toda su familia chilena, formara parte del país que lo vio nacer. La primera vez que Daniel volvió a España, el año 1967, se dio cuenta de lo fuerte que era la conexión con su pasado. Por lo tanto, volver todas las veces que pudiera, se convirtió en otro de sus grandes sueños y logros en la vida.

Daniel hijo recuerda: *“La segunda vez que fuimos a España, ya tengo recuerdos más claros. Ahí paramos en las Islas Canarias, en las Palmas de Canarias. Era maravilloso. Yo me acuerdo que, con la Lola, nos encantó. Nos quedamos en el hotel Concordia, que tenía piscina, unos jugos exquisitos. En esa época era una cuestión súper loca para nosotros. Después nos fuimos a León. Jugábamos, como niños que éramos no más. El barrio estaba lleno de niños de nuestra edad, así que salíamos a jugar a la calle un montón. Me acuerdo que íbamos a clases también, me mandaban a una escuela que tenía sólo un profesor. Además, participaba en cosas de la iglesia. Nunca me aburrí. Mis recuerdos son todos tan bonitos y, yo creo, que a la Lola le pasa lo mismo. La tía María Jesús, que cuidaba a mi abuela que estaba en cama, nos sacaba a pasear, nos bañaba, nos mandaba a dormir. La sensación que tengo es de que vivíamos ahí, no éramos visitas”.*

Luego de la primera, la segunda, la tercera vez, las ganas de volver a estar con los suyos, entre su gente, fueron más y más grandes. Eso, sumado a las condiciones económicas que Daniel tuvo durante su adultez, se convirtieron en el sueño del pibe de un emigrante: vivir una temporada aquí y una temporada allá.

*“Mi padre- cuenta Daniel hijo- jubiló en España, se compró un departamento en su pueblo y se dio cuenta de que era una tierra que no podía abandonar. Pero tampoco estaba dispuesto a dejar Chile, que era su ilusión. Entonces, al final, hacía una vida muy bonita porque, cada año, él partía a España, estaba tres meses allá y volvía de nuevo a esta tierra que tanto le gustó”.*

Sara explica que *“el primer departamento que nos compramos está en Sabero, el año 1990. Después nos compramos uno más pequeño en León, pero ese Daniel lo alcanzó a usar sólo una temporada. Lo compramos, nos vinimos, y el año siguiente fue el único que pudo ir. Cada temporada era de tres meses, entre julio y septiembre, más o menos”*

*“Hacíamos muchas cosas, Sabero es un pueblo muy lindo. Salíamos a caminar a una parte que le llaman la Ruta del Colesterol, al lado del río. Es un pueblo de verdad muy bonito, que está en una zona de montañas. Es como estar en el pueblito de Heidi (...) nieva en invierno, yo tengo unas fotos del pueblo nevado, es precioso. Sabero es un valle y el departamento de nosotros está arriba. Hay un par de casas que están arriba de nosotros y después viene puro campo. A mí me encanta. Desde mi ventana puedes ver el pueblo entero”*, agrega.

Pero, a pesar de que Sabero es un pueblo muy pequeño, Daniel no daba espacio al aburrimiento. Siempre había algo que hacer o alguien con quien compartir. *“Él se levantaba y se iba a un lugar que se llama la Fuente de la Muela, donde el entorno es muy bonito, con muchos árboles. Va la gente de paseo, hay asadores, mesas, bancos y todo de concreto. Iba a tomar desayuno allá y, con amigos, hacían tortillas, llevaban tocino para hacerlo a las brasas y en eso se le iba casi toda la mañana. De ahí se iba al bar, a tomar un blanco, que es un vino con tapas. Después de almuerzo dormíamos un rato y al bar a jugar una partida. Ahí eran competencias de naipes toda la tarde. Uno nunca se acuesta antes de las 12 de la noche cuando está allá. Además, las mujeres también van al bar allá, allá es normal que vayan a jugar con el naipe español. León también es muy entretenido, es una ciudad muy linda. Yo pasaba un montón de tiempo con mis amigas y veía todas las teleseries. Lo pasábamos muy bien”*, relata Sara, su esposa.

En la Maestranza Llorente Industrial, sus trabajadores aún lo extrañan mucho y aún sienten su ausencia. Armando Olivares confiesa que *“Él se iba a España por toda la temporada de invierno de acá, entonces, todavía está la sensación de que está viajando, pero cuando llega septiembre, que era la fecha en que siempre llegaba, uno se da cuenta de que no hay ningún viaje. Que, simplemente, ya no está”*.

Los viajes eran cosa de todos los años. Volar al otro lado del mundo fue parte de su vida. Y es que, desde el momento en que Daniel pisó tierras chilenas, comenzó el ascenso hacia sus más grandes logros. Desde que llegó, emprendió el viaje hacia el destino más cotizado de todos: Sus sueños.

## **Tocando el cielo**

*... Tenía miles de proyectos. Terminaba uno y ya estaba en el otro. Hablaba con facilidad de los sueños. La palabra sueño era su expresión predilecta, él soñaba, soñaba sin considerar que la vida pasaba y se hacía viejo. Eso no importaba, no tenía tiempo para pensar en retirarse, ni nada de eso. Había mucho por hacer, existían miles de oportunidades... ¡A por ellas!...*

Después de leer estas páginas, todos los emprendimientos y todas las metas que alcanzó durante su vida parecen inventados. ¿Cómo se puede llegar a tanto desde tan poco? ¿Cómo lo hizo? Bueno, hay distintas teorías al respecto, sin embargo, todos, paseándose entre una y otra posibilidad, llegan a una misma conclusión: Daniel Llorente fue un emprendedor, un soñador, un real creador.

Teoría número uno: La curiosidad. *“Yo creo que el secreto de él era su curiosidad. Le gustaba saber de todo, ¡Era tan intruso!. Tenía muchas ganas, siempre, de saber cosas nuevas. Él nunca sintió que ya había llenado el disco duro. No había nada que fuera tan moderno, tan complejo, o tan distante para él. Tenía ganas de aprenderlo todo, de hacer*



cosas”, afirma Loreto. Recordando las interminables horas en que enseñaba a su padre a usar un artefacto nuevo, agrega riendo: *“Cuando le enseñé a usar la Blackberry, dio la hora porque tenía los dedos tan grandes, entonces con esos tremendos dedos y con problemas para ver la letra tan chica, escribía cualquier cosa. Pero no era porque no sabía, para nada. Una vez, recibí un mensaje suyo que decía puros garabatos y una frase bien larga: ‘fjdnckshfsdja...’. Yo la miré y no entendía nada. Mientras trataba de descifrarlo me llega otro mensaje que decía: ‘perdona, estaba sin lentes’”*. El hermano mayor de Loreto, dentro de las tantas teorías que han formulado en torno a los logros de Daniel, también apuesta a ésta. *“Su éxito está basado en la curiosidad. Si no hubiese sido curioso, no hubiese sido exitoso. Él no dijo ‘voy a hacer aceite’ y contrataba a técnicos para que instalaran todo, no, él quería hacer el aceite. La base de su curiosidad y su optimismo fueron los dos valores que le significaron éxito en la vida”*.

Teoría número dos: Coraje. *“Para mí es un ejemplo de coraje más que nada. El emprendimiento es sueño y coraje y, yo creo que él logró esa combinación”*, cree Daniel hijo. Su hija mayor, Daniela, también cree que la clave de El Abuelo fue la valentía: *“En su vida laboral él nunca tuvo miedo a invertir, a empezar algo, incluso sin saber cómo se hacía. Él le daba no más. Era impresionante. Imagínate venirse para acá con una mano adelante y la otra atrás, sin saber qué iba a pasar, siempre le daba. Yo me quedo con eso, con que no hay que pensar mucho las cosas. Esa es la clave. Si me quedo con una idea de emprendimiento, es que él no le tenía miedo a nada”*. Lola, apostando fichas en una y otra teoría, cree que *“Él fue tan emprendedor y le fue tan bien porque se tenía mucha fe. Se creía el cuento. No creo que se haya puesto nunca una traba. Cuando se le ocurría algo él le echaba pa’ adelante no más, porque él no se ponía en la situación de que le podía ir mal entonces, como estaba abierto a cualquier cosa, lo que le propusieras él se entusiasmaba de inmediato y se arriesgaba”*.

José Luis Fernández, el gran vecino y amigo que se vino con Daniel desde España, cree: *“Él era más audaz que yo. La verdad es que yo siempre fui muy conservador. Para mí era la seguridad más que el progreso. Daniel fue muy audaz en irse al norte con su profesión de mecánica, en lo que era muy bueno. Partió con la maestranza que era lo que él más*

*sabía y además tuvo la visión de invertir en otras cosas como el aceite. Arriesgó responsablemente. Tomó muy buenas decisiones”.*

Teoría número tres: Inteligencia. Invirtiendo acciones en diferentes virtudes, Lola Llorente se la juega por la gran habilidad e inteligencia de su padre. *“A pesar de la carga afectiva, hay poca gente que yo conozco que sea tan hábil en tantos aspectos de la vida. Era un muy buen matemático, tenía una ortografía impecable, su caligrafía era perfecta para el poco entrenamiento que tuvo en el colegio. Yo, de verdad, no sé si cualquiera, con las pocas posibilidades que él tuvo de estudiar, habría conseguido lo que él consiguió. Me encantaba escuchar cómo entendía la política, por ejemplo. Las cosas las aterrizaba, las ponía a un nivel comprensible. Él era muy habiloso. Yo creo que su inteligencia sobrepasaba la normalidad, además que sabía aprovecharla muy bien. Era sumamente práctico. Su ley de vida era que uno no está para preocuparse, sino para ocuparse. Así razonaba y así funcionaba. A partir de su gran inteligencia, se creía el cuento y lo hacía. Yo creo que esa fue su clave”.*

Teoría número cuatro: La satisfacción como fin. *“Yo creo que la clave de mi papá- dice Daniel hijo- es que él nunca pensó en el dinero como fin. Nunca. Eso se lo escuché decir muchas veces. Su fin era otro, la satisfacción, la realización. Su fin era cumplir su sueño y, si venía con alguna recompensa económica, bien, pero no era su norte. Nunca hizo las cosas por plata porque, si hubiese sido así, él no hubiese hecho la planta de aceite, sino que se hubiese dedicado a la minería, un tema que sí sabía y que dejaba muchas más lucas que los olivos. Pero no, él fue por satisfacer sus sueños”.* Loreto agrega: *“La preocupación por cómo pagar las deudas venía después, se disfrutaba primero”.*

Teoría número cinco: Soñador. Suéñalo, deséalo con todas tus fuerzas y aquello que tanto quieres llegará. Apelando a la ley de la atracción, muchos de sus cercanos y conocidos hablan de Daniel como un hombre soñador. Que soñar fue la clave de su éxito. *“Él no dejó nunca de soñar- apuesta Daniel hijo- y no se ponía límites porque, si él se iba a comprar una máquina, se compraba la mejor, y la soñaba hasta que la tenía. Creo que fue un gran soñador (...) Alcanzó a tener su auto nuevo, ese que había soñado siempre y fue porque*

*sus sueños no los abandonó jamás. Mi papá era un soñador, y los sueños se los inventaba, los cumplía e iba por otro. Y por otro. Así era su vida, sueño tras sueño”. Aranzazú Llorente afirma: “Yo creo que él cumplió todos sus deseos y metas. Si le faltó algo, siempre estuvo buscando alguna manera de conseguirlo. Creo que fue un emprendedor absoluto”.*

Daniela, la nieta mayor, también se la juega por esta teoría: *“Me da la sensación de que él siempre se enfocó en el resultado. La última empresa que creó fue la planta de aceite. ¿Tú crees que él sabía cómo se hacía el aceite, cómo se llamaba la máquina para procesarlo, cuántos litros se necesitaban, cuántas aceitunas o dónde podía plantar los olivos? ¡No! Él pensaba en la botella no más. Eso es lo que yo más rescato de él, que soñaba algo con todas sus fuerzas y, cuando lo hacía, se enfocaba en el resultado”.*

Teoría número seis: Creador hasta el final. La mayoría de los trabajadores de la maestranza Llorente Industrial S.A., están de acuerdo en esta última teoría, donde la creación es la protagonista principal de la gran obra. *“Siempre estaba haciendo cosas, era un innovador total. Él siempre estaba creando”*, asegura Arciro Gallardo.

*“Yo lo admiraba mucho como hombre emprendedor. Nunca lo vi sin crear algo, sin estar pensando en algo por hacer”*, concuerda el trabajador Armando Olivares. El chofer personal de Daniel Llorente y su familia, también se suma a esta lista: *“Lo admiraba porque él tenía una visión de futuro muy buena. Cosa que hacía, la hacía mirando lejos. El día sábado, un día antes de morir, todavía hacía planes con su hijo, todavía hacía negocios con plantaciones. Nunca dijo: ‘Estoy cansado’. Se la pasaba diciéndome: ‘Voy a hacer esto, voy a hacer esto otro’. Eso era lo bueno que tenía él y de donde venía su éxito, yo creo. Era una persona de edad, enferma, pero nunca paró. En cambio uno, va a pensar en hacer un negocio y da miedo invertir en algo que, puede no resultar. Además que uno busca resultados al tiro, en cambio él tenía la perseverancia para esperar sus frutos”.*

Sus familiares también están del lado de esta teoría. *“Mi abuelo se murió pensando en un negocio”*, asegura Daniela. *“Un día antes de irse, nos juntamos, con mi hijo Gonzalo, mi padre y yo, porque él quería que lo apoyara con un financiamiento para comprar unas*

*máquinas y había que empezar el lunes a ver la compra. Se fue soñando. Se fue creando”, agrega Daniel hijo. Gonzalo por su parte afirma que “Siempre estaba con proyectos, nunca pensando en que el mañana podía no venir, sino que pensando que somos totalmente inmortales. Siempre estaba hablando de hacer una casa acá o allá, o de lo que iba a hacer con el aceite o con el campo. Como que él no tenía conciencia de la edad que tenía. Hace muy pocos años atrás, se compró una bicicleta pensando que iba a poder andar mucho tiempo en ella. Eso lo encontré increíble. No tener conciencia de tu edad, sino que tener sólo los sueños en mente”.*

Carlos Nicolás, presidente de CORPROA, recalca: *“A la edad en que uno normalmente piensa en jubilarse, él estaba empezando un nuevo proyecto. Ahí te das cuenta de una personalidad única, un emprendedor incansable, que trabajó hasta el último año de su vida. No era una persona que pasara desapercibida. Era un emprendedor por naturaleza”.*

Sebastián Martel, subgerente de operaciones de Llorente Industrial, cree que *“lo más relevante fue que, a principios del 2000, empezó con los olivos y luego con la planta. El día antes de morirse él estaba plantando árboles y los olivos se demoran seis años en producir. Ahí se notaba que él quería que siguiera el tema. Era súper fuerte verlo que, a su edad, él quería seguir creando sabiendo que él no las iba a ver. Eso es lo que más me llamaba la atención. No le importaba que las cosas no fueran para él, quería crear no más”.*

A pesar de que unos apuestan más por una teoría que por otra, las fichas, por lo general, están repartidas en más de un puesto. Pareciera ser que la clave de su éxito fue una gran mezcla de todas estas virtudes. La combinación perfecta para llegar a lo más alto de la cima. En fin, Daniel, según sus cercanos, durante su vida pudo cumplir todos los logros que se propuso. No hubo alguna meta que él no alcanzara. Salvo una. Mai-Nié Chang, esposa de Daniel Llorente hijo, confiesa: *“Yo pensaba que el tío Daniel era un hombre que había cumplido todos sus sueños, como que no le quedaba ninguno. Mi sorpresa fue cuando le pregunté cuáles habían sido sus mayores sueños en la vida, cómo los había logrado y si había alguno que no había cumplido. Me dijo que él siempre tuvo un sueño encima del otro. Cuando tenía una maestranza pequeña, su sueño era tener una más grande; cuando*

*la empresa ya era grande, su sueño era tener el campo. Me dijo que toda la recompensa económica que logró, nunca la puso como un sueño final. Todo lo monetario le llegaba por el lado, su foco era otra cosa. Entonces, cuando él cumplió el logro de tener su campo y tener una casa ahí, su sueño estaba completo. Después le pregunté si había algo en lo que no se había realizado, porque parecía tenerlo, y haber vivido, absolutamente todo. Y ahí me dijo que había una sola cosa que él nunca había hecho y que creía que ya no era tiempo de aprenderlo ahora. Su meta fallida fue hablar inglés. Sentía la barrera idiomática y él lo único que quería era conversar con la gente en los países que visitaba. Él creía que si hablaba inglés iba a poder hablar con la gente de cualquier parte del mundo”.*

Sumando todas sus metas cumplidas y las virtudes que lo llevaron a lograr cada una de ellas, queda decir cuál fue el último y más importante de sus logros: “*Su éxito- dice Daniel hijo- fue cuando lo fueron a dejar cientos de personas, miles de pésames. Su éxito más grande fue todo el cariño que recibió de la gente en la despedida triunfal que tuvo”.*

## **Tiempo de *feedback***

*...Dios lo premió con grandes momentos. Recibió muchas distinciones que lo llenaban de orgullo. Fue el empresario destacado de Atacama, recibió la medalla de Ambrosio O’Higgins por su aporte a Vallenar y, hace un par de años, en su tierra, recibió el reconocimiento al emigrante del año en América, otorgado por el Colegio de Economistas de Castilla y León. Gran momento que vivió acompañado de sus hermanas y sobrinas...*

“Yo creo que mi papá fue un hombre inmensamente feliz. Dios lo premió hasta en la forma de morir. Él siempre se reconoció como un hombre muy feliz. Decía que había hecho de todo y recibido de todo”, afirma Loreto, hija menor de Daniel.

Para un hombre que vivió tanto y que hizo tantas cosas en su vida, los reconocimientos son el regalo más grande que puede haber. El feedback de la gente estuvo siempre presente, durante su vida y después de partir. Sus cercanos, su ciudad, incluso la prensa, le tomó importancia a todos los logros que generó, creó y obtuvo. He aquí algunas de las distinciones y reconocimientos que recibió el leonés de Atacama.

El año 2002 Daniel Llorente recibió la medalla Ambrosio O'Higgins, símbolo de la ciudad de Vallenar.

*“Ese premio para él fue muy importante y significativo porque lo reconoció la ciudad que lo ha acogido por más de 50 años. Lo disfrutó tanto. Pero estaba enfermo, tenía algo en la pierna. Casi no podía caminar, tenía que hacerlo con bastón. La premiación era en el estadio municipal de Vallenar, pero así y todo fue. Tuvo que ir hasta el medio de la cancha y recibir la medalla y quiso ir sin bastón. Le costó caminar, pero fue bien derechito a*



## I. MUNICIPALIDAD DE VALLENAR

REGION DE ATACAMA

VALLENAR, 21 de Octubre del 2002.

DECRETO EXENTO: N° 3.253.- /

VISTOS:

La celebración del 168° Aniversario de la Otorgación del Título de Ciudad a Vallenar, el reconocimiento público que nuestra Municipalidad otorga a destacadas instituciones por su abnegada labor en beneficio de la comunidad vallena; el Acuerdo N° 167, adoptado en Sesión Ordinaria N° 27 de fecha 17 de Octubre del 2002, del Concejo Municipal y teniendo presente las atribuciones que me confiere la Ley N° 18.695, de 1988, Orgánica Constitucional de Municipalidades;

DECRETO:

1°.- Otórgase la Medalla "Ambrosio O'Higgins", símbolo de nuestra ciudad, al SEÑOR DANIEL LLORENTE GONZALEZ, por su alto espíritu de participación y colaboración en el desarrollo económico, industrial y social de la Comuna de Vallenar.

ANOTESE, COMUNIQUESE Y ARCHIVARSE.

JORGE NELSON TORRES TORRES  
SECRETARIO MUNICIPAL (S)

JUAN HORACIO SANTANA ALVAREZ  
ALCALDE DE LA COMUNA

DISTRIBUCION:

- Sr. Daniel Llorente González  
- Dirección Asesoría Jurídica  
- Secretaría Municipal  
- Relaciones Públicas  
- Arch. Of. de Partes  
JNSA/JMYT/SRE/yrb.-

*recibir su distinción”, recuerda Sara Viñales.*

Pero el premio que más repercusión tuvo en Daniel, fue aquél que recibió por ser el emigrante español del año, en 2008, otorgado por el Colegio de Economistas de Castilla y León. *“En este reconocimiento, eligen, de toda América, al español que más entregó a la región donde estaba. Fue un premio sumamente importante para él”,* explica Daniel hijo.

Diario La Crónica, de León. Viernes, 25 de julio de 2008.***Economía. Galardón a la trayectoria empresarial en el exterior.El empresario Daniel Llorente es premiado por el Colegio de Economistas. Reconocen la labor del industrial emigrado a Chile y natural de Sabero.***

***Carlos González. Madrid. “El empresario de origen leonés Daniel Llorente González fue ayer distinguido con el reconocimiento del Ilustre Colegio de Economistas de León a la trayectoria empresarial en el exterior, premio, que recayó el año pasado en el presidente del Grupo Modelo, Antonino Fernández.***

*El perfil de Daniel Llorente representa la constancia y el esfuerzo que definen a los grandes empresarios emigrantes españoles en Latinoamérica. En la actualidad Daniel Llorente es presidente ejecutivo de Llorente Industrial S.A., una compañía de gran calado en el estrato empresarial en Chile como proveedor de estructuras metálicas. Su compañía también vende parte de sus productos en obras importantes en México, Venezuela, Perú, Argentina y Guatemala. Ha pasado mucho tiempo desde que, en 1952 Daniel Llorente emigrara a Chile como “dos alpargatas” como el mismo dice. Por aquel entonces trabajaba como obrero en la zona de Vallenar-norte de Chile-. Al poco tiempo levantó un taller haciendo, él mismo, todas las labores necesarias para llevarlo adelante. Desde la gestión, hasta el mantenimiento, pasando, obviamente, por las reparaciones. Poco a poco fue creciendo su capital y su taller. Hoy, asentado y rico, Daniel Llorente ha expandido su negocio al sector del aceite de oliva. Ejecutó una ingente inversión para desarrollar una planta de producción de aceite de oliva de alta calidad con 100 hectáreas de terreno que destinó a la plantación de olivos que, a día de hoy, se encuentran ya en disponibilidad de producción. El reconocimiento del Colegio de Economistas de León no es el primero que*

*llega a manos de Daniel Llorente. Dentro de sus logros está haber recibido el premio nacional chileno a la calidad en el año 1994. Además de ser reconocido en la mayoría de las compañías dedicadas a la construcción minera, energética e industrial que operan en el país latinoamericano.*

*Los vecinos de Sabero le conocen bien. Todos los veranos se deja caer, junto a sus dos hijos, por la casa que posee en su pueblo de origen El Colegio de Economistas de León pretende, con este reconocimiento, ensalzar el germen empresarial leonés que triunfa fuera de las fronteras españolas. Para la elección de candidatos el órgano colegiado ha contado con el asesoramiento del bufete de asesoría internacional Garrigues, que en contacto con diversas embajadas, identifica y analiza la información de los empresarios leoneses que operan en todo el mundo, por lo que su colaboración ha sido fundamental a la hora de entregar el premio al empresario leonés adoptado en Chile”.*

El martes 29 de julio de 2008, también tuvo espacio en el diario El Día, de Chile, donde informaron sobre esta distinción. Según Loreto Llorente, quien estuvo con Daniel al momento de recibir este importante y connotado premio, cuenta: *“La ceremonia fue en San Isidro, una capilla que tiene investidura de templo mayor, que está dentro de una abadía, en el centro de León. Es muy bonita, bien conservada y se usa solamente para grandes eventos. Estaba tan nervioso. Fue súper importante para él porque fue en su lugar. Yo creo que la persona que lo postuló para ese premio, ni siquiera se imaginó lo reconfortante que iba a ser para él. Eso fue uno de los momentos lindos, ya en su vejez, de sentir el reconocimiento de sus pares, de la gente que lo vio nacer, que lo vio salir”.*

Ese día, 24 de julio de 2008, llegaron casi todos sus hermanos y sobrinos que aún viven en la región. Cenaron en el hotel donde alojaron las primeras veces que visitaron León, el Hotel Conde Luna, a sólo pasos de la capilla San Isidro. El comedor del recinto lo abrieron especialmente para él. *“Fue súper bonito. Súper reconfortante. Eso lo hizo muy feliz. Más que el orgullo del premio, disfrutó el premio de que fuera en el lugar que fue y de la gente que estuvo con él”*, afirma Loreto.



Durante el magno evento, los nervios de Daniel iban en ascenso. Lola agrega: *“Todos sus discursos los ensayaba de harto tiempo antes. Así es que yo y mi primo Sixto, que estábamos en el público, nos sabíamos el texto de memoria de tanto ensayarlo”*. Para aquel reconocimiento, las palabras de Daniel fueron las siguientes:

*“Para mí, el estar con vosotros y recibir esta distinción, encierra miles de pensamientos y recuerdos de mi vida pasada. Yo salí de mi pueblo el año 1952, donde trabajaba en la minería de carbón en momentos muy duros de mi querida patria. Somos muchos los que decidimos buscar nuevos horizontes en América, dejando acá la mitad del corazón. Mi equipaje era ligero en lo material pero, al correr del tiempo y, con la experiencia de mi vida, me doy cuenta de que las más grandes pertenencias que se marcharon conmigo fue la impronta de nuestro SER español y las ganas de surgir, para, algún día, volver a mi tierra y a los míos.*

*Chile me recibió. Gran país, con un pueblo generoso y cálido, hermoso en su geografía. Como ustedes saben, todos los climas existen allí. Elegí el norte minero para quedarme. Fue así como, el año 1958, comencé con mi propio emprendimiento: mi empresa, a la que he dedicado gran parte de mi vida. El oficio lo traía conmigo y el mercado estaba. La minería era y es una de las principales actividades de Atacama, mi región. Dios me regaló una familia y la vida para trabajar. Hoy, ya son 56 años desde que partí.*

*Quiero agradecer al Ilustre Colegio de Economistas de León, el inmenso regalo que me ha otorgado. Creo que ya estoy completo. Así me siento. Muchas gracias por la distinción que, para mí, es la más importante, ya que proviene de esta tierra donde yo nací y me formé. Gracias a mi familia por todo el apoyo y amor. Gracias a Chile, mi segunda patria que me acogió.*

*Muchas Gracias”*.

El día 26 de septiembre de 2008 Daniel Llorente fue entrevistado por el diario La Crónica, de León.

ARCHIVO DE PRENSA.

***“El esfuerzo y la constancia en el trabajo son esenciales para el mundo empresarial”.***  
*Emigró a Chile en el año 1952, pero todos los años regresa a León, al valle de Sabero, donde se crió.*

*Sonsoles Sanz, Sabero. El empresario leonés, Daniel Llorente, ha sido distinguido por el Colegio de Economistas de León por su trayectoria empresarial en el exterior, un reconocimiento que, a sus 82 años, le llena de orgullo. Emigró a Chile con tan sólo una maleta y una pequeña bolsa de herramientas. La constancia y el esfuerzo en el trabajo le hicieron prosperar con los años hasta convertirse en un empresario que tiene a su cargo a más de 250 empleados en las distintas empresas que preside. En este momento, su ilusión se centra en la producción de aceite de oliva que exporta a otros países latinoamericanos.*

*¿Qué significado tiene para usted el reconocimiento que le ha hecho el Colegio de Economistas? Es la distinción más importante que he recibido porque proviene de mi tierra, del lugar donde nací y me crié. Me sorprendió mucho cuando me comunicaron hace unos meses la posibilidad de otorgarme este reconocimiento, y aún más cuando me lo confirmaron. Por eso, desde aquí mi más sincero agradecimiento al Colegio de Economistas y a la Fundación Garrigues por este honor que me hacen.*

*¿Qué destacaría de su labor empresarial a lo largo de los años? El esfuerzo y la constancia, sin duda, porque yo partí de la nada. Estuve trabajando en el sur de Chile y luego me trasladé al norte, al pueblecito de Vallenar, y allí es donde me instalé, donde fui prosperando. Comencé trabajando con una bolsa de herramientas, muchas horas y en plena calle hasta que mi negocio fue creciendo con los años. En este momento fabricamos e importamos estructuras y hacemos montajes. También tenemos, mi hijo y yo, una flota de camiones con las que realizamos transportes de material y, últimamente, adquirí una almazara y me dedico a la fabricación de aceite de oliva, un proyecto que a mi edad me entretiene mucho y me ilusiona.*

*Hay otros empresarios leoneses trabajando más allá de estas fronteras ¿mantiene algún contacto con ellos? Yo vivo en el norte, en pleno desierto, y estamos muy lejos de la capital, Santiago. Los pueblos están muy distantes entre si y esta es una zona muy aislada, por eso el contacto continuado es difícil. Sí mantengo contactos con otros empresarios emigrantes, sobre todo a través de la asociación de castellanos-leoneses del Centro Español, pero vivo a 700 kilómetros y los encuentros siempre son esporádicos.*

*¿Fue duro para usted abrirse camino en Chile? Muy duro. No por el país o por la gente, sino porque cuando uno emigra y te das cuenta que estás solo para todo, que tú mismo eres lo único que tienes, eso es durísimo. Cuando uno enferma, cuando tiene un problema.... no hay nadie a tu lado y hay que ser muy fuerte. El trabajo es lo único que te ocupa el tiempo. Yo nunca pensé en hacerme rico, pero la constancia en el trabajo y el esfuerzo continuo dieron sus frutos el día en el que me di cuenta que ya tenía más de lo que debía.*

*¿Por qué eligió Chile para emprender una nueva vida? Me fui allí con un amigo que tenía familia en Chile, fue algo casual. Sin embargo, al poco tiempo de llegar ya nos separamos, pero seguimos manteniendo contacto aunque vivimos a 1.500 kilómetros porque nos tenemos mucho cariño. A los dos nos ha ido bien en este país.-*

Luego de fallecer, Daniel siguió siendo parte importante de su entorno. La gente sintió profundamente su partida y muchos no quisieron quedar fuera de los reconocimientos que se merece. El día miércoles 09 de junio de 2010, cuando la sesión del Senado se abrió a las 16:19 horas, Baldo Prokurica, Senador de la República de Chile y amigo cercano de la familia Llorente, se puso de pie y dijo lo siguiente:

*“Gracias Señor Presidente: Quiero en esta oportunidad, rendir un homenaje a Don Daniel Llorente González, recientemente fallecido en la ciudad de Vallenar, porque creo que hoy, con tristeza, la Región de Atacama lamenta el sensible fallecimiento de este empresario y amigo. Don Daniel llegó a Chile en 1952, desde la provincia de León, en España, cuando la minería de hierro estaba en pleno apogeo y como emigrante se desempeñó en diversas actividades relacionadas con la metalmeccánica.*

*El 15 de enero de 1958 fundó la empresa Llorente Industrial S.A., un desafío y emprendimiento que llevó el nombre de la Región al extranjero. Además, entre sus esfuerzos se destaca la industria olivícola con el aceite Don Daniel, en donde ha sido un iniciador de una actividad agroindustrial que cada día cobra mayor importancia, haciendo sus productos conocidos en todo Chile y en el extranjero.*

*Integró la Junta de Vigilancia del río Huasco, y se destacó por ser un socio activo de la Corporación de Desarrollo de Atacama (CORPROA), haciendo siempre aportes interesantes sacados de la experiencia de su vida personal. Esto le valió que, a lo largo de su trayectoria empresarial, recibió diversas distinciones, tanto en Chile como en Europa, tales como premios Guillermo Wheelwright, otorgado por la Corporación de Desarrollo de Atacama el año 1998, como uno de los empresarios más destacados de la Región; la medalla “Ambrosio O’Higgins, símbolo de la ciudad de Vallenar, por su alto espíritu de participación y colaboración en la comuna. Este galardón lo recibió por su trayectoria empresarial, y lo hizo también en el extranjero recibiendo, del Colegio de Economistas de León, en España, por su esfuerzo y constancia en el mundo de los negocios. La Región llora su partida y es recordado por su familia, amigos y comunidad como un hombre de esfuerzo, emprendedor y bondadoso.*

*Le sobreviven su esposa, Sara, con quien compartió 50 años de matrimonio, que estaba muy cerca de poder celebrarlo, sus hijos Daniel y Loreto y también sus nietos.*

*Gracias, señor Presidente”.*

La prensa también se hizo presente ante la ausencia de Daniel. Distintos medios informaron sobre su fallecimiento:

Diario La Crónica, León. 12 de junio de 2010. ***Muere en Chile el empresario leonés Daniel Llorente.*** *En 2008 fue reconocido por su labor empresarial en el extranjero.L.C. / León. “El industrial emigrado a Chile y natural de Sabero, Daniel Llorente, murió el pasado domingo. Este empresario leonés fue reconocido en el año 2008 por su trayectoria*

laboral en el exterior por el Colegio de Economistas de León. Daniel Llorente emigró a Chile en el año 1952 con tan solo una maleta y una pequeña bolsa de herramientas. La constancia y el esfuerzo en el trabajo le hicieron prosperar, con los años, hasta convertirse en un empresario que tenía a su cargo a más de 250 empleados en las distintas empresas que presidía. Las compañías de Daniel Llorente –la más importante dedicada a proveer estructuras metálicas– tienen una clara visión internacional y venden parte de sus productos a países como Méjico, Venezuela, Perú, Argentina o Guatemala”.

El diario de Atacama, Chile. Domingo, 06 de junio de 2010. **Falleció el conocido empresario Daniel Llorente González.** “Consternada está la comunidad de la Provincia del Huasco, luego de que esta mañana falleciera el conocido empresario Daniel Llorente González, quien llegara desde España a contribuir con el desarrollo de la zona. Forjador de emprendimientos, entre sus esfuerzos destacan la Maestranza Llorente y también la industria olivícola, con el Aceite Don Daniel, entre sus legados.

Integrante de la Junta de Vigilancia del Río Huasco, fue también un activo y entusiasta socio de la Corporación para el Desarrollo de Atacama, Corproa, y líder del organismo en la Provincia del Huasco. En la foto, aparece durante la reunión realizada esta semana en Copiapó, en el aniversario de la corporación. Las causas de su deceso aún no han sido comunicadas oficialmente se supo que sus restos serían velados en la parroquia San Ambrosio de Vallenar. La comunidad vallenarina y de Atacama en general, ha expresado ya su dolor por la partida de un hombre que entregó su vida por el desarrollo regional”.

Los Alguaciles y la institución de Carabineros de Chile, a quienes Daniel tanto quería y apoyaba, le retribuyeron todo el cariño y dedicación que brindó en sus años de participación. “Mi papá le tenía un gran amor a carabineros, era muy cercano a ellos. Llegó una autorización de alto mando de carabineros de poner su bandera al lado del ataúd, que son cosas oficiales. Mi papá fue despedido como un general. Tuvo todos los honores que él hubiese querido. Estoy seguro de que, el hecho de que iban las motos, tipo presidenciales, acompañándolo, y que de que habían carabineros de servicio en todas las esquinas, hasta la entrada del cementerio, para él debe haber sido uno de los más grandes reconocimientos. El hecho de que estuviera la bandera chilena también, no es menor. Él

*tuvo todos esos honores. En su tierra. Yo creo que eso fue el feedback de la gente. Ahí realmente se notó todo el cariño”, dice Daniel hijo.*

Algunas cartas llegaron también a manos de la familia de Daniel, dando apoyo y sintiendo la pérdida del ser querido. El 19 de junio de 2010, George Stone Gallagher, mi padre, quien falleció el día 26 de enero de 2012, le escribió unas palabras a Daniel en su partida. Espero estén juntos, en algún lugar:

*“Hoy me siento un poco extraño. No sé qué pasa conmigo. Siento un dejo de nostalgia. Hace calor, siento frío. Es el frío de su ausencia, su lejanía. Tío y amigo mío. Qué paz tendrá tu alma para esta navidad. Te imaginamos sonriendo, buscando con quién brindar. Por tus hijos, tu familia que siempre te vio luchar. Por quienes fuimos tus amigos, símbolo de la amistad. De qué estrella vendrás tío, vestido de Santa Claus. A compartir nuestra mesa, a compartir nuestro pan, a compartir con nosotros la noche de navidad. Habrá cubiertos, un plato, un vaso de vino tinto. Una ansiedad, una silla, pero tu espacio vacío, porque estarás compartiendo el cielo con el Dios niño.*

*Sólo nos queda soñar, porque en nosotros estás vivo. Estás vivo en nuestra charla, estás vivo en el camino, que habrá vencido la muerte, pero jamás el olvido. Aquí la vida nos gasta, a pasos agigantados. Corremos tras el mañana, sin entender la razón. Se van gastando las ganas, perdiendo hasta la ilusión, de encontrar una salida a un mundo sin ton ni son. Por ti tío, que poco hablabas, que te gustaba escuchar con lágrimas en los ojos. Todos vamos a brindar, imaginándote vivo esta triste navidad.*

*Por el descanso de tu alma, allá en la eternidad. Y nosotros aquí estamos, siempre andando los caminos, cambiando siempre paisajes, con andar algo cansino. Es que pucha, cómo pesa, esta larga ausencia tío y amigo mío. Con todo mi corazón y cariño”.*

***... Ese hombre era mi padre. Al final, se fue un domingo y, como los grandes, sin una queja, sin un reclamo, sólo se fue feliz y completo...***

Martes 08 de junio de 2010. Iglesia Corazón de María, Vallenar, Chile. Un silencio de alma, hace eco en los muros que acogen a quienes sienten la partida de Daniel Llorente González. El discurso está a punto de terminar. Un punto final al guión de una obra de teatro perfecta. El protagonista deslumbró a su audiencia con cada escena y el cierre del telón fue simplemente inolvidable.

*... Termino con las palabras que nos envió un querido amigo:*

*Sólo me queda ponerme de pié y aplaudir. El Maestro ha terminado su obra y me ha dejado con el pecho inflamado y el corazón acelerado ante tan sublime resultado.*